

Rosario M. Martínez

¿De qué vas, princeso?



¿De qué vas, prínceso?

Rosario M. Martínez

Título: ¿De qué vas, princeso?
Autor: Rosario M. Martínez
Instagram: @rosariom_escritora
Registrado en Safe Creative.
Todos los derechos reservados.
ISBN:9798653830129

“Por muy larga que sea la tormenta,
el sol siempre vuelve a brillar
entre las nubes.”

Khalil Gibran

Capítulo 1

Cuando todo era calma

Antes de darte a conocer mi historia me presento, mi nombre es Carla. Siempre fui una chica del montón, de esas que solían pasar desapercibidas y que evitaban, a toda costa, ser el centro de atención. Nunca me ha gustado destacar sobre el resto y siempre me ha dado bastante rabia las personas que se creen el ombligo del mundo o hacen todo lo posible para ser el centro del universo...

Me mudé a las afueras de la ciudad porque lo que más me gusta del mundo, y lo considero un auténtico privilegio teniendo en cuenta en el mundo frenético y caótico en el que vivimos, es la tranquilidad, la paz y la calma. Soy de las que se quedan horas observando a la nada en cualquier postura que me permita estar relajada. Soy una chica que detesta el ruido y que necesita que todo esté tranquilo y en calma para realizar cualquier cosa, sea lo sea.

Aquel pequeño apartamento luminoso era todo cuanto necesitaba para sentirme a gusto. Un edificio bastante antiguo en el que apenas vivíamos cinco familias con dos miembros, como máximo, por apartamento. Un bloque de apartamentos de cuatro plantas y un bajo en las que, sin haberlo planificado, vivíamos una familia por planta.

Todo en calma, un lujo.

Vivía sola desde hacía cinco años, siempre estuve deseando cumplir la mayoría de edad para independizarme. Mis padres eran de esos padres conocidos como “*chapados a la antigua*”, no querían que me relacionara con chicos, tenía hora de llegada cuando ni el sol ni siquiera había comenzado a ocultarse, tenían control absoluto de todos los pasos que daba fuera de casa, y un largo etcétera que lo único que conseguía era despertarme más necesidad de echar a volar lejos de aquella casa.

Solo tengo un hermano, Aitor, él no entendía mis prisas por salir de aquella casa que yo consideraba prácticamente una prisión en la que estaba presa por el único hecho de haber nacido chica. Mi hermano jamás tuvo hora de llegada, ni recibió aquella charla bochornosa sobre el uso de los condones que recibí yo a los dieciséis (con la posterior advertencia de que ni se me ocurriera tener relaciones sexuales con algún chico). Mis padres habían hecho muchas distinciones entre Aitor y yo y, sinceramente, estaba harta. Llegué incluso a cogerle un poco de manía a mi hermano a pesar de saber perfectamente que él no tenía culpa de nada.

La relación con mis padres no era buena por esas diferencias que hicieron entre Aitor y yo, digamos que un día me revelé y eché a volar. Ellos no entendían cómo su hija pequeña se había marchado de casa de un día para otro, a ver cómo les explicaba que yo no eché a volar de un día para otro, yo, con sus formas, fui saliendo de aquel hogar, que para mí era una prisión, poco a poco y lo último que saqué de allí fue mi cuerpo.

Estudiaba arquitectura, era algo que me apasionaba, diseñar era una de las partes que más me gustaba de la carrera. Me sentaba en aquel escritorio de madera oscura de una de las habitaciones vacías de mi pequeño apartamento y allí dejaba volar mi imaginación sobre los planos vacíos. Sabía que aquella carrera era larga pero no me importaba porque, cuando haces algo que te

apasiona, poco te importa el tiempo que le dediques...

Los estudios lo compaginaba con un trabajo a media jornada en una pequeña tienda esotérica, la verdad que cuando empecé a trabajar allí pensé que no era un trabajo que fuese mucho con mi personalidad pero la verdad que poco a poco fui conociendo algunas cosas que rodeaban aquel mundo que me fascinaban como por ejemplo los olores de aquellos inciensos y velas que vendíamos allí.

Empecé a tener en mi apartamento velas e inciensos que me daban calma con sus olores y que regulaban la energía de mi pequeño apartamento haciéndome sentir en él aún mejor.

Como ya he dicho, aquel pequeño apartamento a las afueras parecía estar hecho a mi medida; un salón (con un gran ventanal) hacía también de recibidor, no tenía muchos muebles solo un sofá de dos plazas, una mesa en la que cinco comensales ya no comerían a gusto y una pequeña estantería horizontal en la que sobre ella estaba el televisor. Aquella estantería colmada de libros y de velas reflejaban dos de mis grandes vicios. La cocina estaba separada por una barra americana que odiaba con todas mis fuerzas, me parecía una absoluta horterada que no pegaba ni con cola en aquel apartamento antiguo. El baño no era muy grande pero era súper bonito: muebles de madera oscura con tiradores envejecidos, una bañera de esas que salen en las películas de terror con patitas del mismo color que los tiradores de los muebles, un gran espejo que me encantaba (hasta que llegaba el momento de tener que limpiarlo que ya dejaba de encantarme), una ventana que llenaba la estancia de luz y una estantería con toallas perfectamente dobladas (ya me encargaba yo de ello) y con velas aromáticas que llenaban la estancia de un olor maravilloso a canela. Aquel apartamento solo tenía dos habitaciones, una la usaba como mi dormitorio en el que tenía una cama con un cabecero de forja, un par de mesitas de noche, un armario bastante más grande de lo que necesitaba y una alfombra de pelo largo marrón a juego con las flores de mi colcha y las líneas de las cortinas. El otro dormitorio lo utilizaba para trabajar en los diferentes proyectos que debía ir entregando en la universidad y estaba prácticamente vacío, a excepción de una silla giratoria y un escritorio.

Como has podido leer, todo lo que me rodeaba era paz y armonía, pobre de mí que estaba ajena en aquel momento a lo que estaba a punto de llegar a mi vida y que bien podría describirlo como el caos personificado...

Capítulo 2

Fin de la calma

Era un lunes de julio como cualquier otro, o al menos eso creía yo, que seguía ajena a lo que pasaría. Estaba sentada en el sofá mezclando mi bol de cereales con leche cuando oí un tropel de personas en el descansillo. Extrañada y curiosa, prácticamente a partes iguales, me asomé a la mirilla. No alcanzaba a ver mucho, solo podía ver algunas cajas apiladas y tres o cuatro hombres “organizando”, porque poca organización veía yo allí, aquel desastre.

—¡Es aquí! —escuché cómo gritó aquella voz masculina y seguidamente oí abrirse la puerta del apartamento colindante al mío.

No alcancé a ver al dueño de aquella voz grave pero, el saber que iba a tener vecinos, me angustió bastante. Pensé en esas series de televisión en las que los vecinos son desastrosos y recé porque los recién llegados fueran personas cívicas y que, al igual que yo, adoraran la paz y la tranquilidad.

Aquellas cajas apiladas sin ton ni son me ponían de los nervios, juro que estuve por salir y ayudarles a organizar semejante caos pero decidí seguir allí, detrás de aquella mirilla coronándome como la maruja del edificio.

Era consciente de que mi desayuno se enfriaba sobre la mesa pero el chisme me podía, nunca imaginé que yo podía llegar a ser tan cotilla.

Los hombres salían y entraban ruidosamente del apartamento de al lado, introduciendo dentro de este las cajas que iban arrastrando por el suelo. Algunas, por el ruido que hacían al caer, intuí que eran echadas a volar como si de gorriones se trataran. Un auténtico desastre lo mirase por donde lo mirase... Llegué a pensar que los verdaderos dueños de aquellas pertenencias metidas en cajas no debían andar cerca porque yo jamás, en la vida, hubiera permitido que trataran de esa forma cualquier cosa mía.

Cansada de mirar por la mirilla y ponerme enferma ante aquel despliegue de poco tacto, me volví a sentar frente a mi bol de cereales completamente frío y me dispuse a desayunar.

La universidad no empezaría hasta septiembre pero yo seguía inmersa en uno de los proyectos que debía presentar a finales de año porque yo no soy de esos que lo dejan todo para el último día. Estaba sentada en la silla giratoria que tenía en el cuarto al que yo llamaba “el cuarto del castigo”, le puse aquel nombre porque, cuando entraba en él, no sabía a qué hora saldría, era como si yo misma me castigara metiéndome entre aquellas cuatro paredes que, a pesar de tener un gran ventanal, era la parte más oscura de todo el apartamento.

Tenía sobre el escritorio un gran despliegue de papeles que intentaba colocar de forma ordenada, a pesar de no estar segura al cien por cien de que los estaba colocando bien. Te preguntarás que, siendo tan ordenada como yo era, cómo es que el orden de aquellos papeles se me resistía, pues bien, en el apartamento colindante aún seguía el ruido incesante de cajas, muebles y decenas de ruidos más. Pensé en golpear la pared, o acercarme directamente a pedirle a los nuevos vecinos que cesaran un poco con los ruidos, pero no quería empezar con mal pie así

que me puse los auriculares y puse a reproducir, de forma aleatoria, mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza.

—Buenas tardes, Merche —le dije a mi jefa al llegar que estaba colocando minuciosamente los pequeños amuletos dentro de la vitrina.

—Buenas tardes, Carla. Anoche soñé contigo.

La verdad que me eché a temblar, cada vez que Merche soñaba conmigo terminaba cumpliéndose todo al pie de la letra.

—Dime que esta vez me tocaba la lotería.

—¿La lotería? ¿Has conocido a alguien últimamente?

Me quedé unos segundos pensativa haciendo un repaso absurdo por mis últimos días y mis últimas vivencias. ¿Qué demonios estaba buscando? ¿dónde creía que iba a conocer a alguien nuevo, en el bol de cereales?

—No, a nadie.

—Pues intuyo huracán... Te he visto en sueños metida dentro de una maraña de caos que, conociéndote, no me cuadra... Quizá, esta vez, mi sexto sentido se haya confundido...

¿Caos? Y como si una bombilla se iluminara y despejara así todos los interrogantes, caí en la cuenta, ¡los nuevos vecinos!

De nuevo volví a mi apartamento, eran casi las diez de la noche y estaba deseando cenar, ducharme y meterme por fin entre mis sábanas frías y descansar. Aquella costumbre mía de madrugar era un sinsentido en toda regla y estaba agotada...

Me hice un sándwich mixto y me serví un vaso de refresco de naranja con muchísimo hielo, me senté en el sofá y encendí la tele. Dejé lo que había, realmente solo quería oír algo de fondo mientras cenaba, no me apetecía ver nada en concreto...

Cuando terminé de cenar me metí en la bañera, me di una ducha rápida y, en ropa interior, me metí en la cama. Miré el reloj de pulsera que llevaba, y que se iluminaba pulsando dos veces sobre la pantalla, eran casi las doce, otro nuevo récord, cada día conseguía meterme en la cama antes.

Me acomodé, cerré los ojos y justo cuando me iba a quedar dormida, una televisión a todo volumen se puso en marcha. Di un respingo y boté sobre la cama. Puedes imaginar mi cara, me parecía increíble, llegué a pensar que estaba soñando...

No es que me guste quejarme pero aquel partido de fútbol parecía estar retransmitiéndose desde mi propio dormitorio, ni yo misma oía mi propia televisión a esos volúmenes.

Me senté en el filo de la cama nerviosa, aquello se salía de mi zona de confort y empezaba a erizarme el vello de la nuca, pero no en el buen sentido de la oración. No sé qué me contuvo para que no fuera a llamar, con toda aquella ira generada dentro de mí, a la puerta de los nuevos vecinos.

¿Acaso no tenían reloj? ¿no sabían qué era vivir en comunidad? Respiré hondo, abrí mi cajón de la mesita de noche y cogí los auriculares, los conecté en mi teléfono móvil y, de nuevo, volví a poner la lista de reproducción de sonidos de la naturaleza hasta que me quedé dormida con aquellos pinganillos del demonio dentro de mis orejas.

Capítulo 3

¿De qué vas, princeso?

Desperté con el ruido incesante de un trompo que taladraba la pared colindante a la de mi salón, ¡malditos sean!

Mis auriculares estaban hechos una madeja sobre la almohada y mi teléfono móvil sin batería por haber estado toda la noche reproduciendo mi lista de reproducción de los sonidos de la naturaleza...

Me senté en el filo de la cama y me hice un roete tipo nido, con mi larga melena negra, en lo alto de la cabeza. Me quedé mirando a la nada preguntándome cuántos cuadros o estanterías les quedarían por colgar. Aquellos vecinos empezaban a ser una verdadera pesadilla. El trompo no cesaba y temí incluso porque la broca atravesara mi pared. Me puse en pie y empecé el día enfadada...

Aunque hasta por la tarde no tenía que salir de casa para irme a trabajar, decidí vestirme, solía dormir en ropa interior en verano pero no veía bien quedarme así en casa todo el día. Me puse unas mallas negras que empezaban a transparentar de tantísimas lavadas que tenían y una camiseta de manga corta verde, los pies descalzos eran mi seña de identidad, ni en invierno usaba ningún tipo de calzado para estar en casa, me encantaba sentir el frío del suelo en mis pies.

En la cocina el ruido se reflejaba con más fuerza aún, no podía ni prepararme el desayuno tranquila...

Me preparé, maldiciendo a los vecinos, mi bol de cereales con leche y me senté en el sofá. Por el gran ventanal del pequeño balcón entraban los primeros rayos de sol del día y ya hacía calor, el ventilador que había puesto a funcionar, justo antes de sentarme, solo esparcía aire caliente, bufé. Aunque el verano me encantaba, aquella calor pegajosa me resultaba un poco insoportable.

Después de limpiar un poco mi apartamento con los auriculares puestos con mi lista de reproducción de limpieza con canciones pop de ayer y de hoy, por fin celebré que había calma en casa. Me sentí un poco mal por haber maldecido tanto a los vecinos y no tener empatía con ellos, a fin de cuentas es muy difícil, o imposible, hacer una mudanza en modo silencioso.

Desde que terminó la universidad me había aficionado a hacer yoga en casa siguiendo videos de *YouTube*, la mañana se me hacía muy larga por culpa de mi absurda manía de madrugar y aquella hora y media que pasaba en conexión conmigo misma era un regalo que después disfrutaba a lo largo de todo el día.

Coloqué mi esterilla en el suelo, busqué en *YouTube* el vídeo que debía seguir aquel día, me puse sobre la esterilla preparada para empezar y le di a reproducir. Aún estaba la chica del vídeo dando la bienvenida a aquella clase cuando empezaron los martillazos en la pared, puse los ojos en blanco, aquello no podía estar pasándome... Puse el vídeo en pausa y me senté con las piernas cruzadas esperando que aquellos martillazos cesaran para continuar. Respiraba hondo y expulsaba el aire lentamente para intentar sacar de mí la rabia que se iba acumulando.

Carla, serán solo unos minutos, ya no debe tener más huecos en las paredes para seguir colocando cosas...

No pasarían más de cinco minutos, aunque para mí fueron como veinte, cuando, de nuevo, el silencio reinó en mi apartamento. Cerré los ojos y expulsé el aire con una leve sonrisa en los labios. Volví a reactivar el vídeo y fue cuando pensé que, mientras yo había estado trabajando, debieron poner cámaras ocultas en mi apartamento y que todo aquello debía ser una broma que en unos días sería retransmitida por televisión. Fue justo cuando reanudé el vídeo cuando los martillazos volvieron a la carga.

Bufé y, como alma que lleva el diablo, salí de mi apartamento descalza, con aquel moño tipo nido con miles de pelos sueltos y con aquella ropa casi translúcida. Llamé, haciéndome un poco de daño incluso en los nudillos, en la puerta de los nuevos y malditos vecinos.

Oí pasos que se acercaban por detrás de aquella gran puerta de madera y, unos segundos después, abrió.

No sé si mi boca formó una O enorme por aquella grata sorpresa pero es que el chico que allí se encontraba, apoyado en el marco de la puerta, era el tío más guapo que jamás mis ojos habían visto, parecía un actor de telenovela turca: pelo castaño largo recogido en un pequeño moño desdeñoso (aunque lucía mucho mejor que el mío), una barba un poco descuidada pero que le quedaba de lujo, unos ojos castaños increíblemente profundos y una nariz fina que hacían de aquella cara un auténtico espectáculo. Todo parecía perfecto hasta que seguí bajando y vi que llevaba una bata de raso rosa sobre un cuerpo que se intuía trabajado por aquella anchura de hombros y el inicio del pectoral que se veía por la pequeña apertura de la bata. La verdad que aquella bata me descuadró por completo...

—¿Querías algo?

Aquellas palabras me devolvieron a la realidad dejando a un lado lo increíblemente guapo y sexy que me parecía mi nuevo vecino para hablar de por lo que verdaderamente estaba allí.

—Hola —dije seca y volviendo a poner mi gesto serio y enfadado que había tenido intentando hacer yoga—, soy la vecina de al lado.

Me miró detenidamente desde el dedo gordo del pie hasta el último pelo de mi gran moño. Seguramente debió pensar, al abrir la puerta, que sería alguna pobre chica que iba pidiendo de puerta en puerta aceptando cualquier cosa que llevarse a la boca.

—Encantado —me dijo mostrando una sonrisa amplia.

—A ver, no me gustaría empezar con mal pie pero lleváis desde ayer molestándome bastante.

—¿Cómo dices?

—Pues eso, entiendo que estéis de mudanza pero es que deberíais respetar un poco ciertos horarios...

—Hasta donde yo tengo entendido no he infringido ningún tipo de horario, es más, esta mañana empecé bastante más tarde de lo que un principio tenía planeado empezar porque anoche me dormí muy tarde viendo un partido de fútbol que televisaban y no podía levantarme de la cama cuando el despertador empezó a sonar.

—Vaya, pues debió ser el mismo partido que camuflé con mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza...

Me miró extrañado.

—No te estoy entendiendo nada...

—¿Quieres que te haga un resumen? —frunció el entrecejo y levantó un poco el labio superior—. Los ruidos de cajas voladoras que caen de cualquier forma, de trompos, de partidos de fútbol

cuya retransmisión puede oírse en la Conchinchina y de martillazos dando igual las horas que sean y que vivamos en comunidad, no están bien.

—Mira, vecina del B, siento decirte que todo lo que hago está dentro de los horarios permitidos, siento muchísimo que estas paredes sean como un papel de fumar y que escuches lo que veo en televisión, es más, te agradezco incluso que me lo hayas dicho, intentaré no poner tan alto el volumen cuando vea alguna película porno...

Si me hubieran pinchado no hubiera sangrado. Mis ojos se abrieron como platos, juro que pensé en pellizcarme porque aquello que habían escuchado mis oídos no podía ser cierto.

—Eres un maleducado.

—¿Algo más?

—Pues si me quedo aquí unos minutos más, estoy segura de que me darás razones de sobra para adjudicarte algún adjetivo más.

—No, digo que si quieres algo más o ya has dicho todo lo que querías decirme, tengo prisa.

Puse los ojos en blanco, definitivamente aquello tenía que ser una maldita cámara oculta...

—Pues sí, ahora que lo dices sí que tengo algo más que decirte.

—Uy... ansioso me hallo —vaciló. Puse los ojos en blanco y me contuve para no mandarle a la mierda.

—Eres el tío más desagradable que he visto en mi vida. ¿De qué vas, prínceso?

—¿Prínceso? —se carcajeó—. ¿Lo dices por mi bata? Fue un regalo de una amiga.

—Tiene buen gusto —vacilé.

—Bueno, estaría escuchando adjetivos toda la mañana pero —se apartó la amplia manga de la bata y dejó su antebrazo tatuado y su reloj caro al descubierto— se me hace tarde.

Y ni corto ni perezoso, se volteó y me cerró la puerta en las narices.

Capítulo 4

Te odio, parte 1 de 100

Indignada me volví para entrar de nuevo en mi apartamento frustrada ante tal despliegue de poca empatía por parte del vecino del C y, cuando creí que nada podía ir peor, caí en la cuenta de que había cerrado la puerta principal de mi casa con las llaves por dentro.

¡Mierda!

Me reí movida por los nervios y por la incredulidad ante tantas cosas absurdas que estaban pasando a mi alrededor. Sinceramente, mi pensamiento sobre la cámara oculta cada vez iba cogiendo más fuerza, era imposible que aquello estuviera pasando realmente.

Retiré aquella sonrisilla nerviosa de mis labios e inconscientemente se fue transformando en angustia. Intenté entrar empujando la puerta sin obtener, como era de esperar, éxito alguno, estaba cerrada a cal y canto, me quité una horquilla de mi moño (deshecho prácticamente de tocármelo reiteradas veces para intentar buscar una solución al problema) y la introduje en la cerradura como tantas veces había visto en las películas, y ni cabe decir que no funcionó tampoco. Solo tenía una única opción y no, no era intentar abrirla con una tarjeta, no porque no me pareciera una buena idea sino que no llevaba ninguna encima...

Respiré hondo, bufé y volví a llamar a la puerta de al lado.

—¿Ahora qué quieres? —me dijo nada más abrir la puerta con un tono de voz pasota—. Déjame unos segundos y lo adivino... has encontrado un nuevo adjetivo para mí...

Puse los ojos en blanco, aquel tío me estaba cabreando bastante... No creía recordar a alguien que me hubiera hecho sentir aquello antes, juraría que nadie había conseguido llevarme a aquellos límites a los que él me estaba llevando, ¡y eso que trabajaba de cara al público!

—Me he dejado las llaves puestas por dentro y necesito saltar de tu balcón al mío —se carcajeó—. ¿Puedo saber de qué te ríes?

—¿Y si no quiero?

—¿Cómo dices?

—Que si no quiero dejarte pasar, ¿qué?

La verdad que no sé qué me estaba sosteniendo para no agarrarle de la parte delantera de aquella bata rosa y zarandearlo por imbécil.

—¿Me estás hablando en serio?

—Pues claro, ¿acaso tengo cara de estar bromeando? —levantó una ceja y, aunque con aquel gesto me pareció el tío más guapo que había visto en mi vida, le odié.

—Eres el tío más imbécil con el que me he cruzado a lo largo de mi vida.

—*Guau*, ya estabas tardando en dejarme un nuevo adjetivo... La verdad que son un poco típicos, no sé, podrías ponerme alguno más original... Venga, piensa un poco, estoy seguro de que eres capaz.

—Mira, princeso, vete a la mierda.

Lo dije así, tal y como lo pensé lo dejé salir por mi boca... Se carcajeó y me enfadó más aún.

—¿Algo más, *vecinita*?

—Pues sí, ¡que te odio!

Volvió a carcajearse y no sé como no me salieron dos caños de humo de ambos orificios nasales como los toros en los dibujos animados cuando van a embestir al objetivo, cerró la puerta y me quedé nuevamente plantada en aquel rellano esperando el ramo de flores por mi inocentada.

No tenía ni tan siquiera mi teléfono móvil encima para llamar al cerrajero, o a los bomberos y, sinceramente, no pensaba pedírselo al maldito vecino del C (C de capullo). Me senté en la escalera pensando cómo volver a entrar dentro de casa pero no tenía vecinos ni encima ni debajo de mi apartamento y la verdad que reptar por la fachada o saltar de balcón en balcón en vertical se salía por completo de mis capacidades físicas.

Justo cuando me iba a echar a llorar, y el vecino iba adquiriendo muchísimos más adjetivos, y ninguno bueno, mi puerta se abrió y le vi salir con chulería con mis llaves en la mano.

—Toma —me cedió las llaves agarrándolas con el dedo pulgar e índice de su mano derecha—, la próxima vez ten más cuidado y, antes de salir a montarle un show al nuevo vecino, asegúrate de que llevas encima todo lo que después puedas necesitar.

Seguía con aquella bata rosa de raso que empezaba a odiar tanto como a él, la verdad que me hubiera gustado verle saltar de balcón en balcón con ella puesta... Cogí mis llaves muy enfadada por su maldita insolencia. No entendía por qué actuaba conmigo como lo hacía. Aunque, finalmente, ya respiraba tranquila de saber que podía volver al interior de mi apartamento porque juro que ya me había imaginado durmiendo en el rellano aquella noche, me sentí muy indignada por cómo actuaba conmigo, ¿de qué iba el princeso de pacotilla?

—Gracias —le dije sin mirarle a la cara siquiera.

Se encaminó a su apartamento y pude ver la parte trasera de su bata, tenía una gran corona bordada con hilo negro y debajo de ella se podía leer la palabra "*Princess*", con letra cursiva, centrada en la espalda. La verdad que tenía una espalda ancha y fuerte por lo poco que dejaba a la imaginación aquella tela. Aquella bata no le pegaba absolutamente nada, era como si a un Santo le pusieran dos pistolas...

Sacó su llave de dentro del bolsillo de su bata y me la mostró con esa chulería que empezaba a odiar con todas mis fuerzas.

—¿Ves? Es así como se hacen las cosas. Si vas a salir de casa recuerda coger las llaves, no importa si sales por la puerta o por el balcón.

Entré en mi apartamento odiándole con todas mis fuerzas y dando un portazo. Aquella relación vecinal había empezado de la peor forma posible, los grandes temores que tenía porque mi bloque se convirtiese en uno de esos bloques llenos de vecinos problemáticos y discusiones en las zonas comunes de las series de televisión ya no me sonaba tan raro e imposible.

¿Cuánto tiempo llevaba allí viviendo pared con pared conmigo? Poco más de veinticuatro horas y ya me pesaba su presencia como si la hubiera estado soportando treinta años.

Capítulo 5

El huracán Carla

Compré un café en la cafetería que había de camino a casa como lo hacía prácticamente todas las tardes. Entré en la tiendecita en la que trabajaba y Merche, mi jefa, lo notó rápidamente.

—¿Qué te pasa?

Bufé. Cada vez que recordaba lo vivido aquella mañana me ponía enferma, capullo maleducado...

—Prefiero no recordarlo... Me da ardor de estómago cada vez que lo pienso...

—¿El huracán? ¿Mi sueño empieza a cumplirse?

Nuevamente Merche había tenido un sueño premonitorio, había conocido a alguien y ese alguien era mi mayor pesadilla.

—Ha llegado un nuevo vecino a mi edificio. Es el tío más estúpido, imbécil, capullo, maleducado...

Me interrumpió Merche poniendo la mano estirada para hacerme callar.

—Ey, echa el freno, chica... ¿Qué ha pasado para que hables de esa forma de él?

—Es un impresentable.

—Y te gusta.

Abrí los ojos como platos y seguidamente fruncí el entrecejo buscando un motivo por el que Merche había llegado a aquella absurda conclusión después de oír aquellos adjetivos descalificativos para mi vecino del C.

—¡Ni lo sueñes!

—Pues ya sabes que yo tengo un don y soy capaz de ver lo que nadie consigue ver. ¿Quieres que te lea las cartas?

—Ay, Merche, ya sabes que yo no creo en esas cosas...

—Pero yo sí, y no me equivoco nunca.

—Déjalo.

Hizo un mohín con la boca reflejando que no estaba de acuerdo con mi decisión. Merche era muy profesional en su trabajo, tenía una gran clientela que siempre repetía pero yo no creía en esas cosas, me parecía imposible que Merche pudiera ver en unas cartas lo que iba a pasarme en el futuro.

Se volteó y se encaminó para meterse en la parte de atrás de la tienda donde las clientas que venían a conocer su futuro entraban.

—¡Merche! —le dije antes de que atravesara las cortinillas de tela brillante que daban paso a la sala—. Ni se te ocurra leerme el futuro sin mi permiso. Si yo quiero que me pille por sorpresa mi entrada en prisión por haberme cargado al vecino impresentable, también quiero que sea sorpresa para ti.

Sonrió y me sacó la lengua.

Llegué caminando hasta el portal de mi bloque de pisos, eran casi las diez de la noche y la

terraza del bar de la acera de enfrente estaba a rebosar de gente. Me quedé unos minutos mirándolos, estaban disfrutando, reían en grupo, en las mesas podían recontarse decenas de botellines y jarras de cerveza vacías y, de repente, como si algo en mí se removiese y me hiciera saltar alguna alarma de mi cerebro que nunca antes se había activado, sentí envidia de aquellas personas.

Yo nunca había salido con amigos a tomar cervezas en la terraza de algún bar, yo nunca había quedado con amigos para hacer una quedada en la casa de alguno y estar hasta que ya el cuerpo no aguantase más dándolo todo, yo nunca me había desahogado con nadie, yo nunca había tenido un amigo o una amiga, daba igual el sexo, nunca había tenido uno o una, a excepción de Merche. Nunca había tenido alguien a quien llamar cuando algo se torcía o cuando las cosas me salían bien, alguien con quien echarme unas risas, y fue allí, con el tirador de la gran puerta metálica que daba paso al rellano en la mano, que caí en la cuenta de que estaba muy sola.

Entré y subí al ascensor pero, justo antes de que las puertas se cerrasen, una mano lo evitó.

—¡Qué suerte la mía! —puse los ojos en blanco tras escuchar aquella frase insolente salir de su boca.

La verdad que sin aquella bata rosa estaba muchísimo mejor. Llevaba unas zapatillas de deporte negras, un pantalón de chándal gris con una línea lateral negra, una camiseta de esas anchas (parecidas a las que los jugadores de baloncesto llevan) de color negro con un logo amarillo en el pecho y, cogida en su mano derecha, una bolsa de gimnasio negra. Su melena la llevaba recogida en un moño a pesar de llevar el pelo mojado y me reiteré en que nunca antes había visto a un hombre tan guapo como él.

—Sin tu bata rosa no te había reconocido, princeso —vacilé y sonrió.

No volvimos a dirigirnos la palabra hasta que paró el ascensor y me dio paso con la mano para que yo saliese primero.

—Gracias —le dije sin mirarle.

Me metí en mi apartamento y odié sentir aquello que se me había removido al verle entrar en el ascensor.

Bah, es un tío guapo, cualquier chica puede sentir eso que has sentido tú.

Carla, no confundas las cosas.

Pude cenar en silencio, en calma y en paz, estuve a punto de llamar a la puerta del vecino del C por si le había pasado algo ya que no estaba fastidiándome y eso no era normal en él. Pero nuevamente, como si la broma de mal gusto y pesada volviera a coger fuerzas, nada más que me acomodé dentro de mi cama, el televisor del maldito vecino de nuevo a todo volumen y haciéndome partícipe de la película desde mi propio dormitorio.

¡TE ODIO, PRINCESO!

Me levanté enfadada y cogí del ropero un pantalón y una camiseta y me la puse rápida, iba maldiciéndole por todo el pasillo. Iba palpando las paredes porque, cabreada al máximo, temía darme un golpe contra algo y terminar la noche en urgencias. Y no, no era yo la que debía terminar en urgencias aquella noche...

Abrí la puerta bufando y pisando con fuerza el suelo con mis pies descalzos, quité la llave (volver a cometer el mismo error no entraba en mis planes) y la dejé en mis manos.

Reconozco que no llamé a la puerta, aporreé la puerta, que no es lo mismo.

—¿Te aburres? —me dijo nada más abrir la puerta—. Por cierto, te has vestido con las luces apagadas, ¿me equivoco?

Me miré, iba hecha un cuadro, un pantalón vaquero roto y una camiseta con el interior de esta por fuera... Bueno, aquello solo era un dato, no era importante para por lo que había ido hasta allí, no iba de la mejor forma vestida pero él tampoco puesto que de nuevo iba ataviado con aquella bata rosa...

—¡QUIERO DORMIR! —le grité.

—¿Y? ¿quieres pasar y dormir aquí? No entiendo por qué necesito saber yo eso...

Bufé.

—Tú de pequeño te caíste de la cuna o algo, ¿verdad? —se carcajeó y me encendí—. A ver, chico, que son las... —hice el gesto para ver la hora de mi reloj de pulsera pero me lo había quitado para bañarme y no me lo había vuelto a poner.

¡Mierda!

—Si es que nunca vienes preparada...

—¡TE ODIO!

—Qué palabras tan feas te pones en la boca siendo tan pequeña... ¿Qué edad tienes? ¿diecinueve?

—¡Veintitrés! —corregí—. Uf, ¡me pones enferma! ¿Qué mierda hago respondiendo a tus preguntas insolentes?

—Quiero volver a la cama, ¿podrías ir al grano?

—¡BÁJALE EL MALDITO VOLUMEN A ESA MALDITA TELEVISIÓN!

—Y tú bájale el volumen a esas cuerdas vocales...

Bufé nuevamente.

—¡Te odio! Te odio por mil, no, por cinco mil. Mejor por un millón...

—Ponte otro vídeo de yoga como el que empezaste ayer e interrumpí, vi el despliegue que tenías preparado cuando entré por el balcón para permitirte volver al interior de tu apartamento que, por cierto, todo muy limpio y ordenado.

—¡Vete a la mierda!

Me volví a mi apartamento bufando y le dejé apoyado en el marco de la puerta con una sonrisa en la cara dibujada.

El huracán Carla había despertado y estaba dispuesta a llevarse al del C, de capullo, por delante si hacía falta.

Capítulo 6

¡Junta urgente, ya!

Lo intentaba, juro que intentaba no ser tan quisquillosa y ponerme un poco en el lugar de mi nuevo vecino pero es que llegué a la conclusión de que ya hacía lo que hacía para molestarme y llevarme al límite. Era imposible que tantísimos sonidos estridentes se ocasionaran en un hogar normal, con un inquilino normal...

—Buenos días, Leo —le dije al único vecino de la planta de abajo tras abrirme la puerta de su apartamento.

—¿Todo bien, Carla?

—Quiero comentarte un asuntillo que me tiene un poco mosqueada...

—Claro, pasa.

Leo era el presidente de la comunidad, una comunidad muy pequeña debido a los poquísimos habitantes que tenía aquel antiguo edificio. Era un chico joven y con una vida casi igual de tranquila como la mía.

—No quería molestarte pero estoy desesperada...

—Siéntate, Carla.

Me senté en una silla y él lo hizo en otra sentándose frente a mí. Me miraba expectante, no entendía qué tenía que contarle, era la primera vez que me presentaba en su apartamento de la forma que lo hice aquel día.

—A ver... Es el nuevo vecino...

—Uy, chica... Vaya monumento nos ha llegado al edificio... ¿Sabes si le gustan los chicos?

—No lo sé, tiene una bata rosa pero bueno, de eso no podemos fiarnos... —Leo sonrió viendo una pequeña posibilidad de poder ligarse al nuevo vecino—. Bueno, a lo que venía, no quiero irme por los cerros de Úbeda. Es un auténtico capullo, no empatiza y no sabe vivir en comunidad...

—¿Qué ha hecho?

—Pues taladrar paredes desde que amanece hasta que anochece, poner el televisor a todo volumen y dar martillazos a diestro y siniestro que no sé si pretende unir su salón con el mío... También he llegado a la conclusión de que todo lo que traía en las cajas de mudanza ha debido quedar inservible porque eso es otra, vaya forma de meter cajas dentro de las habitaciones... ¡vuelan!

—Hablaré con él.

—No sirve para nada —sentenció—, ya lo he hecho yo y me ha vacilado. Me dejé las llaves de casa por dentro puestas y le pedí, por favor, que me dejase saltar de su balcón al mío, ¿qué crees que pasó?

—Te ayudó a saltar —me carcajeé irónicamente—, ¿no?

—No.

Le conté cómo actuó el vecino aquel día y Leo no salía de su asombro. Aquella reacción era lógica, yo esperé un ramo creyendo que era una inocentada...

—Pues haré a lo largo de esta semana una junta, así podremos darle la bienvenida y comentarle lo que te tiene nerviosa... Intenta respirar antes de hacer cualquier cosa, ¿has intentado hacer yoga? —puse los ojos en blanco.

—¡Con él al otro lado es imposible!

—Bueno, en la junta lo hablaremos.

—Pues que sea pronto, ¡urgente!

Noté en la mirada de Leo que no me apoyaba al cien por cien, era como si nadie me entendiese... Parecía una vecina empática y tenía la sensación de que los papeles de vecino empático se estaban cambiando...

¡Yo solo estaba pidiendo un poco de tranquilidad!

Regresé a mi apartamento y pareció conocer lo que había ido a hablar con Leo, me parecía mentira poder volver a degustar el maravilloso sabor del silencio.

Preparé una ensalada con canónigos, queso de cabra, nueces y un chorreón de vinagre balsámico y, con el bol colmado hasta arriba, me senté en el suelo de mi salón dejando únicamente las piernas por fuera en mi diminuta terraza. Me encantaba mirar la gente pasar, desde mi terraza alcanzaba a ver unos jardines preciosos en los que se respiraba paz, muchas veces bajé y paseé por ellos con la única finalidad de sentirme un poco en armonía con aquellos sonidos de la naturaleza activa. Desde mi terraza, y con el bol de ensalada sobre las piernas, sentía que podía estar allí toda una vida. Respiré hondo y me llené de la paz que tanto andaba necesitando días atrás.

Casi cuando iba a darle fin a mi almuerzo, un camión paró justo debajo de mi balcón, me incorporé un poco para conseguir ver qué hacía aquel camión allí parado, aquello no era una zona de carga y descarga y nunca solía tener tráfico.

—¡Qué alegría volver a verlo!

Abrí los ojos como platos al escuchar aquella voz vociferando desde el balcón de al lado. Intenté meter disimuladamente mis piernas al interior de mi apartamento encogiéndolas lentamente. Dejé el bol en el suelo y, con ayuda de mis manos apoyándolas en el suelo con las palmas abiertas hacia abajo, fui moviendo mi culo a pequeños saltitos para conseguir desaparecer.

—No hace falta que te metas, llevo viendo esas patas desde hace un buen rato.

Puse los ojos en blanco a pesar de no poder verme nadie. Había sido descubierta cuando solo me quedaba por meter de rodilla para abajo dentro de casa.

—No son patas —le dije sin sacar la cabeza del interior de mi casa—, los humanos tenemos piernas.

—Gracias por la aclaración.

Se quedó unos segundos callado y aproveché para meter lo que quedaba de mis piernas.

Aunque debí meterme en el interior de mi apartamento y cerrar la gran cristalera, la persiana y las cortinas, no lo hice, me quedé escondida como *la vieja del visillo* mirando entre las cortinas intentando saber qué era lo que tanto le alegraba volver a ver.

Juro que cuando lo vi casi me echo a llorar, aquello no podía ser verdad, aquello no podía estar pasándome... ¿Era un piano lo que aquel elevador llevaba amarrado con sumo cuidado?

—¡Por fin vuelvo a tenerte conmigo! —le gritó eufórico al piano—. Vecina del B, sé que estás ahí, espero que te guste la música...

Me mordí el puño intentando dejar dentro de mí la rabia que me producía cada palabra que salía por su boca y cerré la gran cristalera de malos modos, haciendo más ruido del que creí que

haría, pero no me importó.

Maldito sea...

Busqué el número de Leo en la agenda telefónica de mi teléfono móvil y, al tercer toque, descolgó.

—¿Ahora qué te pasa?

—¡Toca el piano! Esto debe ser coña... Dime ya que es una cámara oculta que venderemos para sacarnos unos eurillos y poder así arreglar los desperfectos de la fachada y las zonas comunes...

—Carla... inspira... expira... —intentó tranquilizarme.

—¡Junta urgente, ya!

Capítulo 7

No me beses que me conozco

Leo dejó en los buzones una circular citándonos a todos el próximo martes, aún quedaban dos días por delante pero, ¿qué eran cuarenta y ocho horas comparadas con las que ya había pasado discutiendo con el del C?

Cuando aquel piano llegó a aquel apartamento empezó una nueva etapa entre mi vecino y yo. El odio hacia él había aumentado considerablemente al no mantener aquellas malditas teclas en modo silencioso durante todas las horas en las que el sol estaba fuera. Aun así agradecí que, al menos, durante la noche me dejara dormir: un pequeño paso para el hombre y un gran paso para Carla.

Me senté en el sofá, era domingo y podía dedicármelo a mí misma, ya contaba con que el vecino no me lo pondría fácil así que, de nuevo, activé mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza y cogí entre mis manos el libro que llevaba varios días leyendo. Me emocionaba tanto leer, y me gustaba tanto, que compartía los sentimientos de los protagonistas, empatizaba tanto con ellos que vivía, prácticamente en primera persona, la historia. Estaba metida de lleno en uno de los capítulos de *Los satélites de Venus*, emocionada y con los ojos llenos de lágrimas, cuando escuché de lejos, camuflado entre el romper de las olas que se reproducía en mis oídos, unos nudillos llamando en mi puerta. Me retiré uno de los auriculares para comprobar que realmente estaban llamando y no me había confundido y, tras unos segundos, nuevamente llamaron.

Dejé el libro cerrado sobre el sofá, no sin antes haber dejado la página marcada con mi marcapáginas de estrellas, me limpié las lágrimas que aquella lectura me había arrancado y caminé hasta la puerta, miré por la mirilla y allí estaba, me extrañó verlo detrás de mi puerta, abrí.

—¿Qué quieres? —le dije seca.

Iba vestido con un pantalón vaquero con una de las rodillas al descubierto y una camiseta ajustada blanca que debería estar prohibida su venta. Físicamente era una maravilla, tenía que darle la razón a Leo de que estaba increíblemente bueno. En aquella ocasión no llevaba el pelo recogido.

—Buenos días sería lo ideal escuchar.

—Pues estaría bien que te aplicaras el cuento, no eres la educación personificada que digamos... —sonrió levemente.

Una cosa no quitaba la otra, era guapísimo, pero guapísimo hasta decir basta... Una lástima que fuera tan estúpido...

—Pensé que te habías mudado —me dijo descolocándome.

—¿Mudado?

—Sí, como llevas unos días que no te quejas... —puse los ojos en blanco—. ¿Qué escuchas?

Cogió el auricular que colgaba sobre mi pecho y se lo puso dentro de su oreja apartando su melena a un lado.

—¿Te he dado permiso para usarlo?

—La música es de todos.

—Pero el auricular es mío.

—¿Escuchas el mar? Eres la tía más rara que me he cruzado en mi vida...

Me entraron ganas de tirar de mi auricular y cerrarle la puerta en las narices.

—Estaba leyendo y es imposible concentrarme en la lectura contigo al otro lado.

—Te quejarás... ¿Sabías que hay personas que pagan por oírme tocar el piano? Te lo ofrezco de forma gratuita y mira cómo me lo pagas...

¡Era pianista! La verdad que jamás lo hubiera imaginado con aquellas pintas que tenía...

—¿Puedo conocer ya el motivo de tu visita?

—Toma —me devolvió el auricular y al cogerlo le rocé por primera vez la mano.

Me maldije por haber sentido aquello, solo habíamos rozado una minúscula parte de nuestro cuerpo y, como si de una acción automática e inevitable se tratase, me erizó el vello del cuerpo.

Estoy segura de que debió notármelo, sonrió y nos miramos a los ojos durante más segundos de los debidos.

—¿Puedes venir a mi apartamento? —se me petrificó el rostro, tragué saliva ante aquella pregunta y las piernas empezaron a temblarme—. No te imagines cosas que no son, cuando quiero tener sexo con alguna chica soy un poco más sutil.

Quise darme un chocazo contra el marco de la puerta porque, de alguna forma, sentí desilusión.

¿Qué te está pasando, Carla?

—¿Para qué quieres que vaya?

—Me he comprado una lavadora y no sé cómo ponerla en marcha.

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Machista! Piensas que por el simple hecho de ser mujer ya tengo que saber cómo funciona una lavadora, pues déjame decirte algo, hoy en día, las mujeres hacemos todo lo que nos dé la pu...

—Ey... tranquila, respira —me interrumpió—, no vine a preguntarte cómo diablos puedo hacer funcionar ese aparato metálico del infierno por el simple hecho de que seas mujer, simplemente vi que tenías ropa tendida y pensé que tú sí que entiendes a ese maldito cacharro con botones, al menos consigues sacar la ropa con la humedad suficiente como para tener que tenderlas...

Y fue en ese instante donde necesité un agujero enorme a mis pies para poder desaparecer...

—Disculpa —le dije bajito.

—¿Cómo dices? No te he oído bien... —me había oído perfectamente.

—Disculpa —dije un poco más alto.

—Aún podrías decirlo más alto.

—¡Ni lo sueñes, prínceso! —sonrió y me quedé hipnotizada con su boca.

—¿Vas a ayudarme o no?

—Si yo fuera una estúpida, como lo fuiste tú en su día conmigo, no te ayudaría.

—Yo te ayudé, es más, me jugué la vida por ti...

—No hagas que me carcajee...

Le empujé del pecho moviéndolo un poco hacia atrás y cogí la llave que colgaba detrás de mi puerta.

—Muy bien, no olvides coger la llave para no volver a poner en riesgo vidas ajenas.

—¿Te ha dicho alguien que eres insoportable?

—Tú. Nadie más.

Apagué la lista de reproducción de mi teléfono móvil que aún seguía sonando y dejé mi teléfono en el suelo, detrás de la puerta de mi apartamento.

La distribución de su apartamento era prácticamente igual que la del mío. En el suelo del salón aún quedaban algunas cajas sin colocar y los muebles no estaban aún bien ubicados. Inevitablemente observé las paredes para comprobar qué hacía con el maldito trompo a todas horas (antes de tener el piano) y, ¡no había nada colgando de ellas!

—Está por aquí.

Dejé de mirar descaradamente todo lo que allí había y le seguí por el pasillo hasta llegar al cuarto de baño donde él tenía su lavadora colocada.

—A ver, si yo lo que quiero es meter la ropa y que salga limpia, ¿para qué pondrán tantos botones? Yo creo que con dos sería suficiente, uno que ponga *funcionar* y otro que ponga *parar*.

—O *dejar de funcionar*... —me carcajé.

—No entiendo a qué vienen tus carcajadas pero, realmente, prefiero verte así a cómo te he estado viendo desde que te conocí. Todo el santo día con el ceño fruncido...

Ignoré aquel último comentario, no me apetecía volver a repetir otro de nuestros numeritos vecinales...

—A ver, tampoco es tan complicado, más botones tiene un piano...

—Los pianos no tienen botones, tienen teclas —se rascó la ceja.

—No se te escapa una... A ver, vecino...

—Dante.

Sentí cosquillas en el estómago, alegría por el simple hecho de conocer su nombre, nervios por conocer algo más de él. Sentí como si dejase de ver al vecino del C de capullo y viera un poco a la persona que se había estado escondiendo debajo de aquella bata rosa días atrás.

—Vale, Dante —sonreí—, deberás llenar esta parte del cajetín con el detergente y esta otra con el suavizante, cierras y pulsas este botón, y este otro.

—Parece fácil.

—Lo es.

Me erguí y me quedé demasiado cerca de él. Podía respirar su perfume y me puse nerviosa, intenté apartarme pero me agarró de la nuca y me dejó un suave beso en los labios. Me retiré bruscamente, aunque me hubiera quedado allí toda la vida.

—¿De qué vas, princeso? —le empujé.

Sonrió y me dejó descuadrada.

—Sabía que detrás de tus te odia había algo más bonito. Si es que el piano nunca falla...

—Quizá estés muy acostumbrado a hacer y deshacer con todas las chicas lo que te place pero conmigo te has equivocado, chaval. ¡En tu puta vida vuelvas a besarme!

No, nunca más vuelvas a besarme. No me beses, Dante, que me conozco...

Salí de su apartamento dando un portazo dramático típico de telenovela y no creyéndome ni yo misma aquel numerito que había montado.

Te ha encantado, Carla. Reconócelo.

Ni que lo digas, cerebro...

Capítulo 8

Primer y único asunto del día: Dante

Estábamos todos los vecinos sentados en casa de Leo, él solía poner sobre una mesa larga unos aperitivos: patatas fritas, un poco de queso cortado en taquitos con palillos clavados para facilitarnos la ingesta, panecillos untados con paté... La verdad es que Leo hacía de cada junta de vecinos un ratito ameno. No solíamos tener muchas juntas así que, cuando había alguna, aprovechábamos para conocernos un poco más entre todos los vecinos.

—Buenos días a todos, aún falta un vecino por llegar, en cuanto venga empezaremos.

Cómo no... Dante seguía haciendo lo que le daba la gana, que había un horario, él llegaba cuando le daba la gana, que tenía que vivir en comunidad, él hacía todo lo posible para molestar a su vecina (yo), que le ayudaba a entender el funcionamiento de la lavadora, él me besaba con una seguridad pasmosa...

Llevábamos más de quince minutos esperando todos sentados, habíamos asaltado la mesa de los aperitivos en numerosas ocasiones y empezábamos a tener prisa por marcharnos a casa.

—Disculpadme.

Entró por aquella puerta agitado, nervioso y guapísimo, dejando una estela de perfume. Llevaba el pelo suelto y mojado y estaba tan sexy que vi cómo todas mis vecinas se mordían el labio inferior disimuladamente. Iba vestido con un pantalón vaquero por la rodilla y una camiseta negra de sisa dejando al descubierto un brazo que nada tenía que envidiarle al mismísimo *Hulk*.

¡Qué maldita perfección!

—¡Ya estamos todos! Toma asiento, por favor —le dijo Leo con una sonrisilla pícaro y coqueta dibujada en sus labios—. ¿Cómo te llamas?

—Dante, soy el nuevo vecino del tercero.

—¡Bienvenido! —se escuchó al unísono. Puse los ojos en blanco.

—Pues Dante, eres nuestro primer y único punto del día.

—Vaya... qué honor... —vaciló.

Leo bebió de su vaso de agua, seguidamente se quitó con la lengua el agua que se le había quedado en los labios de forma sensual mientras le miraba y se preparó para dar su discurso. La verdad que aquella coquetería que Leo se traía con Dante me hacía mucha gracia...

—Dante, esta es una comunidad tranquila, los que ves aquí somos los que vivimos en ella, ya ves que os puedo meter a todos en mi salón —se carcajeó falsamente—. Me han llegado algunas quejas...

Leo y su forma discreta de decir las cosas...

Dante giró la cabeza como la niña del exorcista y me clavó la mirada a la vez que arqueaba una ceja. Aparté la mirada y la clavé en las uñas, perfectamente pintadas de blanco, de mis pies.

—En mi defensa diré que hacer una mudanza y no hacer ruido es muy complicado. Por otro lado, soy pianista y necesito ensayar...

—¿Un pianista en el edificio? —preguntó Selene, la vecina del primero.

—¡Esto es un verdadero lujo! —dijo Leo entusiasmado.

—Gracias, me alegra saber que hay personas en el edificio que SÍ que saben valorar el arte.

Cada palabra que salía de su boca me ponía enferma, había llegado a un punto en el que escucharle me indignaba.

—El arte... —dije en voz baja.

—¿Has dicho algo? —me preguntó con chulería.

—Es que no sé a qué tipo de arte te refieres, ¿al arte de taladrar paredes, al arte del lanzamiento de cajas o al arte de ser extremadamente capullo?

Los vecinos nos observaban expectantes, esperaban con ansias la respuesta de Dante.

—Me refería al arte de tocar el piano aunque sí, tienes razón, en esas otras cosas he de reconocer que también soy un genio.

A mis vecinos se les escaparon pequeñas risillas. Había conseguido caerle en gracia a todos y había conseguido hacerme quedar como una tipa empática e incomprensiva.

—No quiero molestar, insonorizaré mi apartamento cuanto antes para que aquí *la vecinita* pueda estar tranquila.

—Me llamo Carla.

Sonrió.

—Bueno, tengo prisa, siento no poder estar más tiempo con vosotros, la verdad que me alegro de haberos conocido.

Se puso en pie y todos actuamos de igual forma.

—Disculpa, ¿Dante?

Selene se le acercó parándole del brazo, Dante sonreía de forma agradable aunque yo aquella sonrisita no me la creía, no podía evitar sentir rabia cada vez que intentaba empatizar con todos, no me explicaba por qué a mí me había tratado tan mal desde el principio...

Salí de aquel apartamento dejando a Selene coqueteando con él y me encaminé a mi apartamento subiendo, con paso firme, por las escaleras.

—¡Oye, Carla! —me gritó cuando apenas me quedaban unos escalones para llegar al descansillo de mi planta, bueno, de *nuestra* planta—. ¿No te parece un golpe bajo pedir una junta de vecinos para fastidiarme y dejarme en evidencia? Soy nuevo y quieres ponerme a todos los vecinos en contra... Juegas muy sucio, *vecinita*...

—¡Deja de llamarme *vecinita*! —bufé—. Y no te quejarás, has quedado bastante bien...

—He quedado como tenía que quedar. Por suerte no todo el mundo es igual de quisquilloso como tú.

—¿Quisquillosa yo? Llevas desde que llegaste sin parar de molestarme... Ya sé que lo has estado haciendo todo para fastidiarme puesto que, de tus paredes, no cuelga ni un mísero cuadro. Llegaste tratándome como si fuera una mierda a la que rodear y, el otro día, para terminar de rizar el rizo, vienes con tu carita bonita a plantarme un beso, sin permiso, en la boca.

—Gracias.

—¿Gracias? —fruncí el ceño sin entender a qué demonios se refería con aquel gracias después del montón de palabras que yo había soltado por mi boca.

—Por lo de carita bonita.

Gruñí.

—¡Me pones enferma! ¡No te soporto! ¡Te odio!

—Te repites mucho, no sé, deberías cambiar el repertorio, quizá así consigas sorprenderme...

—¿Crees que tengo algún tipo de interés en sorprenderte? Olvídate de mí, no me hables más, insonoriza cuanto antes tu apartamento y tú en tu casa y yo en la mía.

Abrí mi puerta y cerré enfada tras de mí.

¡Maldito vecino del infierno!

Me quité los zapatos y me eché mano al bolsillo trasero de mi pantalón vaquero para coger mi teléfono móvil, necesitaba con urgencia oír mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza para aplacar la rabia que tenía dentro de mí.

¿Dónde estaba mi móvil?

Me palpé todos los bolsillos de mi pantalón entrando en pánico por cada segundo que pasaba, debí dejármelo en casa de Leo, se me caería del bolsillo al sentarme en la silla...

Volví a ponerme las sandalias y salí. Puse los ojos en blanco, allí estaba sentado en las escaleras con una sonrisa en los labios, ¡qué guapo era y qué rabia me daba!

—Lo tuyo es un poco preocupante —me dijo poniéndose en pie y caminando con chulería hasta quedar a centímetros de mí—. ¿Buscabas esto?

Me mostró mi teléfono móvil agarrado con su dedo pulgar e índice, fui a cogerlo pero lo retiró rápido dejándome con la mano en el aire.

—¡Dámelo!

—Te lo daré si, a cambio, tú me das algo.

Aquellas palabras me pusieron más nerviosa de lo que ya, con su sola presencia, tan cercana, conseguía ponerme.

—No pienso darte nada, ¿de qué vas, princeso?

—Empiezo a cogerle gustillo a esa pregunta —sonrió de medio lado.

—¿Puedes darme de una vez mi teléfono?

—¿Puedes darme una cita para invitarte a cenar?

No podía creer lo que mis oídos acababan de escuchar de la boca del vecino odioso.

—Tú no estás bien, ¿verdad? ¿Te has escapado de algún centro de salud mental?

—A lo mejor.

—¡Dame mi móvil! Tengo que almorzar para irme a trabajar, esta junta inservible me ha robado un tiempo valioso...

—Esta *junta inservible* ha sido cosa tuya, ¿te lo recuerdo?

Bufé y gruñí, me desquiciaba...

—¡Dame mi móvil ya!

—Dame una cita.

—No pienso darte ninguna cita.

—Pues no pienso darte tu móvil —se lo guardó en el bolsillo dejándome totalmente descolocada.

Entre tú y yo, ¿a quién pensaba que iba a engañar? Dante, a pesar de ser un estúpido que sacaba lo peor de mí, tenía algo que me despertaba deseo, físicamente era increíble, guapísimo hasta decir basta y, aquel tira y afloja que nos traíamos, me molaba a la par que me desquiciaba...

—De acuerdo, el sábado.

—Ansioso me hallo.

Me devolvió mi teléfono móvil y dejó dibujada en aquella boca, que era una auténtica locura, una sonrisa perfecta.

Creo que entré en mi apartamento con la sensación de estar flotando y viviendo un sueño. No sé qué vi en Dante, no entendía cómo una persona era capaz de despertarme sentimientos tan contradictorios a la vez.

Capítulo 9

La cita

Estaba nerviosa y el café que iba tomándome por el camino no me ayudaba a calmar mis nervios. Llegué al trabajo deseando terminar para volver a casa, ducharme y acudir a la cita con Dante.

Desde que aquella cita se “acordó” a cambio de mi teléfono móvil (el adjetivo de chantajista también se le podía atribuir sin dudarlo), Dante apenas había estado molestándome, a veces pensaba incluso que todo volvía a estar como al principio, como estaba antes de que él llegase para poner mi mundo del revés, y que él no estaba realmente al otro lado de la pared pareciéndome que todo había sido una pesadilla. Ya no oía el trompo taladrar paredes como si no hubiera un mañana ni oía aterrizar cajas.

El día anterior, me preparé un almuerzo ligero (una pieza de atún a la plancha que acompañé con un salteado de verduras) y me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared que conectaba mi apartamento con el de Dante, le oía al otro lado tocar el piano pero no le podía oír con la claridad con la que había estado haciéndolo tiempo atrás y supuse que había cambiado el piano de habitación para no molestarme. Le escuchaba entonar la letra de la melodía que sus dedos dibujaban sobre aquellas teclas y por primera vez sentí pena por no oírle tan fuerte como anteriormente. Había tenido un lujo al alcance de mi oído y no supe aprovecharlo y, como siempre pasa, lo valoré cuando ya lo perdí.

Carla, eres bipolar.

Sí, lo sé.

—¿Y esa sonrisa? —me preguntó Merche nada más entrar en la tienda.

—Tengo una cita...

—¿Tú? ¿una cita?

—No te lo vas a creer, digamos que la historia ha dado un giro de ciento ochenta grados.

—No me digas nada, ya lo sé todo —me quedé un poco confundida con aquella frase que me dijo Merche y con aquella seguridad que la caracterizaba.

—Merche... no me habrás leído el futuro sin mi permiso, ¿verdad? —se quedó callada y con eso ya me di por contestada—. ¡No me digas nada! No quiero conocer qué has visto.

Realmente me moría de ganas de saber qué era lo que Merche había visto pero yo seguía incrédula a todo eso, además, prefería que la vida me sorprendiese.

—Tu nuevo vecino es un volcán en erupción, ándate con cuidado.

Aquella frase se me quedó grabada a fuego. En realidad no debía importarme mucho, yo solo iba a ir a cenar con mi vecino, un pianista conocido en ese mundillo, pero no lo dejé ahí, me lo llevé al terreno personal porque, de alguna forma, sabía que Merche había conocido, a través de sus cartas o sueños premonitorios, mucho más de lo que decía. Si me dijo que Dante era un volcán en erupción era porque me había visto nadando en lava, metida hasta el cuello y pidiendo auxilio...

—Es solo una cena —sonreí levemente—. Lo tengo todo bajo control.

—Ten cuidado con el terreno que pisas.

Y lo dejé ahí, no me apetecía comerme el coco con ideas que no tenían ningún tipo de fundamento, pensé.

Busqué ropa en mi armario tirando por mi hombro prendas que no conseguía conjuntar u otras que no entendía cómo aún seguían formando parte de mi fondo de armario.

Encontrar *la prenda perfecta* solo me ocupó poco mas de una hora y media de mi valioso tiempo. Aquel vestido blanco y elástico que quedaba perfectamente entallado a mi cuerpo era ideal, me encantaba porque podía elegir el zapato que me apeteciese que conjuntaría a la perfección. Me enfundé en él y me lo fui recolocando moviéndome como una serpiente pero en vertical. No solía maquillarme mucho así que solo me puse un poco de máscara de pestañas espesándome un poco las mías propias, me pinté los labios de color rojo y sonreí al espejo para comprobar que ninguno de mis dientes había quedado manchado de labial. El pelo me lo recogí en una trenza de espiga lateral y me puse un pendiente largo de plumas verdes (del mismo color de los taconazos que había elegido) en la oreja contraria a la que caía la trenza.

¡Lista!

Ni diez minutos esperé sentada en el sofá (porque había estado perdiendo demasiado tiempo eligiendo modelito) cuando unos nudillos llamaron a mi puerta. Me levanté recolocándome el vestido y caminando hasta la puerta como si ambas cosas no pudiera coordinarlas y como si de un momento a otro mis rodillas fueran a besar el suelo y seguidamente mis dientes.

—*Guau* —ladeó suavemente su cabeza y sonrió de lado—, estás guapísima.

Intentar contestarle me costó unos segundos, me quedé hipnotizada ante su belleza. Llevaba un pantalón chino gris y una camisa blanca metida por dentro, el pelo lo llevaba recogido en un moño un poco descuidado (a pesar de llevar perfectamente colocado cada pelo que lo componía), estaba guapísimo y fue la primera vez que vi un poco más allá de aquel vecino insoportable que llegó al edificio casi un mes atrás.

—Tú también lo estás —atiné a decir.

Salí y cerré la puerta metiendo mis llaves dentro de mi bolso.

—Eres de las que no tropiezan dos veces con la misma piedra, ¿no?

—Si puedo evitarla, la evito —dije y él sonrió.

Decidimos bajar en el ascensor, aunque reconozco que estar con él en un espacio tan pequeño me ponía muy nerviosa. Pensé que a él, como por su profesión debía estar acostumbrado a tratar con muchas personas, no le supondría nerviosismo alguno estar en aquel pequeño cuadrado conmigo, pero no, estaba muy nervioso, tanto o más que yo, y evitaba mirarme a los ojos (cosa que agradecí).

Cuando llegamos a la planta baja y el ascensor abrió sus puertas, me hizo pasar la primera apoyándome su mano en esa parte en la que la espalda empieza a tener su final. Aquel contacto me erizó el vello de todo el cuerpo, acción reacción.

Fuimos caminando hasta un restaurante que no estaba muy lejos de nuestro bloque de apartamentos. Había muchísimas personas caminando por las calles, el sol había empezado a ocultarse y nos ofrecía un atardecer de película y la belleza de mi acompañante parecía ir aumentando a medida que aquellos colores naranjas se reflejaban en su cara.

De vez en cuando le observaba por el rabillo del ojo y no veía al chico estúpido que había estado conociendo días atrás, no veía en él la chulería ni el despotismo con el que llegó a irrumpir

en mi tranquila vida. Dante era un tipo normal, increíble, ¿cierto?

A pesar de haber propuesto él aquella cita, estaba distante, como si tuviera la cabeza en otro lugar. Aunque hacía todo lo posible por estar presente, bromeando y narrándome anécdotas de sus conciertos, estaba un poco ausente. Sentía que no estaba del todo cómodo ni entregado y sentí que no había sido buena idea aquella cita.

—¿Te gusta el restaurante? —me dijo cuando nos sentamos en aquellas sillas de madera envejecida.

—Es muy bonito.

—Aquí traigo a todas mis conquistas.

—De originalidad andas cortito, ¿no?

Me guiñó el ojo y me pareció un poco más cercano.

—Algún día podrías ir a uno de mis conciertos, créeme si te digo que soy mucho más bueno tocando en un teatro que ahí en mi apartamento.

—Nunca he estado en uno, la verdad que me apetece saber cómo tocas.

—Eso te lo puedo mostrar en mi apartamento después de cenar —me guiñó nuevamente el ojo y le dio un trago al vino blanco de su copa.

—Hablo del piano.

—Yo también.

Sonreí.

La cena se dio tranquila, habíamos hablado menos de lo que pensé que lo haríamos pero no quise forzar conversaciones que quizá podían incomodarle, no nos conocíamos de nada realmente y no quería pisar terreno pantanoso y hacerle sentir mal. Él únicamente se relajaba y hablaba largo y tendido cuando la palabra piano era la protagonista de sus frases. Me hubiera gustado conocer más de él, de su pasado, de lo que le empujó a aquel edificio que compartíamos y si, aparte de tocar el piano, había algo más que le gustase hacer o incluso conocer qué planes tenía para el futuro. Me sentía bien con él pero, después de aquella cita, seguí sin poder conocer a Dante, mi vecino.

Volvimos caminando a casa y noté que Dante miraba a su alrededor como si estuviera buscando algo o a alguien, me apeteecía seguir con él pero seguía tan lejano y actuaba tan raro que decidí que lo mejor por el momento era que aquella cita diese fin.

—Lo he pasado bien —le dije antes de entrar en mi apartamento.

—Yo también, tengo que pedirte disculpas. Hoy no he tenido un buen día...

—Vaya... te noté raro durante toda la cena pero no quise decirte nada. Si te apetece hablar...

—No, no quiero mezclarte con mis tonterías... Gracias por este rato que hemos pasado juntos, a pesar de mis *pajas mentales*, me has hecho desconectar. Espero que podamos volver a repetirlo pronto y que para esa nueva cita yo consiga mostrarte cien por cien al Dante molón que vive en mí.

Me dejó un beso en la mejilla y sonrió un poco forzado, ¿qué le rondaba la mente?

Él entró en su apartamento un poco cabizbajo, ojalá hubiera aceptado mi proposición y hubiéramos podido hablar de lo que le perturbaba la mente. Yo entré en el mío y me quedé apoyada en la puerta sintiendo el frío de la madera y con las yemas de mis dedos me acaricié la mejilla en la que me había dejado el beso. Dante me gustaba pero había tres cosas que me echaban para atrás:

1. Hacía muy pocos días era un vecino suficientemente capullo como para llegar a odiarlo con todas mis fuerzas.
2. Durante la cita no sentí que pudiésemos llegar a tener “algo”.
3. Según Merche, era un volcán en erupción y nadar entre lava me aterraba.

Capítulo 10

Mi destino ya está escrito

Amanecí un poco confundida, sentía que me había hecho ilusiones tontamente. Antes de acudir a aquella cita tracé un plan romántico en mi mente que nada había tenido que ver con lo que verdaderamente viví. A absurda no me ganaba nadie...

Me preparé un bol de cereales con leche y me senté en el suelo con la cabeza apoyada en la pared que daba al apartamento de Dante. Entre cucharada y cucharada solo se me pasaba por la mente tocar con mis nudillos aquella pared como si de un juego infantil se tratase.

Golpeé dos veces con mi puño la pared, esperé unos segundos la respuesta de Dante y, al no recibirla, me arrepentí de haberlo hecho.

¡Qué tonta eres, Carla!

Seguí desayunando, un poco desilusionada hasta que, cuando apenas quedaban cuatro cereales flotando en aquella leche que ya había tomado un poco de color del chocolate que desprendían, dos golpes resonaron en aquella pared. Sonreí, saber que Dante estaba ahí detrás llevando a la práctica el mismo juego que yo había empezado, me hizo sentir bien.

Volví a dar dos golpes.

Volvió a dar dos golpes.

Respondí con dos golpes.

Respondió con dos golpes.

Sonreí y supe que él también sonreía al otro lado.

—¡Carla! —me gritó desde el otro lado de la pared—. ¿Me escuchas?

—¡Sí!

—¡Eres la más fea de todas las chicas del mundo!

Sonreí, ya empezaba a entender el sarcasmo con el que Dante hablaba.

—¡No te atreverías a decírmelo a la cara, princeso!

Se hizo un silencio, no fueron más de veinte segundos los que pasaron hasta que le oí gritar de nuevo, esta vez en el balcón.

—¡Carla! —me carcajeé aunque no podía verme ni oírme—. Sé que estás ahí. ¡Sal!

Salí corriendo a mirarme en el cristal de uno de mis muebles de la cocina, aunque apenas podía ver mi reflejo sin confundirlo con el de las tazas que estaban detrás de él. Me recogí la melena lo más perfectamente que pude (teniendo en cuenta lo rápido que debía actuar), me limpié con saliva el rabillo del ojo y me puse una camiseta y un pantalón vaquero corto del tendedero portátil que la noche anterior metí en casa para no dejarlo durante la noche en la terraza. Iba saltando a pata coja para conseguir meter las piernas lo más rápido posible dentro de aquel pantalón que debió encoger en la lavadora porque me estaba resultando demasiado complicado enfundarme en él.

—¡Carla! —volvió a gritar.

Me atusé la camiseta que estaba más arrugada que el cuello de una tortuga y salí como si no hubiera sentido estrés en los últimos minutos.

—*Shhh...* —puse mi dedo índice sobre mis labios que ocultaban una sonrisa bajo aquella

onomatopeya—. ¡Es muy temprano! Los vecinos están durmiendo, ¡a ver si aprendes a vivir en comunidad de una vez por todas, princeso!

Él sonrió, estaba guapísimo aunque tenía los ojos y los labios aún hinchados. De nuevo iba ataviado con aquella bata rosa.

—¡Fea!

—¿Para decirme eso me llamas tan insistentemente?

—Yo solo cumplo órdenes.

—¿Algo más? Estoy muy ocupada —mentí.

—Nada más. Por cierto, hoy estaré ensayando durante todo el día, dentro de un mes tengo un concierto, si te apetece asistir estás invitada.

—¡Gracias! Dime cuando sepas el día exacto y lo miraré en mi agenda —bromeé—. Que tengas un buen día, princeso.

—Igualmente, fea de ojos verdes.

Volví al interior de mi apartamento con una sonrisa de cuyo tamaño no era consciente hasta que me miré en el espejo del cuarto de baño. Dante era la única persona sobre el planeta que podía convertirme en una auténtica bipolar de las narices. Le odiaba y segundos después era capaz de dibujarme una amplia sonrisa en la cara con su fácil e irónica palabrería...

Sentía que la lava de ese volcán que era Dante, empezaba a acercarse quizá más rápido de lo que en un principio pensé que avanzaría. Esa sensación de saber que vas a pasarlo mal y aun así decides no apartarte, pones los brazos en jarra, te aprietas fuerte con las manos la cintura, sacas pecho y a esperarlas venir...

Había estado trabajando con la cabeza puesta en Dante, en la cita que tuvimos y en lo distante que había estado. No tenía nada que ver con el Dante con el que aquella mañana bromeé en el balcón. Echamos la persiana metálica de la puerta y nos quedamos en el interior haciendo la caja y ordenando lo que los clientes habían podido dejar en otro lugar distinto en el que debían estar.

—Merche, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro —mantenía la mirada en las monedas que estaba recontando.

—Es sobre Dante.

—¿Dante?

—Mi vecino.

—Bonito nombre...

—Sí, pero su nombre no importa absolutamente nada ahora...

—Aun así sigue siendo bonito.

—Precioso, pero escúchame, la cita fue bien pero sentí que no estaba allí, era como si solo me hubiera acompañado su cuerpo. Me reconoció que no había sido su mejor día.

—Bueno, hay días buenos y días malos.

—¿Qué has visto en las cartas?

A ella le apasionaba su trabajo, si le hacías alguna pregunta sobre él lo dejaba todo.

—¿Quieres saberlo?

—A ver, reconozco que me da un poco de mal rollo que sumado a que ya sabes que no creo mucho...

—Veo a un caballero, la carta me muestra un príncipe —no pude evitar acordarme de aquella bata rosa—. Ese príncipe traerá muchas cosas nuevas a tu vida, experiencias, sentimientos que nunca antes habías sentido y alegrías, sale la carta de la felicidad pero, por desgracia, con este príncipe no todo es de color rosa, veo un agujero negro que te ocasionará mucho dolor. Flores en

el suelo destrozadas y veo también a otra mujer...

—¿Otra mujer?

—Veo un vínculo con una chica y no eres tú.

—Lo mejor será alejarme ahora, ¿no?

—¿Alejarte? Ya le has conocido, ya ha llegado a tu vida y forma parte de ella. Cuando algo está destinado a pasarte, va a suceder igualmente.

—¿Entonces para qué quiero conocer mi futuro si no puedo cambiarlo? Menuda mierda...

—Podrás modificar algunas cosas pero tu destino, Carla, ese ya está escrito.

Capítulo 11

Lo que el ascensor ha unido, que no lo separe el hombre

La vuelta a casa, después de aquella conversación con Merche, fue rara. No paraba de darle vueltas a lo que Merche había visto en las cartas, a pesar de no creer en esas cosas, tenía la sensación de que todo iba a cumplirse al pie de la letra. Sabía que no tenía que haberle preguntado nada. Ahora ya era tarde, ya era inevitable no darle vueltas en mi cabeza.

—Sales por la noche porque por el día, con el sol, los bombones como tú se derriten, ¿estoy equivocado? —sonreí.

Me giré y allí estaba, de nuevo ataviado con ropa deportiva y cargando en su mano derecha una bolsa de gimnasio. De nuevo su moño recogiendo su pelo mojado y la barba algo más corta que por la mañana. De nuevo increíblemente guapo. De nuevo Merche y sus cartas en mi cabeza.

—No soy de esas que tienen mucha vida social. Bueno, realmente no tengo vida social —añadí.

—Pues te envidio.

—¿Qué va! No sabes lo aburrida que puede llegar a ser mi vida.

—Y no sabes lo intensa y amargarte que puede llegar a ser la mía. Si me dan a elegir, no lo dudaría, me quedo contigo —abrí los ojos como platos—, con tu vida, digo.

—¿No era el piano y tus conciertos lo más importante de tu vida?

—Y lo son, pero ya estoy agotado...

Abrió con su llave la puerta metálica que daba al interior del bloque y me dio paso con la mano, pasé.

—¿Escaleras o ascensor? —le pregunté.

—Ascensor, ya he hecho suficiente cardio por hoy.

Subimos y presionó el botón de nuestra planta, la tercera, aquella que, apenas semanas atrás, había sido un ring de boxeo.

Yo llevaba mi mirada clavada en las uñas de mis pies que estaban al descubierto por la parte delantera de mis sandalias blancas, él se mantenía en silencio y me sentí incómoda.

Poco antes de llegar por fin a la tercera planta, el ascensor se paró en seco y las luces empezaron a parpadear, sentí pánico, verdadero terror.

—¿Estás bien? —puso su mano rodeándome el brazo y me lo apretó ejerciendo la presión necesarias para sentir que él estaba allí y que nada malo iba a pasarme.

Debió notármelo, mi cara estaría más blanca que Cásper, el gatito de Venus, bueno, de Nuria, que lo deja bien claro en el libro que no le gusta que le llamen así.

—Necesito salir de aquí, Dante. Me asfixio.

—Tranquila, serán solo unos minutos. Siéntate.

Me ayudó a sentarme y se puso en cuclillas frente a mí, me miraba preocupado. Mi respiración se fue agitando cada vez más, sentía que pronto agotaría el oxígeno que aquel ascensor contenía y que iba a morir junto al hombre mas sexy del mundo.

—Respira. Tranquila.

—No quiero respirar mucho para que no nos quedemos sin oxígeno, no quiero respirar el porcentaje que te pertenece.

Se carcajeó, pensaría que estaba bromeando pero yo lo estaba diciendo muy en serio y completamente convencida.

Se puso de pie y presionó el botón de emergencia. Qué suerte la nuestra de que aquel ascensor, prácticamente último modelo, fuese aprobado en junta con la posterior derrama pero, sinceramente, si aquel botoncito conectaba con alguien del exterior que pudiese salvarme la vida, había sido el dinero mejor invertido de toda mi vida.

—Emergencias, dígame.

Aquellas dos palabras provocaron en mí la misma alegría que si alguien en Navidad me hubiera dicho: “*¡Te ha tocado el gordo, Carla!*”. Qué feliz me hizo aquella muchacha con voz robótica.

—Estamos encerrados dentro de un ascensor.

—Dígame el número de seis cifras que tiene dentro del recuadro rojo.

Menos mal que era Dante el que se estaba encargando de todo, de haber sido yo la encargada de sacarnos de allí me hubiera convertido incluso en daltónica haciéndose imposible localizar el recuadro rojo. Dante fue diciéndole a la chica número a número lo que aquella placa llevaba marcado.

—¿Cuántas personas estáis dentro del ascensor?

—Dos, una chica muy fea con los ojos verdes y yo.

Levanté la cabeza que tenía enterrada entre mis rodillas y le vi sonreírme. La voz robótica dejó escapar también a la par una carcajada robotizada.

—De acuerdo, intentad mantener la calma los dos ahí dentro. Ya he dado parte a la unidad pertinente y en aproximadamente veinte minutos estarán ahí.

¿Veinte minutos? Definitivamente íbamos a consumir el oxígeno antes de que nos salvaran.

—¿Has oído, Carla? Ya vienen. ¿Cómo te encuentras? —se sentó frente a mí.

—Mal, siento que ya apenas queda oxígeno aquí dentro...

Volvió a carcajearse y yo volví a quedarme descuadrada, ¿cómo no le preocupaba nuestro oxígeno?

Abrió la cremallera de su gran bolsa y rebuscó dentro de ella. Sacó una botella con un líquido azul.

—Toma, bebe.

—¿Pipí de pitufo o has hecho un caldo con unos pocos y han despintado?

—De todo un poco —dijo riéndose.

—Tú te lo estás pasando de puta madre...

—La verdad que hacía mucho que no me reía tanto, siento que no estás disfrutando tanto como yo.

—Yo también lo siento, más que tú, créeme.

Bebí de aquel caldo de pitufo y eché la cabeza hacia atrás permitiéndole al aire entrar y salir con más facilidad.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Cinco años.

—¿Y cómo que una chica tan joven decide mudarse a un edificio tan aburrido como este?

—Me enamoré de su silencio, de su paz.

—Hasta que llegué yo.

En aquel momento fui yo la que sonreí.

—Sí. Y cuando ya te trajeron el piano.....

—Pues desde que tengo mi piano estoy mucho más tranquilo.

Aquello era cierto.

—¿Te importa si pongo a reproducir mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza?

Lo necesitaba...

—Claro, adelante.

La busqué en mi móvil y empezó a reproducirse.

—Es muy relajan...

—*Shhh*, tenemos que estar en silencio para que haga efecto —le susurré.

—Ah, vale, lo siento —me susurró él.

Cerramos los ojos y empezamos a hacer nuestros aquellos pájaros que cantaban libres.

—¿Estáis bien?

¡Me había quedado dormida! Estaba acostada en postura fetal con la cabeza apoyada en la bolsa de Dante. ¡Qué bien olía aquella bolsa!

—Sí —respondió Dante.

—Me he quedado dormida...

—No te preocupes, he estado a tu lado todo el tiempo —se carcajeó—, no quise moverme de aquí por si te robaban tu teléfono móvil, no sabes lo mucho que ese aparato puede cotizarse en el mercado negro con esas listas de reproducción en su interior...

Puse los ojos en blanco.

Cuando por fin, una hora después, aquellas puertas metálicas, se abrieron y Dante me ayudó a salir por el hueco estrecho de menos de un metro que había en la parte superior de la puerta, sentí como si hubiese salido de prisión... ¡bendita libertad!

—Creo que lo he pasado esta noche mejor que el otro día en nuestra cita.

—Siento ser una pésima compañera de ascensor.

—Bueno, estoy seguro de que esta anécdota podremos recordarla en un futuro y podremos reír los dos.

—Sí, seguro. Espero no tener pesadillas con lo vivido...

—Ponte esos sonidos de la naturaleza que parecen un arma de destrucción para todo lo que te perturba...

—Lo haré —le guiñé el ojo—. Bueno, Dante, gracias por haberme cuidado como lo has hecho.

—Ha sido un placer. Lo que el ascensor ha unido, que no lo separe el hombre.

Me reí y empecé a sentirlo más cercano a mí, la lava estaba casi rozándome las puntas de mis dedos gordos del pie y yo seguía allí, sacando pecho con la valentía que me faltó en el interior del ascensor.

—Amén.

—Buenas noches, fea.

—Buenas noches, princeso.

Capítulo 12

Pide un deseo...

Me desperté agitada. Cuando Merche me dijo lo que había visto en las cartas supe que me afectaría pero no hasta el punto de verme hundida en lava en mis pesadillas.

Me fui a la cocina y me serví un vaso de agua de la jarra de cristal que tenía dentro del frigorífico. Hacía calor, me puse una camiseta que mi hermano se dejó en mi apartamento un día que vino a pasar unos días conmigo y salí, vaso en mano, a la diminuta terraza.

—¿No puedes dormir?

Me asustó, no esperaba encontrármelo apoyado en la barandilla de su balcón mirando al horizonte con parte de su cuerpo por fuera. De nuevo llevaba sobre su cuerpo aquella bata rosa que estaba pasando a ser una segunda piel para Dante.

—He tenido una pesadilla...

—¿Con el ascensor?

—No, otra cosa...

—Vaya...

—Me he levantado a servirme este vaso de agua y me apetecía asomarme por si ahí afuera estaba pasando algo más emocionante que lo que pasa aquí dentro.

—No, yo llevo casi dos horas aquí asomado y no ha pasado absolutamente nada... Respecto a que ahí dentro no pasa nada emocionante, yo podría ayudarte a solucionarlo —me sonrojé—, no seas mal pensada, pensaba dejarte un DVD de una película súper emocionante, ¿has visto *Jumaji*?

Sonreí, Dante tenía unas ocurrencias y unas salidas que me hacían reír muy fácilmente. Miré al cielo, aquella noche estaba súper estrellado, hacía tiempo que no veía un cielo como el que en aquel momento tenía ante mis narices.

—¿Eres de los que piden deseos a las estrellas?

—Nunca he pedido un deseo a una estrella. ¿Se cumplen?

—¡Por supuesto!

—Entonces tengo que pensar muy bien qué pedir...

Nos mantuvimos unos segundos callados mirando al cielo. Yo estaba pensando que, si realmente las estrellas pudieran conceder deseos, qué les pediría yo... Me asusté un poco cuando Dante se paseó por mis deseos.

—¡Lo tengo! —me dijo.

—Creo que no se cumplen si los dices en voz alta.

—Uy, casi la lío.

—No pidas que me enamore de ti perdidamente —le dije demasiado coqueta para lo mal que nos habíamos llevado días atrás.

—Eso sería un deseo tirado a la basura.

De nuevo otro pellizquito de desilusión absurdo...

—¿Eso crees?

—Tú ya estás enamorada de mí, no puedo desear cosas que ya tengo.

—¿De qué vas, princeso? —me carcajeé—. ¡Ni lo sueñes!
—Los amores reñidos son los más queridos, y tú y yo hemos reñido bastante...
—Ese deseo es totalmente incompatible con el mío.
—¿Qué has deseado tú?
—Que te pires ya del edificio.
Ja, ja y ja... Tururú, Carla...
—Lo has dicho en voz alta, ya no se te cumplirá, lo siento...
—¡Mierda!

Estar en aquella barandilla apoyada bajo un cielo lleno de estrellas, despertó mi parte romántica, aquella que nunca antes había salido a la luz.

Nunca me había enamorado, nunca había estado con ningún chico aunque pareciera increíble. Había cumplido veintitrés años y jamás había estado con ningún hombre. En la universidad, cuando mis compañeras hablaban sobre sexo, yo me mantenía callada, al margen, pero es que también me mantendría al margen y callada si hubiera estado con algún chico.

Reconozco que había imaginado muchas veces cómo sería esa primera vez con algún chico, cuando era más jovencita de lo que en aquel momento lo era, me daba pavor, siempre lo imaginaba como uno de los peores momentos que una chica podía vivir. En una ocasión estuve a punto de dar el paso, tenía un noviete de esos de los que en tu adolescencia piensas que será para toda la vida, era un buen chico, me cuidaba, era muy detallista, me escribía cartas de amor y me hacía sentir especial. No dudé en que con él debía ser mi primera vez. Fuimos a su casa, sus padres se habían ido de vacaciones y decidimos que era un buen momento para dar el paso. Empezamos a besarnos, fuimos jugando con nuestros cuerpos hasta el punto de sentir que el corazón me iba más rápido que cuando mis padres me decían aquella odiosa frase del “tenemos que hablar” porque sabía el rapapolvo que me iba a caer seguidamente. Cuando su mano se introdujo dentro mis braguitas se me vinieron como diapositivas todos los *tenemos que hablar* de mis padres, las amenazas que me limitaban y que a mi hermano le daban alas y le aparté de mí, sabía que mientras que mis padres siguieran presentes en mi vida yo estaría muy cohibida, limitada y encerrada en mi propio cuerpo. Después de aquel día lo dejamos, tenía a los hombres tan mal vistos que no me veía capaz de tener una relación con ninguno.

Cuando a los dieciocho decidí desplegar mis alas, volar y salir de aquel nido en el que nunca me dieron mi lugar ni me enseñaron que una mujer no tiene límites para absolutamente nada si ella no decide ponerlos, tuve muchas oportunidades de estar con varios chicos pero no me atraían lo suficiente como para llegar a acostarme con ellos, unos besos y algunos toqueteos sí, pero no me había acostado con ninguno. Mi virginidad “la perdí” con el consolador que Merche me regaló por mi veinte cumpleaños, desde aquel entonces me había hecho de un buen equipo de *autoplacer* (consoladores de varios colores, tamaños y formas, un succionador de clítoris que era una auténtica maravilla y algunos geles que me empujaban con fuerza a orgasmos maravillosos). La verdad que nunca eché de menos poder acostarme con un chico, la verdad que nunca me gustó ninguno hasta el punto de querer tener sexo, la verdad que todo eso fue antes de conocerlo a él.

—Ya es tarde —me dijo sacándome de mis pensamientos—. Vamos a intentar dormir, ¿no?
—Gracias por este ratito, Dante.
—Gracias a ti por enseñarme a pedirle deseos a las estrellas. Sé que a partir de ahora todo será muy diferente si se cumple mi deseo.
—Me dejas intrigada pero como los deseos no se dicen... Hasta mañana, princeso.
—Descansa, fea.

Capítulo 13

Un plan imposible de rechazar

Me despertó el sonido de aquellas teclas de piano interpretando una melodía que, a pesar de no oírla con claridad, la conocía perfectamente. Era una de mis canciones favoritas: *Amarte por mil años más*. Me levanté y me fui al salón, me senté en el suelo y apoyé mi espalda en la pared. No la acompañaba ninguna voz y empecé a cantarla prácticamente susurrando. Se me erizaba el vello de todo el cuerpo con aquella canción. ¿No te ha pasado que de repente un día te topas con una melodía, una letra, unos acordes y se te quedan grabados como parte de ti? Esa melodía que cuando empieza a sonar es inevitable que te remueva “cosas”.

¿Por qué una canción con una letra tan romántica se había convertido en mi canción favorita del mundo mundial? Simple, era una romántica de campeonato y, según iban pasando los años por mí, aquello iba aumentando.

Dejó de sonar aquel piano y fue cuando me levanté del suelo, había comenzado un nuevo día y tenía el presentimiento de que iba a ser un gran día.

—¡Carla! ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme? ¡CARLA! ¿ME ESCUCHAS?

De nuevo aquellos gritos desde el balcón de al lado. Acababa de terminar de almorzar y salí con la manzana roja que estaba tomando de postre en la mano.

—¡Deja de gritar! ¿Estás loco?

—Tengo un plan para esta noche. No podrás rechazarlo.

—¿Y tienes que decírmelo en el balcón a plena luz del día? Esos que están en la terraza del bar a lo mejor también se animan... —puse los ojos en blanco.

—¡Pues están invitados!

—Estás generoso hoy... —le di un bocado a mi manzana.

—Te invito a cenar en mi apartamento.

Casi me atraganto con el trozo de manzana casi triturada que tenía en la boca. ¿Cenar en su apartamento?

—Lo siento, esta tarde trabajaré y saldré tarde...

—Podemos cenar tarde, no importa, cenar tendrás que cenar, ¿no? —asentí—. Pues te veo esta noche.

—¿Puedo pensármelo al menos?

—No. Necesito enseñarte algo, quiero que me des tu opinión.

—¿En qué momento tú y yo nos hicimos colegas?

—Creo que esta amistad se consolidó en el ascensor.

—*Ajam...*

—Te veo esta noche, fea.

—Aún no te he confirmado mi asistencia...

—Entonces, ¡sorpréndeme!

Volví al interior de mi apartamento con una chulería que no pegaba mucho con mi personalidad

pero que me nacía de forma natural cuando Dante me retaba.
Realmente era un plan que no podía rechazar.

Faltaba una hora para cerrar la tienda cuando Dante entró empujando con la mano el cristal.

—*Guau...* —miraba boquiabierto toda la tienda, prestando especial atención en el techo colmado de lámparas, brujas colgando y estrellas.

—¿Qué te trae por aquí?

—Esto es una pasada... —ignoró mi pregunta—. ¿Esto es una bola de cristal?

—Sí.

—¿Con esto puedo conocer mi futuro?

—Esa bola no funciona con cualquiera.

—Una lástima.

—Mi jefa podría leerte el futuro si te interesa.

Abrió los ojos asombrado y seguidamente negó con la cabeza con movimientos cortos y rápidos.

—Prefiero no saberlo...

—¿Vas a decirme qué te trae por aquí?

—Leo me dijo dónde trabajas. ¿Sabes una cosa? Creo que le gusto —esto último lo susurró.

—No quiero conocer cómo habrás chantajeado al pobre Leo para conseguir esta información.

—No fue difícil, una entrada para uno de mis conciertos y listo.

—Listo eres tú...

Me guiñó el ojo y siguió viendo con detenimiento las estanterías de cristal colmadas de velas y amuletos.

—¿Puedo olerla? —me mostró una de las velas.

—Se suele preguntar antes de cogerla... pero sí, sí que puedes olerla...

La cortina se abrió y salió Filomena, una mujer entrada en años que era clienta asidua de la consulta de Merche. Merche caminaba detrás de ella desabotonándose la bata azul añil con estrellas doradas que usaba cuando tenía que pasar consulta.

—Hasta otro día, doña Filomena. Prenda las velas que le he dicho. No lo olvide.

—Lo haré, gracias por todo.

Cuando la señora Filomena salió y cerró de un portazo la puerta de cristal, Merche se puso a mi lado, detrás del mostrador mirando detenidamente a Dante. Debió pensar que era un ladrón porque no le quitaba el ojo de encima...

—¿Qué quiere? —me susurró disimulando.

—Creo que robarnos... —le dije con el mismo tono de voz que ella había usado.

Por dentro me reí como una morsa pero se lo dije muy serio interpretando un buen papel.

—Hijo de puta... —volvió a susurrarme.

Dante seguía mirando las vitrinas sin perderse ni un solo detalle bajo la atenta mirada de Merche que ya tenía marcado en su teléfono móvil el número de la policía por si *el ladrón* decidía entrar en acción.

—¿Hay algún amuleto para alejar el mal de ojo? —nos miró con una de sus perfectas cejas alzada—. Tengo una vecina problemática y no me fío un pelo de ella después de ver dónde trabaja —caminó hasta el mostrador con una sonrisa pícaro dibujada en los labios—, más vale prevenir que curar...

Puse los ojos en blanco.

—¿Es tu vecino? —me dijo Merche.

—Lo es.

—¡Maldita seas! ¡Me has asustado!

—Encantado —le tendió la mano—, soy Dante, aunque ya veo que me conoce.

Aquella sonrisa chulesca me encantaba, para qué decir lo contrario...

—Yo soy Merche.

Merche le dedicó una mirada que bien podrían haberle puesto dos rombos al lado. Miraba de forma descarada los brazos fuertes de Dante y el pectoral que asomaba un poco por el cuello de aquella camiseta ancha.

—Carla, puedes irte ya a casa —me guiñó el ojo con picardía.

—Aún hay que cerrar la caja.

—No te preocupes por eso, ya lo hago yo.

Salí de la tienda bajo la mirada picarona de Merche.

Merche era mucho más que mi jefa, era la única amiga que tenía. A pesar de diferenciarnos casi treinta años de edad, era una mujer con un espíritu muy muy joven y con más vitalidad que yo. Siempre estaba planificado escapadas con amigos, haciendo deporte al aire libre y pasaba la gran parte de su vida viajando en una autocaravana. Tenía un gran círculo de amigos, cuando no quedaba con unos, quedaba con otros y eso, de algún modo, yo lo envidiaba... Mi lista telefónica era tan corta como mi experiencia en el amor... Merche era una mujer de mentalidad muy abierta, una vez, después del cierre, me contó que había llegado a estar en una orgía, puedes imaginarte mi cara... Yo no me había acostado con ningún tío y ella había tenido en su cama a seis al mismo tiempo.

¡Qué mal repartido está el mundo!

Yo era incapaz de llamar amiga o amigo a cualquiera, quizá, lo mismo que me pasaba con los hombres, también lo mantenía en la amistad. Posiblemente sería un *bicho raro* en muchos aspectos pero es lo que tiene haber vivido toda tu niñez y adolescencia prisionera... No sabía relacionarme, quizá fue por eso por lo que busqué aquel apartamento en el que vivía, siempre creí que lo había elegido por su paz pero cada año que pasaba allí, y yo iba ganando madurez, era más consciente de que lo que me mantuvo allí fue la comodidad que sentía en la soledad, alejada de todo y de todos...

—Estás muy callada esta noche, ¿no?

Estábamos a dos calles de llegar a nuestro bloque de apartamentos y no nos habíamos dirigido la palabra. Yo seguía con la cabeza en lo que Merche me había dicho. Con Dante quería ir más allá, me gustaba y sentía que, a pesar de vacilarme como lo hacía, yo también le molaba bastante. Aquel sentimiento tenía que competir con aquello que Merche me había advertido, y no conseguía ignorarlo, a pesar de no haber creído nunca en eso del tarot.

—Bueno... Realmente no sé qué hacemos tú y yo caminando juntos por la calle... Es como si no supiera qué nos ha llevado a estar como estamos ahora.

—Yo no soy de los que pierden la vida pensando en cómo han pasado las cosas, prefiero disfrutarlas cuando llegan.

—Tú eres un rebelde...

—¡Qué va! Si supieras cómo ha sido mi niñez... Llevo en conservatorios tocando el piano desde los tres años, mi vida ha girado en torno al piano. Me gusta, vivo de ello, pero como entenderás no es algo que elegí, mis padres me impusieron aquello y, aunque les estoy agradecido,

sé que dejé muchas cosas por el camino. Perdí mi niñez, mi adolescencia y mi juventud se está esfumando entre las teclas de mi piano. Cuando no tengo conciertos tengo ensayos, no hago nada más... No tengo un amigo en el que poder apoyarme cuando estoy mal.

—Pues ya somos dos, yo solo tengo a Merche.

—Tú y yo tenemos muchas cosas en común.

—¿Eso crees?

—Y si no las tenemos, las creamos.

Abrió con su llave la gran puerta de entrada.

—¿Escaleras o ascensor? —me preguntó con una sonrisa burlona.

—Escaleras sin dudarlo

Subimos tranquilamente las escaleras como si nouviésemos prisa ninguna a pesar de estar prácticamente convencida de que ambos teníamos ganas de empezar nuestra segunda cita.

—Me doy una ducha rápida y ahora nos vemos —le dije.

—Te esperaré.

Entré en mi apartamento y empecé a desvestirme nada más cerrar la puerta detrás de mí. Tenía ganas de saber qué era lo que Dante quería enseñarme. Una vez en el baño, y después de haber dejado una estela de ropa esparcida por todo el suelo de mi apartamento, busqué desesperada una maquinilla de afeitar, tenía que dejarme como una muñeca por si, aquella noche, Dante decidía conocerme íntimamente. Encontré una con las cuchillas oxidadas, no solía afeitarme nunca, yo era una fanática de la cera caliente pero no tenía tiempo material para hacérmela en aquel momento.

¡Mierda!

Seguí buscando desesperada, estaba perdiendo el tiempo con algo tan insignificante como lo era una maldita maquinilla de afeitar.

Salí del cuarto de baño, con una toalla enrollada en el cuerpo, desesperada buscando mi teléfono móvil que a saber dónde habría caído en el fragor de la batalla que había desatado yo sola deshaciéndome de todas mis prendas.

—Leo —le dije cuando por fin pude encontrarlo.

—¿Qué te pasa?

—¿Tienes una maquinilla de afeitar que puedas darme?

Leo se quedó unos segundos en silencio, posiblemente analizando a qué venía aquella inusual pregunta.

—Sí...

—Por favor, súbemela.

—¿Piensas suicidarte con una maquinilla cutre?

—Leo, tengo mucha guerra que dar aún... ¡Súbemela, por favor!

—Está bien.

Por suerte Leo se apresuró y no tuve que esperar mucho tiempo para maquearme el cuerpito...

Capítulo 14

¡Por los malos vecinos!

—¿Eres Carla? —me dijo al abrir la puerta de su apartamento.

Le estampé en el pecho la botella de vino que llevaba en mi armario más de ocho meses esperando a ser descorchada, no sabía en qué momento la compré ni lo que se me pasó por la cabeza cuando la eché en mi cesta de la compra...

Elegí una minifalda vaquera y una camisa roja con lunares blancos anudada en la barriga, a los pies llevaba unas sandalias planas negras con algunos abalorios plateados que colgaban de la tira que llevaba anudada al tobillo.

—Venga, va, quita esa cara de asombro y déjame pasar, prínceso. No quiero que nadie del bloque me vea entrando aquí después de todo lo que pasó en la junta...

—Todos tenemos derecho a arrepentirnos de nuestros malos actos.

—Pues sí...

—Yo sabía que era cuestión de tiempo que te arrepintieras de lo mal que lo hiciste desde un principio —puse los ojos en blanco y sonrió—. Sabía que no eras tan tiquismiquis como me hiciste creer...

—Mira tú quién fue a hablar...

Aquel apartamento estaba muy diferente a la última vez que estuve allí, ya no había ni una sola caja en el suelo, los muebles del salón estaban perfectamente colocados y varios cuadros colgaban de las paredes.

—Siéntate.

—¿Los has pintado tú? —señalé con el mentón los cuadros.

Eran unos cuadros sencillos en tonos grises, de pinceladas precisas que mostraban unas manos sobre las teclas de un piano desde distintas perspectivas. Me parecieron muy bonitos y originales.

—No, fueron un regalo.

Me senté en el sofá y vino de la cocina, que estaba separada del salón con una pequeña barra como el mío, con un par de copas y la botella que yo había llevado descorchada.

—Realmente no sé si estará bueno, debí comprarlo en el súper y no debió superar los diez euros, posiblemente elegí esa botella indecisa entre ella o un *brik* de *Don Simón* por el simple hecho de que me gustó más el envase.

—Agradezco tu sinceridad.

—No hay de qué —sonreí orgullosa.

Estaba nerviosa, Dante estaba sentado apenas a dos palmos de mí y notaba su energía que debía de estar arrastrándose entre las fibras de la tela del sofá hasta llegar a mí. Estaba nervioso pero su cuerpo solo desprendía calma y seguridad, se notaba que estaba muy acostumbrado a tener que mantener a rajatabla los nervios.

Podía olerlo, olía a jabón y a perfume esparcido sutilmente, llevaba el pelo mojado recogido, se había rapado la parte de la nuca y las patillas mientras yo había estado rapándome también todas las zonas donde el pelo decidió crecer sin permiso. Llevaba un pantalón blanco de lino y

una camisa blanca con cuatro botones sin abotonar, estaba descalzo y lo envidié. Necesitaba quitarme las sandalias, mandarlas de dos patadas a la mitad del salón y sentir el frescor del suelo en mis pies al igual que lo estaba sintiendo Dante.

Estaba guapísimo, parecía recién salido de una pasarela ibicenca y quise pellizcarme para comprobar que no me había quedado dormida mientras desayunaba aquella mañana mi bol de cereales con leche. Ya me era imposible ver en él al vecino capullo de C.

—Voy a servir la cena, espero sorprenderte, soy un chef excelente y habilidoso.

—Vaya... deseosa estoy...

Se puso en pie y, únicamente con la mirada clavada en su culo y en la anchura de su espalda, le seguí hasta perderse detrás de la barra.

Levantaba la mirada de la encimera y me la dirigía sonriendo levemente.

—No soy de invitar a nadie a cenar a mi apartamento, no quiero enamorar a nadie a través del paladar.

—Me tienes intrigada...

—Serán solo unos minutos más de espera. Voy un momento al baño.

Se encaminó al baño dejando en el horno lo que él supiera que andaba cocinando. Mi mirada estaba analizando aquellos cuadros, juraría que aquellas manos eran las de Dante. Me sorprendió no ver el piano en el salón, ¿dónde estaría?

Dante estaba tardando más de la cuenta y desde el horno empezaba a salir un poco de humo oscuro con olor a quemado. Iba a levantarme para apagar el horno y sacar lo que había dentro cuando apareció un poco enfadado.

—¡Joder! —gruñó.

Abrió con desgana el horno y sacó una pizza churruscada que dejó de mala gana sobre la encimera.

—Vaya... —dije sin saber cómo actuar.

A pesar de verle enfadado no me veía con la confianza suficiente como para preguntarle qué le pasaba.

Metió la cabeza entre sus manos tocándose los laterales rapados de forma nerviosa. Me sentí un poco desubicada y tonta allí sentada en el sofá.

—Dante —levantó la cabeza y me dirigió la mirada—, no pasa nada, no te preocupes.

Sonrió aunque sus ojos no le acompañaron, los tenía brillantes, al borde del derrame y me negaba a pensar que aquello fuera por una pizza quemada. Me puse en pie y me dirigí hasta quedar a su lado. Lo hice un poco desconfiada pero sentí que tenía que hacerlo.

—Tenía buena pinta —dije mientras miraba aquella pizza negra, sonrió de forma más sincera que la anterior.

—Era del súper, igual que tu vino.

Me carcajeé y él lo hizo conmigo.

—Llamo a una pizzería excelente que trae comida a domicilio —le dije.

—Será lo mejor.

Tiró la pizza quemada al cubo de la basura y sacó del frigorífico una botella de vino que nada tenía que ver con la mía. Puso dos copas sobre la barra y sirvió el vino en ellas. Me cedió una.

—¡Por las pizzas quemadas! —me dijo.

—¡Por las pizzas quemadas y por los malos vecinos!

Brindamos y se le borró por completo el enfado de su cara. ¿Estaba enfadado porque había quemado la cena o porque algo le mosqueaba y le taladraba la mente?

Capítulo 15

La sorpresa

Cenamos tranquilos, no habíamos hablado mucho pero, aquella vez, no me sentí incómoda en aquellos silencios. De vez en cuando miraba a Dante por el rabillo del ojo y sentía que algo le rondaba la mente y le impedía estar del todo bien. No le conocía demasiado pero dicen, y yo lo creo a pies juntillas, que los ojos son el reflejo del alma, y los suyos reflejaban tristeza.

—¿Vas a venir al concierto que daré en tres semanas?

—¡Claro! Me encantaría verte y oírte tocar.

—Hoy tenía preparada una sorpresa para ti pero no sé si estoy en un buen momento para dártela a conocer.

—Estoy segura de que sí que puedes. Además, estoy aquí por eso... No creerás que me voy a ir de aquí sin conocer lo que ibas a enseñarme, ¿no?

Se puso en pie decidido, impulsado por mis palabras y llenándome de orgullo tras conocer mi poder de convicción.

—Ven.

Me tendió la mano y, envuelta en una maraña de sentimientos (incertidumbre, nervios, felicidad, orgullo, pasión...), se la cogí algo temblorosa.

Caminamos por el pasillo hasta toparnos con una puerta cerrada.

—¿Estás preparada?

—Sí, claro.

—Voy a enseñarte mi *sala de juegos* —se carcajeó—. Sí, he visto las pelis del tal Grey ese...

Me reí, con él era fácil.

Bajó la manilla de la puerta, la abrió y entramos a aquella habitación. Las paredes estaban forradas de unas cosas parecidas a los cartones de huevo de color gris oscuro, sabía que aquello se utilizaba para insonorizar habitaciones pero jamás hubiera imaginado que Dante había forrado una habitación entera con aquel material para seguir dejándome disfrutar de ese silencio que tantas veces le dije necesitarlo. Había como unos ocho cuadros, colgados en las paredes de aquella oscura habitación, con imágenes capturadas de conciertos y fotos de su piano sobre la tarima de un escenario en algún teatro desde diferentes perspectivas. Había también, en una esquina, una estantería alta, de unas siete baldas con algunos trofeos, algunos cuadros, discos y libros. En aquella sala, iluminada con luz artificial por grandes focos, prácticamente centrado estaba su preciado piano, debajo de este una pequeña banqueta y, en otra de las esquinas, un sillón orejero forrado con tela de cuero blanca con las patas doradas (aquel sillón bien podía encajar con mi cuarto de baño...).

Miré toda aquella sala con detenimiento y él me miraba orgulloso de comprobar que, al menos, su mundo me despertaba curiosidad.

—Esta sala está insonorizada porque una vecina que yo tenía vino a quejarse, me armó una bronca de narices, no sabes la de adjetivos feos que me dijo... Imagínate preparar todo esto sin hacer ruido...

—¡Vaya tipa...!

—Princeso me llama por el simple hecho de tener una bata rosa con una corona en la espalda, ¿tú crees que es motivo suficiente? —puse los ojos en blanco y reí—. ¿Sabes? Creo que no es mala gente porque me enseñó a usar un maldito cacharro del demonio, lavadora le llaman... En fin, resumiendo, que es la tía más guapa que me he echado a la cara a pesar de decirle fea.

Me sonrojé y él lo notó. Caminó hasta el sillón y lo arrastró hasta dejarlo cerca del piano, al contrario de donde quedaban las teclas para poder mirarnos a la cara.

—Siéntate, fea. Quiero que me digas qué te parece esto.

Me senté nerviosa. Rodeó el piano, retiró la banqueta que había debajo y se sentó. Me miró sonriente mientras se subía un poco más los puños de la camisa que tenía enrollados a la altura del antebrazo. Levantó la tapa que cubría las teclas, cogió un poco de aire y lo dejó escapar rápido.

Cuando oí aquella melodía sentí muchísima emoción, se me hizo un nudo en la garganta y los vellos del cuerpo se me pusieron en pie. Era mi canción favorita, y tocada por aquellos dedos lo era aún más.

Sus dedos paseaban con suavidad y seguridad por aquellas teclas tocando “*Amarte por mil años más*”, había estado ensayándola y por eso la oí desde mi salón. Me sentí como nunca, como si a Dante lo conociera de toda la vida, y no sentí vergüenza al añadirle, bajo su amplia sonrisa, la voz a la melodía. ¿Cuántas veces la habría cantado a lo largo de mi vida? ¿tres mil veces? Pues jamás, nunca antes la había sentido tan adentro como aquel día. Sentía que podía volar en aquella sala acompañada de aquellas notas que los dedos de Dante me estaban regalando.

Cuando aquella canción llegó al final, sentí que un trozo de Dante ya jamás abandonaría mi cuerpo.

—¿Qué te ha parecido?

—Impresionante...

—No sabía que cantabas tan bien, me has sorprendido, se suponía que la sorpresa era de mí para ti...

—¿Sabías que es mi canción favorita del mundo?

—No lo hubiera sabido si en tu móvil no tuvieras una lista de reproducción con esta canción en siete versiones diferentes... Tuve que escucharlas todas en el ascensor cuando, después de terminar aquella lista de reproducción que pusiste de sonidos de la naturaleza empezase esa otra...

Sonreí.

—Lo siento...

—No te disculpes, ahora cada vez que la escuche o la interprete estarás en mi mente, podré vivir con ello.

—Gracias por esta sorpresa, me ha encantado.

Sonrió, volvió a cerrar la tapa, se puso en pie volviendo a dejar la banqueta como estaba cuando entramos a aquel maravilloso cuarto, que nada tenía que envidiarle al del *Señor Grey*, y me tendió la mano. No lo pensé, se la di y me pegó a él dejándome pegada a su pecho. Podía oírle el latido acelerado de su corazón, aquel no podía fingir tranquilidad como la fingía su cara.

—¿Me das permiso para besarte? —me preguntó—. No quiero que vuelvas a irte como la ult...

Me puse de puntillas y le besé. Nuestras lenguas empezaron a enredarse desesperadas, llenas de pasión. Nuestras salivas decidieron que era una excelente idea ser una sola y nuestros cuerpos pedían a gritos que nuestra ropa debía de desaparecer.

¿Era Dante merecedor de mi primera vez?

Carla, ha llegado el momento.

Capítulo 16

Mi primera vez

Sentir sus manos quitándome la ropa fue como vivir un sueño en tercera persona, era como si no me estuviera pasando a mí a pesar de sentir las yemas de sus dedos deslizándose por mi piel canela...

Habíamos caminado hasta su habitación sin separar nuestras bocas y deseando unir nuestros cuerpos. Estaba aterrada, no sabía nada de chicos y solo había visto a uno en pelotas en toda mi vida (sin contar a mi hermano, a ese le he hecho hasta la cera en la ingle sin calzoncillos puestos...).

Una vez en su dormitorio, a los pies de su cama, me deshizo el nudo de la camisa y después, mirándome a los ojos y manteniendo una sonrisa pícaro fue desabotonándome uno a uno los pocos botones que tenía mi camisa. La sacó deslizándola por mis brazos hasta caer en el suelo de madera de aquella habitación. Con la misma habilidad me desabrochó el sujetador y quedó en el suelo junto a mi camisa. Me besó el hueso de la mandíbula, la parte del cuello que quedaba cerca de mi oreja derecha y me puso en pie todos los vellos del cuerpo. Gemí cuando su lengua mojó, casi por completo, uno de mis erguidos pechos.

—Dante...

Levantó la mirada de mis pechos y me la dirigió a los ojos. Decir aquella simple palabra me costó un esfuerzo sobrenatural porque no podía hablar, aquella lengua paseándose por aquellos sitios tan erógenos me dejaba bloqueada.

—¿Qué te pasa, Carla?

No sabía si era buena idea confesarle que aquella iba a ser mi primera vez, no quería que pensase que era una chica frígida (como ya me dijo una chica de mi universidad tras ver que yo me mantenía siempre al margen en el tema sexo) y tampoco quería que creyese que si había decidido dar el paso con él era porque el siguiente paso sería casarnos. Lo pensé...

—Dante —volvió a retirar su boca de mi pecho.

—Dime —me cogió ambas manos entre las suyas enlazándolas.

—Es mi primera vez.

Frunció el ceño, le extrañó aquella confesión...

—¿Cómo que es tu primera vez?

—Pues eso, que nunca he estado con un chico.

Quizá aquellos segundos que permaneció en silencio con sus ojos profundos clavados en los míos estuvo analizando el porqué de mi decisión de no estar con ningún chico antes.

—¿Estás segura de dar el paso?

—Sí.

Sonrió.

—Iré con cuidado.

—Bueno, he tenido experiencias sexuales solo que no con chicos...

Abrió los ojos como platos y me carcajeé.

—¿Con chicas?

—No —le contesté entre risas—, digamos que tengo un cajón de juguetes...

Me cogió en brazos y le rodeé la cintura con mis piernas. Me mordió el labio y sonreí.

—Me encantas, fea.

Me tumbó a lo ancho de su cama suavemente y desabotonó mi minifalda, no paraba de mirarme a los ojos y yo empecé a verme reflejada en ellos de manera muy diferente.

Dante era un tío súper especial y delicado, tienes que serlo si eres pianista, ¿cómo no me di cuenta antes? Los adjetivos que en ese momento iba adquiriendo nada tenían que ver con los que le regalé al principio de nuestra pésima relación. Si en aquel momento alguien me hubiera dicho que yo iba a estar desnuda tumbada en su cama en unas semanas le hubiera pedido que cambiase de camello al que fuera que me lo dijera.

Mi minifalda cayó en el suelo y mis sandalias, que también las desabrochó con sumo cuidado, quedaron tal cual iban cayendo.

Estaba completamente desnuda sobre aquella colcha blanca impoluta, mi cuerpo vibraba poseído por los nervios de lo desconocido pero Dante hizo todo lo posible para que me sintiera lo más calmada posible.

Volvió a besarme pero, aunque la pasión seguía formando parte de aquel beso como ingrediente principal, noté pizcas de cariño que le daban el toque perfecto a aquel beso. Su boca fue bajando por mi cuello, por el medio de mis dos pechos que agarraba con ambas manos, y por mi ombligo hasta llegar a mi pubis. Estaba arrodillado en el suelo, entre mis piernas, di un respingo y cerré instintivamente un poco las piernas, no esperaba sentir su boca tan cerca de mi parte más íntima tan rápido. Me abrió de nuevo las piernas con muchísima suavidad, fue deslizando sus dedos entre los pliegues de mi sexo y mis gemidos fueron incrementando. Estaba acostumbrada a alcanzar orgasmos maravillosos con todo mi despliegue de consoladores y mi inseparable succionador de clítoris pero nada, absolutamente nada podía compararse a la suavidad y la delicadeza de los dedos de Dante desliziándose por mi humedad.

Sentía que si Dante seguía tocándome así mi orgasmo llegaría mucho antes de lo debido así que le paré la mano. Me miró para comprobar que todo seguía bien y que seguía convencida de seguir adelante con aquello.

—Si sigues voy a correrme —le dije tranquilizándole.

Sonrió, se puso en pie y empezó a desabotonarse la camisa. El corazón empezó a latirme con mucha más fuerza y lo sentía en la garganta, en mis oídos y en mi clítoris que no entendía por qué aquellos dedos habían dejado de acariciarle (es por el bien de ambos, le dije interiormente). Cuando se deshizo de la camisa, que dejó bien colgada en un perchero que tenía cerca, pude ver por primera vez el torso de Dante. Tenía un cuerpo fuerte marcando músculos que me costaba creer que todo el mundo teníamos debajo de nuestra piel. En el pectoral llevaba un tatuaje que, desde la distancia en la que me encontraba, no sabía distinguir bien qué era. Aquella piel bronceada era una maldita locura perfecta. Se soltó el pelo para seguidamente volvérselo a recoger sin dejar fuera aquellos pelos que se habían salido anteriormente. Con los brazos alzados se le definía mucho más su abdomen. No dejaba de sonreír, ni de apartarme la mirada, me encantaba cómo me miraba.

—No hubiera imaginado nunca que debajo de aquella bata de princeso se escondía un cuerpo como el que estoy viendo.

—¿He dejado de ser el princeso?

—Jamás dejarás de ser el princeso, princeso.

Sonrió y se mojó los labios con su lengua de forma sexy. Cuando puso sus manos sobre el elástico de aquel pantalón se me borró la sonrisa de la cara, sentía que mi primera vez estaba tan cerca que empecé a temblar como si me estuviera dando un maldito ataque epiléptico.

Lo notó, y me encantó que lo notara. Puso una de sus rodillas en el filo de la cama, entre mis piernas, y empezó a besarme con dulzura, su lengua dentro de mi boca me daba calma aunque tener su cuerpo semidesnudo sobre el mío le restaba una parte importante a esa paz que me intentaba transmitir.

—Si lo prefieres podemos dejarlo, te tengo cerca, sé dónde vives —me guiñó el ojo.

—No, quiero hacerlo, quiero que sea hoy y quiero que seas tú.

Sabía que la lava del volcán Dante ya estaba sobre mí pero como aún podía seguir respirando, aunque ya empezaba a quemarme, no me detuve. Total, como Merche me dijo que mi destino ya estaba escrito, me dejé llevar. No sabía qué podía pasarnos en un tiempo, no me importaba tanto como quizá debería haberme importado, me gustaba Dante, me gustaba cómo me trataba y no me importaba seguir con aquello.

Se puso en pie y se deshizo del pantalón dejándolo en el suelo, metió sus pulgares en la cinturilla elástica de su bóxer y lo fue bajando con una seguridad plena en él, realmente nada tenía yo que envidiarle, yo llevaba ya bastantes minutos desnuda sobre aquella colcha blanca, con las piernas abiertas y expuesta a él, que aunque quizá no tenía la misma confianza y seguridad que él, no se me estaba notando mucho...

Juro que me faltó llorar cuando liberó su polla de aquel bóxer que la presionaba. Había visto algunas películas porno a lo largo de mi vida (para qué mentir) y había visto a aquel chico que sobé aquella vez en su casa, pero aquellas pollas juro que nada tenían que ver con aquella que tenía frente a mí. ¡Y eso que dicen que la tele engorda!

Cogió de su mesita de noche un preservativo que desenvolvió con sumo cuidado y lo deslizó sobre aquella polla, pensé que la sangre no podría circular por ella y que, al final, terminaríamos en urgencias después de enfundarla en aquella goma.

Me fui poniendo en el centro de la cama arrastrándome intentado no fastidiar mucho aquella postura sexy que había adquirido, desde que casi el principio, sobre ella. Había estado todo el tiempo tumbada en la cama en horizontal y pensé que sería más cómodo para Dante estar al completo dentro del colchón y no con la mitad de sus piernas y los pies por fuera. Puse mi cabeza apoyada en la almohada y respiré hondo. Ya había llegado el momento. Se puso sobre mí con cuidado, sin relajar su cuerpo sobre el mío, aguantando su peso en sus codos que estaban apoyados en el colchón con mi cabeza entre sus antebrazos tatuados.

Su boca estaba empezando a ser mi parte favorita del mundo y en la que me sentía más a gusto. De nuevo enlazamos nuestras lenguas que inundaban nuestras bocas de la mezcla de ambas salivas, hubiera detenido el tiempo justo en aquel momento.

Dejó, con la ayuda de su mano, su polla en mi entrada, sentía miedo quizá a lo desconocido pero estaba absolutamente convencida de que quería hacer aquello.

—Fea.

Me dijo aquello mirándonos a los ojos y manteniendo una leve sonrisilla. Sonreí con él. Pude haberle soltado alguna burrada de esas que a veces, con ironía, dejaba escapar de mi boca, pude haberle dado una respuesta romántica y hacerle saber que podíamos empezar a planificar una boda después de aquel polvo, pude haberle dicho algún piropo y hacerle ver que era su físico lo que me había empujado a sus brazos, pude haberle dicho muchas cosas pero no, solo sonreí, no pude decirle nada.

Fue penetrándome con muchísima suavidad, deslizándose dentro de mí centímetro a centímetro haciéndome disfrutar de ellos en todo momento. Gemía, no podía evitarlo. Con cada centímetro de él que sentía dentro de mí era como si sintiese que la lava de aquel volcán se fuese acercando más y más a mis orificios nasales sintiendo que cada vez estaba más cerca de morir ahogada en él.

—Dante...

Poder pronunciar su nombre era lo único que podía hacer, mis manos, apoyadas en los músculos fuertes de su culo, iban acercándolo más a mí, pidiendo más de lo que me daba, sabiendo que llegaría a la parte más profunda de mí y que me haría daño, me daba igual, quería sentirla ya dentro, entera.

Dejé escapar un quejido que me erizó el cuerpo entero cuando, por fin, le tuve dentro por completo. Podría haber elegido “perder mi virginidad” con un *micropene* y no con aquello que Dante calzaba... Fue aumentando el ritmo de sus embistes y sentí que mi orgasmo se apresuraba por salir de mí. Me corrí con el roce que su polla hacía dentro y, poco después, se corrió él gimiendo fuerte, gritando mi nombre e intentando controlar unos espasmos que cada vez le iban haciendo echar más peso de su enorme cuerpo sobre el mío.

Había sido mi primera vez y me moría de ganas de que no fuera la última.

Capítulo 17

Si es un sueño, que no me despierten...

Si era un sueño, que no me despertase nadie...

Aún tenía el corazón a mil por hora y sentía el de Dante sobre mi pecho latiendo con la misma velocidad y la misma fuerza. Agradecí que el apartamento de Dante estuviese climatizado porque me ardía el cuerpo.

Se retiró de mí dejándome un beso corto en los labios. Nunca antes había besado a un chico con barba porque era de las que decían que aquello era un foco de bacterias pero mi opinión había cambiado al cien por cien y, al besarle, poco me importaba si había o no bacterias, es más, sus bacterias podían pasar a quedarse a vivir, sin problema alguno, sobre toda la piel de mi cuerpo si les apetecían.

—Si quieres puedes pasar a darte una ducha —me dijo mientras se retiraba el preservativo.

Su teléfono empezó a sonar y se le cambió la expresión de la cara en milésimas de segundos, lo cogió, miró la pantalla, volvió a dejarlo sobre la mesita de noche con la pantalla iluminada para abajo y lo dejó que siguiera sonando.

—¡Qué maldita pesadilla! —bufó.

—Paso al baño, con tu permiso.

Lo dije prácticamente susurrando, estaba un poco incómoda con aquel teléfono sonando y Dante maldiciendo.

—Sí, claro —sonrió aunque no sonreía de forma sincera.

Cogí toda mi ropa, que estaba esparcida por el suelo de aquella habitación, de la forma más sexy que pude, iba caminando un poco “rara” incluso... Me metí en el baño que había dentro de la habitación. Aquel pequeño baño no tenía nada que ver con el mío. Tenía una ducha en una de las esquinas con una mampara que se abría para ambos lados permitiéndote así entrar por el medio de las dos hojas, un mueble moderno debajo del lavabo, sobre la lavadora había toda clase de productos para el pelo, el mantenimiento de la barba y otros botes que no me detuve a leer cuáles eran sus funciones y propiedades. No podía con aquel desorden, era superior a mí, ¿por qué todos aquellos botes no estaban dentro del mueble de cuatro cajones del lavabo? No podía soportar aquello que veía, me ponía nerviosa, y cuando pensé que nada más podría sorprenderme (a peor, por supuesto), mis ojos se toparon con una estantería de madera con unas diez baldas en la que Dante tenía colocadas sus toallas. Realmente la palabra “colocadas” no debí usarla para referirme a aquellas toallas hechas bolas y apiladas dando igual cómo estuvieran puestas sobre la estantería. Cerré los ojos y respiré profundo, era una maldita locura follando pero un desastre en el orden, excepto en su sala de piano, allí no había nada fuera de lugar, parecía no formar parte, aquella habitación, del resto del apartamento. Saqué todas las toallas de la estantería y las puse sobre el lavabo, las fui cogiendo una a una y doblándolas como si fueran a salir en la portada de alguna revista de decoración. Una vez bien colocadas sacudí ambas manos orgullosa al ver el resultado perfecto de aquella estantería.

Me di una ducha rápida, me hubiera encantado estar horas debajo de aquel chorro de agua

templada pero aquello de malgastar agua no iba conmigo.

—¿Te quedas a dormir?

Estaba sentado en el filo de la cama, se había soltado el pelo y estaba vestido únicamente con su bóxer. No sabía qué contestarle, me apetecía seguir con él pero yo era una romántica empedernida y no quería hacerme ilusiones tontas.

Sonreí.

—No, me marcho a casa, soy de esas que no pueden dormir con una almohada que no sea la suya —mentí.

—Vale, dame un momentito, ahora vuelvo y ya decides qué hacer.

Salió de su dormitorio y me quedé allí, sentada en el filo de la cama, mirándome la pedicura perfecta de mis dedos. Estaba un poco descolocada sin saber a dónde había ido Dante, era un chico un poco enigmático, era como si nunca supiera por dónde iba a salirme...

—Listo.

Jamás hubiera imaginado que Dante había ido a por mi almohada, tenía la boca abierta en forma de O enorme que intentaba cubrirme con mis manos.

—¿Cómo...?

—Estoy cogiéndole el gustillo a eso de saltar desde mi balcón al tuyo. Creo que he deleitado a los que estaban en la terraza del bar con mi fornido cuerpo en *gayumbos*...

—Tenía mi llave dentro de mi bolso...

—*Bah*, yo soy más de adrenalina. Soy más de riesgos. Soy más de lanzarme al vacío. Solo tienes que verme aquí contigo, con lo mal que me lo has hecho pasar... —puse los ojos en blanco —. ¿Te quedas?

—Sería muy mala si, después de poner tu vida en riesgo para raptar mi preciosa almohada, me marchase.

Sonrió de lado, alzó una de sus espesas cejas perfectas y me encantó.

—Tienes buen gusto para las sábanas, un día de estos podríamos irnos de compras.

—¿Estás de coña?

—No... —alzó de nuevo su ceja dejando una expresión de lo más sexy dibujada en su maldita cara perfecta.

Me dio mi almohada que me la llevé por inercia a la nariz para olerla, había cambiado las sábanas el día anterior y aún conservaba intacto el olor a flores del suavizante, creo que aquel olor era uno de los olores que más me gustaban del mundo.

—¿En qué lado de la cama te gusta dormir? —le pregunté para poder colocar mi almohada en el lado contrario.

—No tengo un lado preferido.

—Pues vaya si eres raro... Todo el mundo tiene un lado preferido en la cama, hombre, si la cama es pequeña no, pero si la cama es así de grande...

—Pues yo me acuesto donde me pille...

—Eres el tío más raro con el que me he topado a lo largo de mi vida.

—¿Por no tener un lado preferido en la cama?

—Entre otras cosas...

Antes de meternos en la cama, Dante se metió a darse una ducha, cuando salió, únicamente cubierto con una toalla que llevaba agarrada en la cintura, casi muero allí mismo. Me parecía un

auténtico espectáculo de hombre, creo que físicamente era el hombre perfecto, en otras cosas no lo era tanto, más bien rozaba el desastre, pero jolines, estaba que quitaba las tapaderas del sentido.

Si era un sueño no quería despertar, tenía que serlo, aquello no podía estar pasando...

Estábamos abrazados después de haber vuelto a follar como dos locos que habían deseado aquello desde hacía ya tiempo... ¿Sería verdad el refrán ese que dice que los amores reñidos son los más queridos?

Tenía su brazo debajo de mi cuello y con su mano me acariciaba el brazo. Yo tenía mis dedos paseando por su tronco, memorizando los huecos que sus músculos dejaban en él. Podía olerle, podía oír el ritmo de su corazón y el sonido de su respiración nerviosa.

—Dante, ¿estás dormido? —le susurré.

—No, no soy de los que se duermen fácilmente.

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste?

Supé que sonreía, no me hacía falta que ninguna luz alumbrase su cara para saber que sus labios habían dibujado esa curvatura perfecta y que para mí empezaba a ser una auténtica locura.

—Pensé que estabas loca, temí incluso por mi vida...

—Dante...

—Venga va, voy a ser sincero, aunque lo de loca sí que llegué a pensarlo... —se mantuvo unos segundos en silencio—. Me pareció buena idea tenerte como vecina. A pesar de ser una quisquillosa, me caíste bien. Sabía que divertirme, me iba a divertir...

—¿Pensaste que nos llevaríamos bien?

—Quizá llegué aquí con pocas esperanzas de congeniar con alguien, siempre suele pasarme, no suelo caer bien...

—Si no llegases como un batallón a cada vivienda que habitas... —le interrumpí.

—¡Venga ya! Reconoce que tampoco fue para tanto...

—¡Fue peor! No, fue mucho peor que peor... —corregí.

—No te creo, reconoce que te morías de ganas de saber quién estaba al otro lado de la pared y mis leves molestias las engrandeciste para tenerlas como excusa.

—Sigue soñando...

—¿Y tú, qué pensaste de mí? —se carcajeó.

—Ya te lo dije, aquella ristra de adjetivos los sentí desde lo más profundo de mi ser.

—¿Me odiabas?

Bufé.

—¡No sabes cuánto!

—¿Y ya no?

—Ahora un poco menos —sonreí a pesar de que él no podía verme.

No me lo podía creer, definitivamente estaba soñando y en breve me volvería a despertar con el vecino del C de capullo dando martillazos o taladrando paredes como si no hubiera un mañana y tendría que batallar conmigo misma porque, a pesar de odiarlo, andaba follándomelo en sueños...

¿Cómo Dante iba a estar acostado a mi lado? ¿cómo podía haberme entregado por primera vez a un hombre al que no hacía mucho había odiado con todo mi ser?

—Princeso.

—Dime, fea.

—¿Qué pasará con nosotros mañana?

—Vivamos el momento.

Posiblemente no era la respuesta que hubiera deseado oír en aquel momento pero, analizándola, era la más sensata.

Capítulo 18

Un alma libre

Aún no entraba apenas luz por los pequeños orificios de las persianas pero me despertaron las notas tristes de un piano que sonaba lejano. Me giré en la cama dispuesta a maldecir de nuevo al vecino del C y fue, cuando percibí aquel olor de las sabanas a un suavizante que no era el mío, cuando caí en la cuenta de que no estaba en mi apartamento. No había sido un sueño, todo lo que había pasado entre nosotros había sido real.

Me levanté sigilosa rezando por no dejarme el dedo pequeño del pie en la esquina de algún mueble de aquel dormitorio en el que no podía conocer con exactitud cómo estaban las cosas distribuidas, abrí la puerta sin hacer ruido y caminé por el pasillo hasta el cuarto donde Dante se encontraba tocando el piano.

Me asomé un poco a aquella habitación que estaba en penumbra, aquella habitación era como un templo para él. Aunque no podía verle con claridad, debido a lo poco que asomé de mi cara y a la poca claridad que allí había, juraría que le vi llorar. No sabía qué le podía estar rondando la mente o si era simplemente que aquella melodía triste le despertaba las lágrimas. Me quedé apoyada en la pared, oculta en la oscuridad de aquel pasillo escuchándole tocar. ¿Cómo había cambiado tanto mi forma de verle? Parecía como si Dante hubiera hecho desaparecer al capullo del C y se hubiera instalado él en aquel apartamento.

Cuando aquella canción dio fin, cerró con suavidad la tapa que cubría las teclas y oí la banqueta arrastrarse con delicadeza por el suelo. No me moví de allí, solo esperaba no asustarle mucho cuando saliese de aquella habitación.

—Sé que estás ahí —me dijo.

Tragué saliva y respiré hondo, había sido descubierta a pesar de haber hecho una minuciosa labor de sutileza y camuflaje. Aquella melodía también había creado un nudo enorme en mi garganta y no estaba en el mejor momento para quedar expuesta.

Un antebrazo tatuado y una mano, con la palma hacia arriba, asomaron por la puerta, un poco temblorosa la cogí. Tiró de ella hasta dejarme pegada a su pecho y pude oír la fuerza con la que su corazón bombeaba la sangre que se iba esparciendo por el cuerpo de Dante.

Permanecimos allí parados, abrazados y con la cabeza en las cosas que aquella melodía nos había despertado, bastantes minutos porque la claridad de un nuevo amanecer empezaba a colarse por las persianas entreabiertas de aquella habitación.

—Carla —me agarró ambas manos y me separó de él lo suficiente como para poder mirarnos a los ojos—, creo que lo que pasó anoche debimos haberlo evitado.

El corazón se me frenó en seco, pude sentirlo. No entendía a qué venían aquellas palabras de Dante, para mí había sido la mejor noche de toda mi vida, me hizo sentir bien y, aunque cabía la posibilidad de que fuera algo puntual y que quizá nunca más volviese a repetirse, pensé que ambos estamos convencidos de que aquello era algo que ambos deseábamos.

—¿Por qué dices eso, Dante?

—Soy especialista en hacer daño y no quiero hacértelo a ti.

—¿Hacerme daño? Dante, somos adultos, nadie ha hablado de matrimonio, nadie ha querido hacer de esto el principio de una relación seria. No estoy enamorada de ti. Pensé que te gustó...

—¡Y me gustó! —me interrumpió—. ¡Qué demonios! ¡me encantó! —corrigió—. Pero yo tengo que seguir siendo un alma libre, hoy estoy aquí, mañana quién sabe dónde estaré.

—Princeso, seremos solo vecinos. No le des más vueltas a esto.

Le dejé un beso en la mejilla y me solté de sus manos.

—Cojo mis cosas y me marcho a mi casa.

No me paró, se quedó allí parado con un poco de tristeza, que no llegaba a entender, en sus ojos. Recogí mi ropa que estaba bien doblada sobre un sillón que había en el dormitorio, caminé por el pasillo sin volver a mirar a la habitación en la que Dante se encontraba y, en tanga y sujetador y con un bolso en la mano, sin temor a encontrarme con alguien y que me sorprendiera con aquellas pintas saliendo del apartamento de Dante, salí de allí.

Me había quedado dormida en el sofá, me era imposible no pensar en lo que Dante me había dicho y no entendía muy bien por qué mi cabeza no paraba de darle vueltas a eso, no era nadie, solo habíamos echado un par de polvos que quedarían grabados en mi memoria como los mejores hasta que llegase el amor de mi vida (si es que llegaba) y los borrara de un plumazo de mí.

Capítulo Dante zanjado, ya sabía qué era estar con un chico, no había estado nada mal pero ya está, fin, Dante volvía a ser únicamente mi vecino del C. C de capullo de alma libre...

Carla, tranquila, sin rencores, ¿recuerdas? Venga, chica, tú puedes...

Capítulo 19

¿Y ahora qué, destino?

—Merche —le dije poco antes de echar el cierre en la tienda.

Me miró por encima de sus redondas gafas de ver, dejó la fregona dentro del cubo y se acercó a mí que estaba contando el dinero para cerrar la caja. Apoyó sus codos en el mostrador por fuera mirándome frente a frente, estaba expectante esperando una confesión que ella ya seguro conocía.

—Dante y yo...

—Me preocupa más el yo, es decir, el tú. ¿Qué te pasa?

—No lo sé, Merche. Te prometo que he intentado no pensar en él pero jolines, me está resultando imposible y no entiendo qué me está pasando...

—Te está pasando lo que ya te advertí que te pasaría.

—Solo ha sido un par de polvos, ¿por qué no puedo sacármelo de la cabeza?

—No puedes sacártelo de la cabeza porque no han sido solo un par de polvos. Ya tienes la lava del volcán Dante en el bigote, Carla.

—Merche, yo no estoy enamorada de él.

—Por ahora, un encuentro más y estarás enganchada a él hasta las trancas.

—¡Anda ya! No soy de esas enamoradizas protagonistas de libros románticos.

—Es que esto no es un libro romántico, es tu vida.

—Pues mi vida la manejo yo y no el destino ese de pacotilla, y yo decido olvidarme de todo esto, quizá hoy no lo consiga pero mañana sí.

—¿Mañana? —se carcajeó—. Mañana estarás planeando una vida con él.

—Tú estás loca... Hemos decidido que lo que pasó entre nosotros ayer se va a quedar en eso, en parte de nuestro ayer, ayer es igual a pasado, pasado pisado y olvidado...

—¿Loca? ¿pasado pisado y olvidado? Mañana hablamos.

—Merche, no me inquietes, ni me atormentes, ni me perturbes...

—Ay, Carla... Cuánto vas a llegar a amar a ese vecinito tuyo... Y cuánto vas a llorar...

Y fue con aquella frase con la que zanjé la conversación. No me veía con la capacidad de discutirle algo a Merche, y menos aún con la seguridad con la que lo ponía de manifiesto. Tenía que reconocerlo, estaba cagada, pero cagada multiplicado por cien, o por mil, vete a saber... ¿Amar a Dante? No podía ser cierto, Merche en aquella ocasión no debía de estar acertada, estaría atravesando una mala racha o estaba perdiendo sus poderes y yo estaba siendo una víctima que con sus desaciertos iba a terminar loca.

La verdad que aquella charla con Merche me descolocó, pero aquello no era novedad, Merche me descuadraba cada vez que abría aquel piquito de oro que tenía. Me preparé una cena rápida (un bol con un par de piezas de frutas cortadas) y me senté en el sofá a ver un programa al que no le estaba prestando mucha atención. Mi cabeza estaba trazando un plan perfecto para poder esquivar lo que el destino me había hecho saber a través del piquito de oro de mi Merche. Por suerte no había visto a Dante en todo el día y así no volvería a tropezar con él y, por consiguiente,

no podía caer rendida y enamorada a sus pies como Merche había predicho...

Merche me dio de plazo hasta “mañana”; “*ya hablaremos mañana*”, me dijo. Pues bien, si yo conseguía no toparme con Dante en ese margen de tiempo habría roto el esquema del destino y no me enamoraría perdidamente de él. ¡Era un plan perfecto! Me encerraría en casa, allí nada podría poner en riesgo a mi corazón inexperto. La verdad que aquella pelota que estaba montándome dentro de mi cabecita pensante se parecía mucho a esas pelis en las que un grupo de personas intentan romper una cadena de desgracias para reírse del destino, pero fracasan, el destino los alcanza y terminan muriendo uno a uno... Aquello era la ficción, tenía que salir mal para poder hacer la película, yo no tenía espectadores, lo mío no era una película, lo mío saldría bien.

Era insoportable la calor que hacía, hubiera dormido encantada en el balcón pero había dos motivos, con peso más que suficiente, que me echaban para atrás:

1. La terraza del bar de enfrente.
2. Las salamanquesas que de vez en cuando se avistaban recorriendo la fachada del edificio.

Definitivamente el plan de dormir en el balcón no era bueno (todos los planes que mi prodigiosa mente fabricaba no podían ser maravillosos...). Tenía que conformarme con dormir con los ventanales abiertos y con el ventilador girando y esparciendo aire desértico prácticamente.

Sentí que el destino se estaba frotando las patitas como las moscas cuando, al entrar en mi dormitorio para acostarme y echar horas atrás en mi cuenta a contrarreloj para no enamorarme perdidamente de mi vecino, caí en la cuenta de que mi almohada me la había dejado en casa de Dante la noche anterior...

¡Mierda! Mi plan había dado un giro dramático...

No podía ir a casa de Dante y dejarle al destino mi vida en bandeja de plata, tenía que seguir echándole aquel pulso y no podía dejarle ganar por una maldita almohada. Tenía que dormir (si es que lo conseguía) sobre aquel colchón completamente rígido. Dicho y hecho, retiré las sábanas, me senté en el borde de la cama, limpié mis pies en la alfombra y me acosté. Me preguntaba si habría alguien en el mundo capaz de dormir así. Tenía mis manos cruzadas sobre mi pecho y me sentía como uno de esos faraones egipcios que están en los sarcófagos tiesos como una vela... Resumiendo: que me había convertido en *Tutankamón* por una noche.

—Carla... —me susurraron cerca del oído.

Me sobresalté despertándome de un salto (literal), empecé a respirar agitada y sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Iba a darme un infarto, lo sentía, estaba cerca.

—Tranquila.

—¿Dante? —conseguí decir.

Palpé mi mesita de noche hasta dar con el interruptor de la pequeña lámpara que tenía sobre esta.

—Te dejaste la almohada en mi apartamento.

—¿Qué? ¿cómo has...?

—Siento si te he asustado. No podía dormirme sabiendo que no podrías dormir sin tu almohada...

—¿Eres gilipollas? ¡Qué casi me muero de un puto infarto! Estás fatal, tío... Estoy segura de que acabas de restarme un par de años de vida.

—Lo siento...

—¿Has entrado por el balcón?

—¿Podría hacerlo de otra forma? Aún no tengo las llaves de tu apartamento para acceder a él como una persona normal. Será cuestión de tiempo, estoy completamente seguro.

Y de pronto, se me iluminó una luz en la cabeza y empezaron a saltarme todas las alarmas.

—¡Tú no puedes estar aquí!

—¿Cómo dices?

—¡Tienes que irte!

—Carla, ¿qué dices?

—El destino no puede salirse con la suya. ¡Vete ya de mi apartamento, Dante!

—Carla, ¿estás soñando? ¿eres sonámbula?

—¡Ay, dios mío! No me mires a los ojos...

—No entiendo nada... —se sentó en el filo de mi cama.

—¡No te sientes! ¿estás loco?

—Tú me estás volviendo loco, no entiendo nada...

Rodeé mi cama hasta llegar a donde él se había sentado, le agarré del brazo y me tapé los ojos con la mano que tenía libre para no tener ningún tipo de contacto visual.

—Carla...

Tiré de él hasta sacarlo de mi dormitorio. Caminé rápida por el pasillo sintiendo que vencía al destino.

—Casi caigo, destino, ¡ja! Yo soy mucho más inteligente de lo que piensas.

—Definitivamente no me equivoqué en la primera impresión que me llevé contigo, estás loca.

—Calla y camina rápido. El destino me va a comer lo que tengo entre las piernas, así de claro, ya está bien. Sabía de sobra que había perdido esta batalla, mi plan era per-fec-to y va el muy cabrito y te trae a mi trinchera, ¡y una mierda!

—¿Pero de quién hablas? No te pillo, Carla...

Llegamos por fin a la puerta, seguía con los ojos tapados con mi propia mano y palpé para dar con la llave, y no daba con ella.

—Un poco más a la derecha... más arriba... un pelín a tu izquierda... Ya casi lo tienes...

Para él todo aquello tenía mucha gracia...

Abrí un par de dedos dejando una pequeña apertura para poder ver dónde narices estaba la cerradura con la llave colgando. Abrí.

—Venga, marchando que es gerundio —volví a cubrirme los ojos para seguir evitando el contacto visual y seguir dejando al destino desarmado.

—Que sepas que me voy preocupado, no sé si al despertarte así, de sopetón, te he jodido el sistema que conecta la cordura a tu cerebro.

—¡Buenas noches, princeso!

Cerré la puerta de un portazo dejándole fuera.

¿Y ahora qué, destino? ¡Chúpate esa!

Cerré todas las cristaleras de mis balcones asegurándome así que Dante no volvería a poner en riesgo mi plan perfecto de salvación, podía morir asada como una castaña en otoño pero no enamorada y destrozada...

Capítulo 20

Un pianista famoso

Aunque ya tenía mi almohada, no podía quedarme dormida. Iluminé mi reloj de pulsera para saber qué hora era, las cuatro de la madrugada... No podía evitar dibujar una sonrisa en mi cara cuando recordaba lo que acababa de pasar, ¿cómo se atrevió Dante a cometer un delito? Aquello era un allanamiento de morada en toda regla...

Giraba en la cama como una peonza, el calor era asfixiante y tenerlo todo cerrado, para que Dante no asaltase de nuevo mi apartamento volviendo a poner mi plan perfecto en peligro, no ayudaba mucho a sofocar aquella calor pegajosa y espantosa. Puse los pies donde la almohada y la cabeza donde los pies, no sé por qué solía hacer aquello cada vez que sentía que no podía dormir por culpa de la maldita calor. A pesar de haber usado aquel truco, que en otras ocasiones sí que me había ayudado, aquella noche no conseguía dormir.

Me senté en el filo de la cama y maldije a Dante por haber interrumpido mi sueño. Me sequé el sudor de la frente y del canalillo con mis propias manos, roté mi cabeza sobre sí misma e inconscientemente se me vino Dante a la mente. Empecé a recordar aquellas manos suyas deslizándose por mi cuerpo, sus dedos perdiéndose en mi interior húmedo y su lengua jugando a follar con la mía. Gemí y caí en la cuenta de que me mordía el labio inferior. Bufé, sentí que el clítoris me palpitaba invitándome a acariciarlo. Respiré hondo y me dije que debía dormir, Dante no podía ser el causante de una masturbación mía, no se la merecía...

Me tumbé de nuevo en la cama esperanzada en volver a coger el sueño, cerré los ojos y de nuevo Dante invadió mi mente, de nuevo sus caricias y su cuerpo desnudo decidieron arraigarse en mis pensamientos. Deslicé una de mis manos entre mis pechos haciéndome erizar todos los vellos de mi sudado cuerpo, fui paseándola lentamente por mi barriga, dejando uno de mis dedos caer en la pequeña hondonada que mi ombligo creaba en mi vientre. Gemí cuando uno de mis dedos quedó sobre mi clítoris que esperaba ansioso cualquier tipo de fricción. La respiración agitada me hacía saber que ya no había marcha atrás, me maldije por haber cerrado los grandes ventanales de mis balcones haciendo imposible que Dante entrase y me follase como un maldito poseído sobre mis sábanas. Empecé a hacer movimientos suaves y circulares ejerciendo la presión perfecta sobre esa parte que me volvía loca fácilmente, gemí y seguí acercándome a mi orgasmo. Sabía que no tardaría mucho en terminar aquello que había empezado... Fui aumentando el ritmo de los movimientos sobre mi clítoris e introduciendo un par de dedos, para humedecerlos, dentro de mí. Estaba empapada, por dentro debido a mi excitación y por fuera debido a las temperaturas altas de mi dormitorio y de mi propio cuerpo. Me corrí gritando como una loca el nombre de Dante.

Carla... ¿has dicho Dante?

Aún con las piernas temblorosas me metí en la bañera y me eché agua a la temperatura que salía de la alcachofa. Mi piel agradecía aquel chute de frescor que estaba recibiendo.

Cuando volví a la cama, ataviada únicamente de nuevo con mi ropa interior, cansada por el reciente orgasmo y con la temperatura bastante más baja que hacía unos minutos, supe que ya sí

que conseguiría coger el sueño. Bostecé un par de veces, me puse de lado y cerré los ojos. Hasta que me quedé dormida, mi mente repitió una y otra vez la misma pregunta: ¿por qué había nombrado a Dante al correrme?

Subí las persianas y respiré el olor que desprendía el verano. No sé si a ti te pasará pero para mí, el verano (al igual que el resto de las estaciones), tiene olor. A mí el verano me huele a champú de camomila, a ropa tendida y a salmorejo, ojalá pudiera olerme también a playa pero es lo que tiene vivir en Córdoba...

Terminé de desayunar mi bol de cereales con leche y dejé puesto el lavavajillas que había estado intentando repletar durante unos cuantos de días, tiré mi esterilla en el suelo dispuesta, por fin, a retomar mis clases de yoga a través de vídeos de *YouTube* ahora que las aguas habían parecido calmarse.

Necesitaba desconectar de esa batalla que había desatado contra mi destino, estaba a horas de poder ganar y no debía bajar la guardia. No saldría de mi apartamento en todo el día excepto para ir a trabajar, que ya me encargaría yo de salir sin hacer ruido...

Cuando dio fin la clase online de yoga, y la culminé sin haber sido interrumpida, quise llorar de emoción. Con aquella carga de buena energía, y prácticamente todo mi salón oliendo a *Palo Santo*, cerré los ojos y me tumbé en la esterilla. Nuevamente parecía volver todo a la normalidad, justo donde lo dejé hacía casi tres semanas, justo antes de que Dante pusiese un pie en aquel edificio. Tenía una sensación extraña, era como si nada de lo fastidioso del principio hubiera pasado.

Dos golpes en la pared.

Abrí los ojos extrañada y me incorporé hasta quedar sentada sobre la esterilla.

Dos golpes en la pared.

Gateé por el salón hasta llegar a la pared colindante a la de Dante.

Di dos golpes en la pared.

—¡Carla! —me gritó para que pudiera oírle—. ¿Estás bien? Anoche me dejaste preocupado.

—Todo perfecto.

—¿Te apetece hablar en el balcón?

—No, no podemos tener contacto visual.

Se mantuvo unos segundos callado, estaría analizando qué demonios era lo que tenía en la mente y por qué le obligaba a estar fuera de mi campo visual.

—Coge un vaso de cristal —me dijo.

—¿Para qué? ¿vamos a brindar?

—No, podremos oírnos mejor.

Aquello lo había visto en las películas, ¿serviría para algo realmente? Me levanté, cogí del mueble un vaso y me volví a sentar en el suelo.

—Ya.

Puse el vaso en la pared y puse mi oreja sobre él.

—Necesito verte, quiero contarte algo.

—No, no podemos vernos. Habla por aquí, estas paredes siempre han sido muy finas, ¿recuerdas?

—Carla, es urgente...

—Más urgente es poder vivir con el corazón entero.

De nuevo el silencio. Yo seguía con la oreja allí pegada a aquel vaso sintiéndome un poco ridícula.

—Carla —dijo golpeando el cristal de las hojas que cerraban mi balcón—, déjame pasar.

—¿Qué haces? —volví a cubrirme los ojos con una de mis manos y caminé a tientas hasta llegar al recogedor de la persiana.

—No, Carla. No cierres, por favor, tienes que oírme...

—¡Bye, Dante! —tiré de la cinta para bajarla y volver a quedar a salvo.

—¡Carla, es importante!

—Escríbeme una nota y échamela por debajo de la puerta.

La persiana ya cubría todo nuestro tronco y sentí que de nuevo vencía al destino. Eufórica bajé, de un solo tirón, el resto de persiana que quedaba ruidosamente.

—¡Carla!

Oírle gritar mi nombre fuera de mi apartamento me entristeció un poco, tampoco sabía qué era lo que tenía que decirme y por su tono de voz e insistencia debía ser algo importante pero yo no podía arriesgarme y enamorarme perdidamente de él a unas pocas horas de vencer.

Le dejé en el balcón llamándome, insistiendo en que le dejase entrar, pero yo no cedí.

¡Carla, eres una crack!

Llené la bañera para darme un baño relajante puesto que Dante casi agotó toda la energía positiva con la que me recargué las pilas con mi clase de yoga. Me desnudé y me miré en el espejo a la caza de alguna nueva imperfección que se me hubiera pasado en la última revisión. Justo antes de meter el pie dentro de la bañera, llamaron a la puerta. Intenté ignorarlo pero con aquella insistencia era imposible...

Miré por la mirilla ataviada únicamente con una toalla que rodeaba el cuerpo.

—¡Carla! Sé que estás ahí.

—¿Qué quieres?

—¿Puedes abrir?

—¿Y tú puedes dejar de molestarme? No podemos vernos hasta mañana.

—Carla, abre, tienes que ver esto.

Me mostró un periódico a través de la mirilla y me extrañó. Vale, tenía que abrir, pero intentaría no mantener contacto visual con él. Al final iban a tener razón Merche y aquella saga de películas y al destino no se le podía vacilar y modificarlo a nuestro antojo.

Abrí y pasó sin haberle dado permiso como alma que lleva el diablo, bufando y hablando de forma entendible.

—Buenos días, o tardes, no sé ni la hora que será...

—¡Joder, Carla! ¡Por fin! Si te digo que es importante es porque lo es...

—¿Qué quieres decirme? No tengo mucho tiempo. Iba a darme un baño.

Me miró con picardía desde los pies hasta el moño tipo nido de mi cabeza. Bufó.

—¿Que para qué has venido?

—Lo siento, me has desconcentrado —puse los ojos en blanco—. Lee.

Me tendió el periódico y me quedé boquiabierta al ver mi foto en él. No podía articular palabra. El titular era completamente falso pero la foto era tan clara que era imposible no reconocerme la espalda en ella, por suerte no salía mi cara.

DANTE FERRER, EL FAMOSO PIANISTA, CERRANDO UN NUEVO NEGOCIO DEL QUE
PODREMOS DISFRUTAR EN UNOS MESES.

Dante ha dado a conocer a nuestro periódico que la chica con la que se le vio no sería una nueva

ilusión como en un principio se especuló al verlos compartir mesa en un lujoso restaurante, se trataría de una empresaria cuya identidad no hemos conseguido conocer hasta el momento y que sería la promotora de un nuevo negocio para el conocido pianista.

A Dante Ferrer se le acumula el trabajo puesto que anda inmerso en una gira por toda España, actualmente se encuentra en Córdoba donde tiene previstas más de una decena de actuaciones en compañía de Sebastián Zafra, el conocido violinista. Dante actualmente reside en Córdoba aunque nos asegura que será hasta que la gira, por la zona de Andalucía, dé término.

—¿Empresaria? ¿un nuevo negocio? —le pregunté incrédula y extrañada al cincuenta por ciento.

—He querido evitar que la prensa te persiga inventándome ese titular, son muy insistentes, ¿entiendes por qué te dije que envidiaba tu vida tranquila? No paraban de llamarme para que les corroborase o desmintiese la relación con la chica del restaurante...

—¿Eres un pianista tan famoso como para que la prensa se interese tanto en ti y en tu vida privada?

—Sí, por desgracia, lo soy.

—Estoy flipando...

Yo no estaba preparada para eso y agradecí que Dante hubiera podido lidiar con aquello y haber convencido a la prensa de que no éramos nada, de alguna forma no había mentido, no éramos nada, ¿no?

—No le des vueltas a esto, este periódico no lo suele leer mucha gente.

—Gracias por ponerme *a salvo*.

—Es lo mínimo que podía hacer por ti. Por una vez que consigo hacerme amigo de alguien...

Sonreí y, aunque estuve peleando contra lo que el destino me tenía preparado, le miré a los ojos fijamente. Sin mediar palabra, me cogió de la parte posterior del cuello y empezamos a besarnos.

Capítulo 21

Inevitablemente

Y como ya sospeché y supuse que iba a pasarme, caí en los brazos de Dante sin poder evitarlo. En ellos me sentía bien y, a pesar de no parar de darle vueltas a lo que Merche me había estado diciendo días atrás, parecía ganarle siempre el pulso esa parte de mí que creía esperanzada que Merche iba perdiendo facultades. Me negaba a creer que al lado de Dante y las infinitas risas que me había echado con él, me esperaba un agujero negro de tristeza. Era totalmente incompatible una cosa con la otra, pensé.

Tiró de mi toalla dejándome completamente desnuda, me cogió del culo subiéndome a la encimera sin hacer apenas esfuerzo y volvimos a enredar de forma desesperada nuestras lenguas. Me encantaba cómo me besaba, me encantaba cómo me tocaba y cómo era capaz de volverme loca en solo segundos. Él había sido capaz de hacerme odiarlo y de hacerme perder el norte en apenas unos días. ¿Qué no sería capaz de hacerme sentir si fuésemos *algo más* y nos dedicásemos una vida entera a *nosotros*?

Echa el freno, Carla... ¿Estás planeando una vida con él? ¿Eres consciente de que es justo lo que Merche dijo que pasaría?

Ignoré aquel pensamiento.

Saqué su camiseta por encima de su cabeza. Llevaba el pelo suelto y al sacarlo del interior de la camiseta me pareció una imagen súper sexy que me hizo morderme el labio inferior por inercia.

Deslicé mis manos por su pectoral ancho y formado aumentando mi sentido del tacto a niveles estratosféricos. Era un maldito diablo envuelto en papel de celofán (posiblemente rosa), un maldito demonio perfecto que solo me instaba a pecar, y yo lo hacía gustosamente a pesar de saber que terminaría jodida. Me acerqué a él rozado la parte más sensible de mí en la bragueta de su pantalón vaquero, gemí y sentí esos espasmos que me avisaban de que mi orgasmo, si seguía haciendo aquello, estaría a la vuelta de la esquina (como mis problemas).

—Fóllame.

Aquella palabra salió de mi boca y hasta yo misma me quedé sorprendida, no me reconocía ni yo pero es que Dante me despertaba ese lado salvaje que todos tenemos y que solemos tener oculto hasta que llega alguien y lo deja en libertad.

—¿Tienes condón? —me preguntó.

¡Mierda!

—No... mis consoladores no me pueden dejar embarazada ni transmitirme enfermedades de esas chungas...

—Me muero por conocer ese cajón en el que lo guardas todo —me mordió el labio y volví a gemir—. Dame un momento, vuelvo rápido.

Me dejó allí, sobre la encimera, empapada y no solo de sudor. Me temblaba el cuerpo entero. Salió de mi apartamento dejando la puerta entreabierta y empecé a tener pensamientos impuros, pensar que alguien pudiese entrar, y encontrarme completamente desnuda y con las piernas abiertas sobre la encimera, me puso más cachonda aún. Puse mi mano derecha sobre mi coño que

desprendía un calor bestial e introduje un par de dedos dentro, estaba muy húmeda (y solo le había visto el torso desnudo). Cerré los ojos y fui llenándome del placer que mis dedos me daban.

—¿Has empezado sin mí?

Cerró la puerta a su paso y se dirigió a mí con un preservativo, aún dentro de su envoltura, en la mano.

—No pares, por favor —se quedó frente a mí, cruzado de brazos y mordiéndose el labio—. Quiero verte dándote placer.

Eché mi cuerpo hacia atrás apoyando el codo de mi brazo izquierdo en la pequeña barra que separaba la cocina del salón y con la derecha seguí dándome placer deslizando mis dedos dentro de mí.

Su respiración aumentó al oírme gemir, se acercó a mí y se quedó a solo unos centímetros de mí. El pecho se le movía agitado y mis niveles de placer iban *in crescendo* al ser conocedora del morbo que mi cuerpo desnudo provocaba en Dante. Se lamió el dedo corazón de su mano derecha y me lo introdujo haciéndole compañía a los dos míos que ya tenía dentro. Volvimos a besarnos, le lamía los labios, jugaba con su lengua y nuestros dedos me hacían gemir y convertirme en un flan tembloroso por los espasmos de un orgasmo que se iba abriendo paso.

Se separó un poco de mí dejándome con la boca abierta, necesitando más de aquella lengua que se estaba convirtiendo en una de las mejores partes de su cuerpo (que ya era complicada la cosa visto lo visto...). Se desabrochó el pantalón dejándolo caer hasta sus tobillos, bajó un poco su bóxer blanco y dejó libre por fin su voluminosa polla. Cogió el condón que lo había dejado sobre la encimera y me lo dio.

—Pónmelo.

Nunca, jamás, había puesto un preservativo y sentí una responsabilidad enorme y miles de preguntas que me taladraban la mente.

—Yo te enseño.

Pareció leerme el pensamiento y, todas aquellas dudas que se apelonaron en él, sabía que quedarían extinguidas muy pronto. Saqué el preservativo de su envoltorio plateado y, con muchísimo cuidado, lo acerque a la polla de Dante. Él la tenía agarrada con fuerza y me costó concentrarme al ver aquella estampa.

—Así —me cogió mi dedos con los suyos de la otra mano que tenía libre.

Sonreía mirándome a través de los pelos que le caían sobre la cara por tener la cabeza hacia abajo. Fuimos deslizando juntos aquel condón que seguía sin explicarme cómo conseguíamos meter aquella polla dentro de él y permitir que la sangre aún pudiese circular por ella sin problema aparente.

—La próxima vez lo harás mejor.

—¿Habrá próxima vez?

—Habrá muchas próximas veces.

Sonreí como una boba y le di su merecida medalla de vencedor al destino.

Carla, no eres tan crack como pensé que eras...

Me penetró con fuerza acercándome del culo a él y me estremecí, sentí dolor y le mordí el hombro para no dejar escapar un quejido.

—Lo siento —me susurró—, iré con cuidado.

Se deslizaba dentro de mí con calma, gimiendo con cada embestida suave que me daba. Aquella lentitud me iba a volver loca.

Puse mis brazos alrededor de su cuello y mis piernas alrededor de su cintura para controlar la

salida de su polla. Cuando dejé de sentir dolor empecé a controlar sus embestidas con mis propias piernas, iba aumentando el ritmo, acercándole con fuerza a mí para introducirme su polla lo más profundo posible a pesar de ese pinchazo que sentía al lllagar al tope que tenía mi interior.

—Me encantas, Dante.

Conseguí decir aquello antes de correrme. Dejó de besarme la boca para devorarme el cuello, me lamía, me mordía y me succionaba alargándose el orgasmo con aquellas sensaciones que sentía al tener su boca allí, sobre mi cuello. Aumentó el ritmo buscando su placer y se corrió gimiendo fuerte.

Fue inevitable, lo intenté pero no lo conseguí, justo en aquel momento empezó mi cabeza a imaginarse cosas románticas en compañía de Dante y también, justo en aquel momento, me vi cubierta de lava hasta arriba, y oye, pues no estaba tan mal como pensé que estaría...

—Ahora tengo que irme —tiró el preservativo en el cubo de basura que le indiqué con el mentón dónde estaba—. Pensaré en ti, todo el tiempo.

Me dejó un beso en los labios mientras se vestía. Yo seguí allí, sobre la encimera desnuda, observando aquella maravilla que era Dante en sí.

—Si quieres podemos cenar hoy juntos.

Dije aquella frase con un tono bajo de voz, con un poco de miedo quizá, no quería que Dante pensase que yo buscaba “hacer oficial” aquello que ambos habíamos empezado. Estábamos bien juntos, el sexo era increíble, y me gustaba tener alguien con quien relacionarme, charlar y echar unas risas y alguna que otra copa de vino (del barato o del caro, lo mismo me daba), ¿tenía un amigo?

Un amigo no te despierta todas esas sensaciones, no flipes...

—¿En tu casa o en la mía?

Me lanzó una sonrisa que me encantó y me sentí tranquila al saber que Dante no había visto una proposición de matrimonio en mi cita.

—Aquí —dije bajándome de un salto de la encimera—, hoy te sorprenderé yo.

—Perfecto.

Volvió a dejarme un beso en los labios y se marchó de mi apartamento.

Capítulo 22

Yo nunca...

Evité durante toda la tarde mirar a Merche a pesar de que me buscaba para entablar una conversación y hacerme confesar (y ya de paso darle la razón) lo que ella ya sabía.

Poco antes de cerrar la tienda, se acercó a mí y, aunque empezó la conversación con un tema absurdo de una casa que alquilaban en el mismo edificio donde ella vivía, cuando pensé que iba a salvarme sin sacar el tema Dante/vecino, abrió fuego.

—¿Piensas contarme algo? Y no me digas que no tienes nada que contarme porque te lo noto en la mirada, estás acojonada...

—¿Acojonada? ¡Qué va!

—No intentes engañarme, no me hace falta coger mis cartas para saberlo, te lo veo en los ojos, estás asustada.

—No, es solo que... Dante... No sé, creo que empieza a gustarme.

—Bueno, te lleva gustando desde que le viste, otra cosa es que fingieses odiarlo.

—¡No lo fingía! Era tan real como que yo me llamo Carla... No sé, después de habernos liado hoy en mi cocina creo que sentí algo más, ¿entiendes? Quizá sea que nunca me había acostado con ningún chico pues esté confundida... Quizá esté mezclando churras con merinas...

—No sé si estarás confundida, me extraña, realmente creo que te gusta Dante y punto, no es tan raro, es un chaval joven y guapo que, aunque no empezasteis con buen pie, te trata bien. Además, ya me contaste que te tocó el piano, eso enamora a cualquiera...

—No estoy enamorada, es solo que me gusta su compañía, me lo paso bien cuando estoy con él, puede ser un buen amigo con derecho a lo que surja, ¿entiendes?

—¿Cómo no lo voy a entender? No sabes cuántos de esos he tenido yo...

Se abrió la puerta y Merche me dio un codazo nada discreto cuando le vimos entrar. Estaba guapísimo, llevaba un pantalón chino azul marino y un polo blanco metido por dentro del pantalón, el pelo lo llevaba perfectamente recogido en un pequeño moño. Se había recortado un poco la barba y estaba increíblemente guapo.

—¡Buenas noches! —nos dijo nada más pasar al interior de la tienda.

Tenía una sonrisa preciosa, posiblemente la más bonita que había visto a lo largo de toda mi vida.

—Oye —le vacilé—, ya vamos a cerrar. No vaya a ponerse a buscar amuletos de protección ahora.

—No se preocupe. Solo vine a acompañar a la dependienta hasta su casa.

—Merche, vienen a recogerte...

—Ojalá —susurró de forma que solo pude oírle yo.

—Merche, no me importaría recogerte en otra ocasión pero hoy vine a por miss simpatía Córdoba.

Puse los ojos en blanco.

—Puedes irte, ya cierro yo, Carla.

—No, yo te ayudo y así terminamos antes —le dije.

No quería volver a irme y dejar a Merche sola en la tienda, ni me parecía justo.

—Te espero fuera —me dijo Dante guiñándome el ojo con aire chulesco.

Dante salió y yo cogí el cepillo para barrer todo el suelo de la tienda. Pocos minutos después salimos, miré a ambos lados de la calle y no vi a Dante.

—¿Dónde se ha metido tu vecino?

—Dijo que me esperaría aquí...

Merche miró su reloj.

—Yo tengo que irme, tengo que pasar a recoger a un amigo —sonrió pícaro y no tuve que preguntar nada más—. Me da cosa dejarte aquí sola...

—No pasa nada, vete tranquila. Dante habrá ido a comprar algún vino para la cena, creo que no confía mucho en mi gusto... Estará al llegar —le saqué la lengua y le guiñé el ojo.

Merche se marchó, la vi alejarse hasta desaparecer completamente su figura, por la distancia, de mi campo visual. Miré mi reloj de pulsera, eran las diez de la noche. Había mucha gente paseando por la calle y me quedé mirando a una pareja en la terraza del bar que había justo enfrente con un bebé en un carro. Se asomaban al interior del carrito y después se reían entre ellos, empecé a sonreír y yo también solo con verlos...

Carla, empiezas a darme miedito...

Yo nunca me había planteado ser madre, nunca se me pasó por la cabeza siquiera, supongo que seremos pocas las mujeres a las que no se nos activa ese instinto maternal pero *haberlas haylas*, no me veía capaz de cuidar de un niño cuando olvidaba a veces mi teléfono móvil en casa de Leo y las llaves por dentro de mi puerta, entre otras cosas...

No tenía el número de teléfono de Dante para preguntarle dónde se había metido y tampoco me atrevía a irme de allí por si él regresaba. Miré nuevamente mi reloj y ya habían pasado quince minutos.

Me senté en la acera con los codos apoyados sobre las rodillas y pensé en la cena que tenía a medio cocinar dentro del frigorífico. Cuando Dante se marchó de mi apartamento, después de haber tenido una súper y extraordinaria sesión de sexo sobre la encimera de mi cocina, me puse manos a la obra e hice mi receta estrella: pollo al limón con base de patatas y pimientos. No quería colgarme medallas compitiendo por ser la mejor chef (básicamente porque la cena que él preparó fue un auténtico desastre y era muy fácil ganar), cociné aquello porque era un plato que me encantaba y me salía de rechupete.

Miré mi reloj (otra vez), las diez y media.

Llevaba media hora allí, esperando como una completa idiota, me dolía el culo de estar sentada sobre aquel bordillo duro y estaba sudando de la calor insoportable que hacía entre aquellos dos coches que estaban aparcados a mi lado. Me puse en pie, me re Coloqué y sacudí mi pantalón vaquero y caminé, un poco triste, hasta mi apartamento.

Pensé durante el camino qué había podido pasarle a Dante para irse sin avisar, me extrañó que desapareciera así de esa forma y necesitaba saber qué había podido pasar para dejar de estar haciéndome preguntas sin respuestas. Abrí la puerta metálica que daba paso a los apartamentos y subí por la escalera hasta llegar a mi planta.

—Siento haberme ido así...

Estaba sentado en la escalera, con la mirada triste y la sonrisa que tanto me gustaba completamente deshecha.

—Te he estado esperando...

—Vi un fotógrafo a lo lejos. No quiero que te vean más conmigo. Esta vida es demasiado estresante como para querer meterte en ella.

—No tengo tu número de teléfono, hubiera sido más sencillo, y me hubiera ahorrado la media hora que he estado sentada en el bordillo, si hubiera podido llamarte...

—Lo siento, de verdad.

Abrí la puerta de mi apartamento con una sensación agridulce. Por un lado me sentía bien porque Dante quería protegerme de aquello que para él era estresante pero, por otro lado, creo que me hubiera gustado que me fotografiaran con él y salir de su brazo en algún periódico de esos raros que Dante compraba. Empecé a imaginarme cosas demasiado románticas con él y sentí que empezaba a no poder seguir aguantando la respiración dentro de la lava que me cubría por completo.

—¿Pasas?

—Sí, claro.

—Siéntate, voy a terminar de preparar la cena.

—Te ayudo. No soy muy buen cocinero pero bajo unas buenas órdenes puedo ser un fiero.

Volvió a sonreír aunque no me convencía del todo aquella sonrisa que me dedicaba. Tenía la intuición de que Dante ocultaba algo...

Terminamos de cenar y de nuevo me desilusioné. Empezaba a hacerme ideas en mi cabeza de cómo irían las citas con Dante y, cuando llegaba el momento, todo era completamente diferente. Dibujé en mi cabeza una cena perfecta llena de risas y anécdotas contadas por ambos, charlas que nos hicieran conocer más a la persona que vivía al otro lado de la pared, pero nada de eso pasó. Durante toda la cena Dante estuvo nervioso, preocupado y distraído, le contaba cosas y después me preguntaba que qué era lo que había dicho... No me atrevía a preguntarle qué le pasaba y tampoco quería hacerle ver que me estaba dando cuenta de que pasaba algo. Éramos dos personas que solo nos entendíamos en la cama quizá, y me dolió pensar aquello.

—Estaba increíble la cena.

—Gracias.

Me miró a los ojos y, aunque intenté disimular todo lo que me conmovía por dentro respecto a *nosotros*, me lo notó. Yo no sabía mentir, mis ojos eran demasiado claros y me dejaban con el culo al aire siempre.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Te pasa algo, lo sé, ¿es por haberme ido sin avisar?

—No.

—¿He hecho algo que te ha molestado?

—No...

—¿Es porque vine sin mi bata de princeso y estás desilusionada?

Sonreí.

—Puede ser...

—Eso tiene fácil solución, salto ahora mismo por el balcón, me la coloco y vuelvo, pero me temo que no es eso lo que te pasa. No te conozco desde hace mucho tiempo pero sí que lo suficiente como para notar que no sonríen tus ojos, y eso que ellos son de sonreír mucho antes que tus labios...

Estoy segura de que nunca antes nadie me había dicho algo como aquello.

—No tendré un buen día...

No me apetecía decirle que yo estaba así porque no sabía qué le rondaba la mente y que, a pesar de haberle tenido sentado a mi lado, sentía que no había estado...

—Me marcho a casa, Carla. Gracias por la cena, ha estado espectacular.

—¿No te quedas a dormir? —le pregunté con la boca pequeña y temerosa por si su respuesta era negativa—. Ya sé que en mi apartamento hace una calor asfixiante pero es que no me alcanza el sueldo para todo... —sonreí.

—No, mejor otro día...

Y fue ahí donde sentí que el corazón me dio un vuelco y me sentí nuevamente la más absurda de todas las mujeres. Dante solo me quería para follar, dolía mucho reconocerlo pero era así. Yo nunca le quise de ese modo... Yo nunca pensé que podría dolerme un no como lo hizo aquel... Yo nunca debí haber entrado en aquel juego absurdo porque la primera impresión a veces es la que cuenta... Yo nunca debí dejar de verlo como el vecino del C de capullo... Yo nunca conseguiría borrarlo de la cabeza...

Capítulo 23

Hoy quiero confesar

Ojalá inventaran algo que, al meterte en la cama, aunque por tu cabeza esté pasando un tsunami, un ciclón, una tormenta tropical o todas las anteriores juntas, consiguieras quedarte dormido sin esfuerzo. Ojalá inventaran una pastilla que borrara lo que nos atormenta de un plumazo.

No paraba de dar vueltas en la cama, estaba empapada en sudor y eso no me ayudaba para nada a coger el sueño. Me senté en el filo de mi cama mirando la sombra que alcanzaba a ver, dentro de la oscuridad, de mis pies. Echaba de menos a Dante, me hubiera encantado haberlo tenido aquella noche entre mis sábanas, aunque en mi apartamento hacía mucha más calor que en el suyo que estaba climatizado, hubiera dormido igualmente abrazada a él recibiendo de vez en cuando el aire subsahariano que mi ventilador esparciese. No me importaba nada lo que estuviera pasando a mi alrededor cuando estaba con él, no me afectaba el clima, ni el sonido, nada, solo él y yo, el resto me pasaba completamente desapercibido.

Nunca ningún chico me trató como él lo había hecho, ningún chico me había besado y acariciado como él porque yo, aunque tenía el presentimiento de que para él todo era muy distinto a como lo estaba siendo para mí, no le veía como un juguete sexual más de esos que tenía dentro de mi cajón...

Caminé hasta la cocina y me serví un vaso de agua de la jarra de cristal que tenía dentro del frigorífico y me añadí un par de hielos. Pensé en echármelos por encima de la cabeza, tenía que ahorrar un poco de dinero para instalar un aire acondicionado y dejar de pasar calor, como llevaba haciendo cinco años, durante el verano.

Abrí el cristal del gran ventanal de mi balcón y me apoyé en la barandilla. Hacía tiempo que ya no estaba rodeada de tanto silencio como acostumbraba a estarlo y no lo echaba tanto de menos como pensé que lo echaría, me había acostumbrado al caos Dante, a sus ruidos importando muy poco las horas que fueran, a sus risas y esas melodías interpretadas con su piano... Había aprendido a hacer yoga interrumpido, a tener que reproducir mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza más veces al día de las que tenía costumbre, a ver a un tío como un maldito armario empotrado luciendo una bata rosa de raso con una corona bordada en la espalda y había descubierto lo que se sentía al entregarte completamente a un chico...

Cuando ya iba a volver al interior de mi apartamento y a deshacerme de la camiseta de mi hermano que me arropaba de la misma forma que podía hacerlo una parka en invierno, escuché la melodía de mi canción favorita interpretada por Dante en su piano. Tuve que quedarme allí, desde el balcón podía oírlo más claro que desde dentro de mi apartamento y por nada del mundo me perdía aquel regalo. Me senté en el balcón apoyando la espalda en los barrotes de la barandilla, eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos para disfrutarla. Iba tarareándola hasta que de nuevo se me encendió esa bombilla que de vez en cuando me alumbraba las ideas y caí en la cuenta de que, si estaba interpretando aquella melodía, era porque estaba pensando en mí.

Descalza, con la camiseta ancha de mi hermano y una coleta que dejaba escapar algunos pelos de ella, salí de mi apartamento (llave en mano, por supuesto) y me dirigí al suyo movida por la

ilusión y algo que me palpitaba dentro del pecho y que se moría de ganas de estar con él.

Llamé nerviosa a su puerta y dejé de escuchar lo poco que podía escuchar de aquella melodía que ya formaba parte de nosotros. Pocos segundos después abrió la puerta ataviado únicamente con un bóxer negro.

—Carla... —dibujó una leve sonrisa en sus labios.

Estaba sorprendido, lo veía en sus ojos. Le hice un escáner completo desde los pies al moño que recogía su melena castaña y me mordí el labio inferior. Me lancé a su cuello y pegué mi boca a la suya. Me subió a su cintura agarrándome fuerte del culo y le rodeé con mis piernas. Cerró la puerta de una patada y, sin dejar de besarnos y apretándome con sus grandes manos mi culo acercando varios de sus dedos a mi entrada húmeda, caminó conmigo en brazos hasta su dormitorio. Me tumbó con delicadeza sobre su cama dejando una de sus rodillas entre mis piernas, gemir me salía solo, solo con su lengua paseándose por el interior de mi boca ya me arrancaba aquellos sonidos de auténtico placer.

Me quitó la camiseta bufando al verme desnuda debajo de esta, a excepción de un tanga minúsculo rojo de esos que solemos comprarnos para Año Nuevo y que nos da cosilla volver a usarlos un día normal del almanaque. Me chupó desesperado ambos pechos y lamió la zona que quedaba entre ellos hasta llegar a mi ombligo, bufó. Mordió el filo de mi tanga y tiró de él para quitármelo junto con sus manos. Saqué las piernas del tanga y casi me muero infartada cuando metió su cabeza entre mis piernas. Lamió todos los pliegues de mi coño, mezclando su saliva con la humedad de mi excitación. Aquellos movimientos de su lengua sobre mi clítoris y uno de sus dedos deslizándose dentro de mí estaban a punto de lanzarme a un orgasmo épico (y demasiado rápido).

—¡Para, Dante!

Levantó la cabeza mirándome a los ojos desde allí abajo y, aunque solo podía verle los ojos, sabía que sonreía.

Se puso en pie y sacó un preservativo de la caja que tenía en la mesita de noche, lo abrió con los dedos cuidadosamente y me lo cedió. Me senté en el filo de su cama con una pierna a cada lado de las suyas dejándole atrapado entre ellas. Le bajé el bóxer con cuidado dejando libre su polla dura, volví a mirarle a los ojos y se mojó los labios con la lengua mordiendo el labio inferior a posteriori.

—Carla...

Dejó escapar mi nombre entre el aire que escapaba de su boca acompañado de un gemido que le hizo erizar todo el vello de su fuerte cuerpo.

Cogí su polla con una de mis manos y la metí dentro de mi boca, jamás había hecho aquello y descubrí en aquel momento que me encantaba (que fuera Dante también ayudó). Succioné con ganas aquella polla que era una maldita locura y que me hacía convertirme en un animal, un ser sin raciocinio y primitivo, la llevé a lo más profundo de mi garganta sacándola poco después, saboreando centímetro a centímetro cada trozo de carne que la formaba, aumenté el ritmo y saboreé el líquido que salía de él. Me paró, yo hubiera seguido así mucho más tiempo pero su orgasmo estaba a punto de hacer acto de presencia si seguíamos así. Me dio el preservativo que lo puse sin su ayuda y me tumbé en su cama de nuevo.

—Madre mía, Carla... ¿Cómo has podido conseguir todo esto en tan poco tiempo?

—Aprendo rápido —sonreí.

Se tumbó sobre mí agarrando mi cabeza entre sus manos. Puso su boca a pocos centímetros de la mía.

—No me refiero a lo que has podido aprender, me refiero a que no sé cómo has conseguido hacerme sentir todo esto que siento en tan poco tiempo.

Y para eso no tuve palabras. Le agarré de la nuca y empecé a devorarle la boca con más ganas que nunca. ¡Sentía cosas por mí! Al final iba a resultar que “*Carla, la frígida*”, como me dijeron en la universidad, había desconcertado al famoso pianista en apenas unos días... Más ancha que larga, cogí su polla y la puse en mi entrada, con mis piernas, que acercaban su cuerpo al mío, fui introduciéndola poco a poco dentro de mí. Agarró con fuerza mi pierna derecha con su mano izquierda a la altura de la cadera. Su mano me apretaba fuerte abarcando toda la carne que podía, la fuerza que ejercía me dolía pero me gustaba sentirme deseada de esa forma. Aumentó el ritmo y la fuerza de sus movimientos y me corrí gimiendo fuerte. Mis gemidos hicieron que su orgasmo se precipitase y se corrió poco después de haberlo hecho yo.

—Te quiero, Carla —me dijo jadeando sobre mi boca.

Y se me paró la respiración, el mundo e incluso la vida en aquella simple frase. No supe qué decirle, no estaba preparada para escuchar aquello, no hubiera imaginado nunca que Dante me diría aquello en aquel momento tan íntimo. Tras no recibir una respuesta rápida por mi parte, se retractó de sus palabras.

—Ha debido írseme la pinza —sonrió levantando un poco la parte derecha de su labio superior —. Cuando me corro suelen hacerme contacto los cables del cerebro y sale por mi boca auténticas bobadas...

Sonreí quitándole importancia a lo oído, como la que estaba acostumbradísima de oír “*te quiero*” de tíos *buenorros* prácticamente a diario. A pesar de querer demostrar seguridad en su última frase, no le creí, uno no dice te quiero después de echar un polvo si no lo siente realmente y, más aún, si viene acompañado de ese brillo sincero que tenían sus ojos...

—Será eso, Dante, será eso...

—Voy a darme una ducha, ¿me acompañas?

Asentí, ¿cómo negarme ante aquella proposición? Podría ser un delito tipificado en el código penal...

Entré al baño detrás de él completamente hipnotizada con aquel movimiento que los músculos de su culo perfecto hacían al andar y la anchura de aquella espalda fuerte que más la quisieran muchos albañiles para acarrear sacos de cemento.

—Por cierto, ahora que estás aquí quiero agradecerte lo bien que me dejaste las toallas, cuando las vi tan perfectamente colocadas en esa estantería que había estado siendo un caos, me dio pena coger una para secarme y decidí secarme solo en medio del salón con el poco aire que entraba por el balcón.

—Mucho mejor así, dónde va a parar... Ojalá hubiera sido yo la que asaltase tu apartamento en aquel momento... —sonrió y me guiñó el ojo con chulería.

Se metió dentro de la ducha, reguló el agua a la temperatura perfecta para él y se puso debajo de la alcachofa. Poder ver aquello era un maldito espectáculo, se me ocurrió un negociazo para poder poner cuanto antes el aire acondicionado en mi apartamento: cobraría la entrada al público a cinco euros para ver a Dante bajo el chorro de agua. Estaba segura de que en menos de dos semanas podría dormir fresquita en casa...

—¿Vas a meterte? —me preguntó desconectando mi mente del negocio del siglo.

—Sí, claro.

Me metí en la ducha con él, cogió el bote de gel y lo volcó derramándolo entre mis pechos. Bufó.

—Esta imagen debería tener el simbolito ese que advierte de que solo pueden verlo mayores de dieciocho años...

—Dante, Dante... relájate...

—Me lo pones complicado —soltó el bote en el suelo de la ducha y puso sus manos sobre el gel que corría entre mis pechos.

Reí con la forma picaresca de esparcirme el gel por el cuerpo y la cara perversa que ponía mientras lo hacía.

—¿Te ha dicho alguien que eres perfecta?

—Sí, todos los días, a todas horas, y no creas que la misma persona, yo es que soy irresistible...

—De eso doy fe. No sé cómo estoy aquí enjabonándote después de haberme dicho tantas cosas malas... Aún recuerdo cuando me dijiste te odio, no lo supero...

Le tapé la boca pinchándome un poco la palma de la mano con su barba.

—No te quedes en el pasado anclado, por esa regla de tres también podría quedarme yo con el te quiero que me has dicho hace unos minutos...

Buen rechazazo, Carla.

Sonrió y miró su muñeca fingiendo que miraba la hora en un reloj inexistente. Se puso colorado, no podía creerme que Dante sintiese vergüenza al oír aquel comentario mío, me hizo gracia.

—Ya es tarde, ¿no? Esta noche no vamos a poder dormir nada...

—Tienes toda la razón, Dante. Por cierto, hoy quiero confesar, como diría Isabel Pantoja, que creo que yo también te quiero... —le saqué la lengua y le guiñé el ojo con una chulería que debía estar pegándoseme de él.

Sonrió y me besó con un cariño especial los labios. Eran los mismos labios que me habían besado hacía apenas unos minutos pero, lo que había detrás de aquel beso, había cambiado.

—Quédate aquí, necesito tenerte a mi lado esta noche —me dijo serio y sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Para follar otra vez?

—O hacer el amor, que también mola mucho y se me da de lujo.

Capítulo 24

No entiendo nada

—Ya está preparado el desayuno, fea.

Desperté con aquel susurro en mi oído y me hice la remolona cubriéndome la cabeza con la fina sábana que me cubrió durante la noche el cuerpo.

—Dormilona, son las doce...

Di un salto de la cama quedando sentada en el filo de un solo movimiento.

—¿Las doce? ¡Yo suelo levantarme a las ocho y media!

—Anoche nos dormimos casi a las seis, hoy podías permitirte.

Me cogió en brazos colocándome sobre su hombro.

—¡BÁJAME, DANTE!

—Cuidado con la cabeza —me dijo cuando íbamos a atravesar la puerta de su dormitorio.

—¡DANTE! ¡DÉJAME EN EL SUELO!

Iba dándome manotazos en el culo mientras se carcajeaba con mis gritos desesperados que pedían que me dejase en el suelo.

—Ya eres libre.

Me dejó en el suelo con sumo cuidado y me quedé sorprendida con la mesa que había preparado. Un mantel negro cubría la pequeña mesa de cristal que tenía en el centro, dos tazas preciosas rojas, una cafetera antigua sobre un trocito de madera redondo aislándola del mantel, un plato con tres cruasanes y tres tostadas con mantequilla y mermelada de fresa y un azucarero de cristal con la tapadera dorada.

—Dante, eres todo un detallista.

Se giró y puso su cuerpo sobre la barra americana dejando sus piernas colgando para poder alcanzar algo que había al otro lado.

—No sabes hasta que punto...

Me tendió un ramo con unas diez *Gerberas* de diferentes colores.

—¡Es precioso! —conseguí decir cuando mi asombro me lo permitió.

—¿Te gusta?

Me gustaba más la sonrisa que tenía dibujada él en su cara.

—¡Me encanta!

Me tiré a sus brazos y le dejé un beso ruidoso sobre los labios.

—Con muy poquito se te hace feliz a ti, ¿no?

—Soy una chica muy sencilla, princeso.

Nos sentamos y desayunamos codo con codo. Fui feliz porque no desayunaba con alguien desde que salí de casa de mis padres, a excepción de esa vez al año que mi hermano solía visitarme y se quedaba un par de días en mi apartamento.

Fui caminando, como cada día, a la tiendecita en la que trabajaba. Paré, cuando estaba relativamente cerca de la tienda esotérica, a comprarme ese café que me mantenía despierta por

las tardes y del que creo que ya podía considerárseme adicta. Llevaba reproduciendo en mis auriculares a todo volumen mi lista de reproducción de canciones pop que me hacían alegrarme rápidamente y llenarme de energía, iba tarareándolas sin importarme qué podían pensar de mí las personas con las que me cruzaba, sentía que flotaba, parecía que estaba soñando y que pronto alguien me despertaría llamando al telefonillo para entregarme alguna carta certificada cuyo importe económico a pagar sería tan elevado que me lanzaría a por otra botella de vino barato de supermercado para olvidarme, durante que aquella botella tuviese líquido dentro, de mis deudas. Aún tenía la cabeza anclada en lo vivido durante la noche anterior en el apartamento de Dante y estaba nerviosa de volver a mi apartamento y encontrármelo de nuevo o que llegase a la tienda cuando fuésemos a echar el cierre.

Poco antes de llegar a la tienda, una chica me puso un micrófono recubierto con una esponja azul cuadrada delante de la boca. Paré en seco, me asustó porque no sabía desde cuándo estaría ahí y a saber qué era lo que me había estado preguntando. Me retiré uno de mis auriculares y me dirigí amablemente a ella.

—No podía oírte —le mostré el pinganillo que había tenido en mi oreja metido—. ¿Qué quieres?

—¿Eres Carla Vega?

—Sí —fruncí el ceño extrañada, no entendía cómo aquella chica conocía mi nombre y mi apellido.

—¿Podrías confirmarme que tienes una relación con Dante Ferrer?

—¿Perdona?

Me quedé bloqueada, no estaba acostumbrada a aquello y verme siendo el centro de atención me puso nerviosa.

—Hay rumores que apuntan a que Dante y tú estáis empezando una relación después de plantearle el nuevo proyecto que...

—¡Dejadla en paz! ¡Sois unos putos sinvergüenzas!

Abrí los ojos como platos y me asusté al ver aquella expresión de enfadado y miedo en los ojos de Dante, estaba muy cabreado y fuera de sí mismo.

—Dante, solo estoy haciendo mi trabajo, estoy intentando conseguir la versión de Carla de todo lo que se rumorea.

—¡No vuelvas a nombrarla! ¡Dejadla tranquila! —me abrió la puerta de cristal de la tienda y me metió rápida para el interior de esta—. Sois pirañas sedientas de carne nueva, buitres carroñeros, no respetáis a nadie...

—¿Dante, qué opina Rebeca de tu relación con Carla?

A Dante se petrificó la cara y reconozco que seguidamente se me petrificó a mí. ¿Rebeca? ¿Quién era Rebeca?

—¡Vete a la mierda! —le contestó completamente encrespado.

Dante entró conmigo dentro de la tienda, nos miramos a la cara y vi miedo en sus ojos. No entendía nada de lo que estaba pasando a mi alrededor en aquel momento...

Capítulo 25

Un nuevo destino

Cansado de batallar siempre con el mismo tema, hice mis maletas después de tener la que consideré que sería la última discusión entre nosotros.

Metí en cajas de cartón todas mis pertenencias y decidí marcharme de allí, del hogar que compré con tanta ilusión, de mis recuerdos, de mis sueños, de una vida a fin de cuentas. No es fácil dejarlo todo y rehacer de nuevo tu vida cuando has pasado diez años haciendo lo mismo. No es fácil cambiar de ciudad, de casa, de gente.

—¿Te vas? Así como así... Decides mandarlo todo a la mierda... ¡Eres un egoísta, Dante!

—¿Egoísta es irme de mi propia casa dejándotela para ti? Solo quiero que seas feliz y de paso serlo yo también.

—¿Qué ha pasado con nosotros?

Me abrazó llorando y por primera vez no sentí aquello que me había hecho otras veces deshacer las maletas y volver a darle otra oportunidad a mi matrimonio. Ya nada era igual y yo tampoco era ya igual (por suerte).

Cuando decidí casarme lo hice con el pensamiento de que sería para toda la vida, supongo que como todo el mundo. Estaba súper enamorado de Rebeca y mi vida giraba en torno a ella y a mi piano. A veces pensaba que se había enamorado de Dante el pianista, de su dinero y de la buena vida que podía vivir a su lado, y se había olvidado del Dante que verdaderamente era, el chico joven cansado de seguir siempre reglas, de llevar una vida monótona y plana desde los tres años. Rebeca era mi mundo pero los mundos, a veces, también se desmoronan y se van a la mierda como se había estado yendo poco a poco el mío.

Éramos el matrimonio perfecto a ojos de los que nos rodeaban, la envidia de todo nuestro círculo de amigos, aunque la palabra amigos, a esos que nos rodeaban, se les quedaba muy grande. Un amigo es aquel que está a tu lado en lo bueno y en lo malo y no solo el que levanta una copa cuando se brinda con champagne caro porque tienes una gira importante por delante, el verdadero amigo brinda contigo aunque sea con un puto vaso de zumo de melocotón simplemente por vosotros, porque estáis vivos y seguís juntos aunque las cosas, por circunstancias X de la vida, se hayan torcido un poco.

Con Rebeca todo había ido viento en popa hasta que decidimos ser padres, de ser mi mayor sueño pasó a ser mi mayor pesadilla. Al año de estar intentando aumentar nuestra pequeña pero maravillosa familia, un médico me dio la fatal noticia de que yo no podría ser padre nunca, así, sin medias tintas, a bocajarro. Mis espermatozoides eran prácticamente inexistentes y los pocos que por allí andaban debían nadar en círculos porque eran incapaces de llegar a ningún lado.

La verdad que me cayó como un jarro de agua fría helándome el cuerpo y cambiándome la vida por completo, no me lo hubiera imaginado nunca, pensaba que esas cosas, a los tíos jóvenes, fuertes y con una vida sana, no nos pasaba... Lo primero que pensé fue que el médico se había equivocado, tenía que haberse equivocado, aquello no podía ser verdad así que, Rebeca y yo, buscamos otro profesional que, después de varias pruebas, volvió a corroborarnos lo que nos había dicho el primero. Para Rebeca fue un mazazo de esos gordos, de los que te hunden tanto que

no te permiten ver más allá del “problema”. Ella siempre deseó ser madre, en nuestro maravilloso chalet preparó un cuarto desde el principio, desde que decidimos instalarnos en él, esperando la llegada de nuestro hijo, un cuarto decorado con pequeños animalitos bebés en tonos pastel. Aquel cuarto había seguido vacío con el pasar de los años y, tanto para Rebeca como para mí, cada día se nos iba haciendo más duro pasar incluso por la puerta de aquel dormitorio. Era una estancia que podía haberse llenado de vida, de alegría, de pequeños pasos sobre aquel suelo de madera, en cambio se había convertido en un cuarto al que nos dolía asomarnos, un cuarto vacío, silencioso, cuya puerta siempre permanecía cerrada y que el hecho de pasar por delante de ella ya nos destrozaba.

Estaba cansado de ir a médicos especialistas, de someterme a pruebas y de aguantar las pullas que Rebeca a veces me lanzaba cuando estábamos con esos “amigos” que teníamos alrededor. Me dolía cuando alguna de las chicas del grupo se quedaba embarazada y Rebeca se dirigía a mí, delante de todos, y soltaba aquellas putas frases que eran auténticos puñales: “*Ya podrías aprender de Pepito*”, “*ya podrías decirle a Menganito que te enseñe*”... Para ella quizá tenía gracia pero a mí me iban destrozando por dentro haciéndome cada vez más y más pequeño, volviéndome cada vez más y más inseguro.

Aguanté mucho hasta que un día, después de ocho años de los diez que llevábamos juntos, batallando con lo mismo, hice mis maletas definitivamente.

—No te vayas, prometo no volver a decirte nada de ser padres.

—Esto ya no tiene sentido. Nosotros, como pareja, ya no tenemos sentido...

—Si te marchas luego no vengas arrastrándote cuando te des cuenta de que soy la mujer de tu vida.

—No te preocupes por eso. No voy a volver.

—¿Adónde te vas?

—A donde nadie me conozca. A donde pueda estar solo con mi piano, a donde pueda volver a ser yo y dejar de sentirme una máquina cuyo objetivo es procrear.

Tenía que empezar desde cero, empezar a quererme con ese “defecto” que tan hundido y sometido me había tenido, necesitaba un sitio tranquilo, vacío, un sitio en el que poder estar a solas conmigo mismo y empezar a darme cuenta de que tampoco era tan mierda como me había pintado.

El chico de la agencia de transporte me ayudó a meter las cajas en el camión que me llevaría a mi nuevo destino, Rebeca nos observaba negando con la cabeza. No podía creerse que su marido estuviera yéndose de casa, sin decirle cuál sería su nuevo destino y sin haber firmado los papeles del divorcio.

Mi nueva gira empezaría en Andalucía, en Córdoba exactamente así que, a través de los organizadores de los diez conciertos que tenía previstos por la zona, conseguí encontrar un apartamento cuyo bloque no estaba muy habitado. No quería relacionarme con nadie, no quería salir y que me reconociesen porque Rebeca, que era conocida en la prensa rosa por haber estado con un futbolista muy conocido antes que conmigo, ya se encargó de hacerme famoso, y no por mi música por desgracia.

La mudanza la hice en unas cuantas horas, lo malo vino después cuando tuve que colocarlo todo en su sitio y tuve que montar los muebles que compré. Era consciente de que hacía ruido pero no sabía que a mi lado vivía alguien porque jamás oí ni un solo ruido en aquel apartamento colindante al mío.

Cuando abrí la puerta y la vi por primera vez me descuadró los planes, tenía una loca como

vecina y no era lo que necesitaba en aquel momento en el que había salido huyendo de una casa en la que tenía discusiones treinta horas al día (y eso que un día solo tiene veinticuatro...). Tenía los ojos verdes más bonitos que había visto en mi vida, una melena negra que, a pesar de llevarla hecha una maraña en lo más alto de su cabeza, brillaba. Era guapísima, una morenaza increíble de esas que piensas que no son reales cuando las ves en fotos. Tuvimos discusiones en las que me reía tanto que empecé a olvidarme de toda la mierda que me había empujado a llegar allí y, olvidarme de todo eso que tenía sobre mis hombros, tenía que agradecerse como fuera. Me gustaba, tenía ganas de conocerla fuera de esa maraña de descalificativos y juntas a traición, y decidí invitarla a cenar, pensé que jamás aceptaría aquella proposición por la forma tan jodida en la que había empezado aquella complicada relación vecinal pero, cuando aceptó mi invitación, supe que entre lo que Carla decía y lo que realmente su corazón sentía había un trecho bastante grande. La cena fue un auténtico fracaso pero después de aquello vinieron tantos momentos bonitos que aquella pizza quemada dejó de tener cabida en nuestra historia.

Carla despertó en mí aquello que hacía tiempo nadie había conseguido despertarme. No me conocía así que podía jugar a ser quien quisiera ser y decidí jugar a ser un vecino estúpido porque me parecía divertido, y se me dio de lujo, hasta que la tuve desnuda en mi cama y me confesó que yo era su primera vez. Me sentí afortunado de que una chica como ella hubiera decidido entregarse por primera vez a un tío como yo, un capullo. Pero Carla, es muy lista, ella sabía que detrás del Dante pedante se escondía un buen tío y para descubrirlo solo tuvo que estar una hora en un ascensor encerrada conmigo, de la cual treinta y cinco minutos se los pasó dormida y fue entonces cuando supe que aquella cara era la que quería ver al despertarme cada mañana.

Capítulo 26

Volver a enamorarme

Cuando Tito, un colega que trabajaba en la agencia que últimamente andaba quemándome el teléfono para recabar información sobre Carla y sobre la posible relación que pudiéramos tener, me dijo que una reportera había salido en busca de la versión de Carla, salí corriendo para evitar que la relacionasen conmigo. Cuando la vi parada con aquel micrófono apuntándole a la boca me volví loco, salí a correr y me faltaron brazos para quitar a Carla del medio, me pareció tenerlo todo bajo control hasta que aquella reportera pronunció el nombre de Rebeca, mi esposa.

—¿Quién es Rebeca?

—Prefiero hablarlo después, cuando estemos más tranquilos.

—Dante... Lo que hoy he visto reflejado en tus ojos no lo había visto antes, no te conozco mucho pero no me gusta lo que has mostrado.

—¡ESTOY CANSADO DE TODO ESTE MUNDO! ¿NO LO ENTIENDES?

No debí levantarle la voz, Carla no merecía una contestación como la que le di pero estaba cagado de miedo, si descubría que estaba casado pensaría que me había estado riendo de ella todo este tiempo atrás y explicarle que mi matrimonio se había convertido en una mierda y que estaba en proceso de separación sonaba a tópico de tío infiel que busca sexo en otra que no es su mujer. Me sentía entre la espada y la pared...

—Mejor vete, Dante. Creo que hoy es uno más de esos días en los que estás insoportable.

Sentí pena al oír aquello porque hubiera sido muy fácil contarle toda la verdad de mi vida desde un principio, pero hice una bola enorme de un grano de arena y para desgracia mía, aquella bola seguía creciendo.

—Te veo luego —le dije intentando no dejar salir aquel nudo que se había formado en mi garganta en forma de lágrimas.

Antes de llegar a mi apartamento paré en la misma floristería a la que había bajado aquella mañana y volví a comprarle otro ramo igual. Al llegar a casa lo puse en un vaso con agua, me di una ducha y me senté en el sofá a esperar que las horas pasasen rápido para volver a verla.

—¡Eres un puto sinvergüenza, Dante Ferrer! —me dijo Rebeca nada más descolgar la llamada entrante que me había realizado.

—Hola, Rebeca. Yo también me alegro de hablar contigo... —dije con ironía.

—¡Estamos casados! ¡Aún estamos casados! ¿Cómo te atreves a verte en un restaurante con otra tipa? ¡Habéis salido en la prensa!

—¿Ahora sí es fiable lo que la prensa saca? No pensabas lo mismo cuando te sacaron aquella supuesta infidelidad... —vacilé volviendo a sacar cosas de nuestro pasado.

—¡Hay fotos, Dante! En menos de una semana me presento allí. ¿Qué va a pensar nuestro círculo de amistades de nosotros?

Puse los ojos en blanco, yo no era como Rebeca, nuestro círculo ridículo de amistades falsas me importaban muy poco y quizá también iba siendo hora de que conocieran la realidad de nosotros como pareja, no era oro todo lo que había estado reluciendo...

—¿Aquí? No hagas que me carcajee... ¿Para qué si puedo saberlo?

—¡Porque eres MI MARIDO! Estamos casados y no voy a firmar ningún divorcio por esa chiquillada absurda que te traes. Es una crisis, millones de parejas pasan por esto a lo largo de sus vidas, no pienso tirar mi matrimonio por la borda por tus tonterías, eres un niño, Dante.

—Rebeca, ¿no entiendes que lo nuestro ya no va a ningún lado? Dimos todo lo que pudimos y aun así no conseguimos llegar a nada...

—Dante, yo te amo y tú me amas a mí, han sido diez años juntos, no podemos tirarlos a la basura. Si el destino no quiso darnos hijos pues ya está, lo asumiré. Pero cariño, no me digas que has olvidado lo mucho que nos hemos amado. Esa empresaria solo te quiere para ganar dinero a tu costa y darle bombo a ese negocio que tenéis entre manos. Estoy segura de que ella dio el chivatazo a la prensa para darle publicidad a ese proyecto del que el periódico habla.

¿Carla un chivatazo a la prensa? *Jajaja* la señorita cuya lista de reproducción de sonidos de la naturaleza forma parte de su forma de vida, esa misma que adora la paz y que hace yoga siguiendo videos de *YouTube* pidiendo ser perseguida, no Rebeca, no, Carla no es como tú...

—Tengo que colgar —le dije cansado de oír la voz repelente de Rebeca.

—Dante, tienes que volver.

Me quedé callado, se me hizo un nudo en la garganta después de oír las petición de regreso por parte de Rebeca. Habíamos sido muy felices juntos pero ya no quedaba prácticamente nada de aquello...

—Rebeca, tengo que dejarte. Voy a preparar la cena.

—Por favor, cariño, dime que vas a volver y que volveremos a ser la pareja envidiada por todos.

—Adiós, Rebeca. No me llames más, déjame ser feliz, creo que me lo merezco...

Y colgué sin dejarle decir nada más, apagué mi teléfono móvil y me aislé con mi piano preparando el concierto que en tres días tenía que dar.

Llamaron a la puerta, tenía que ser ella. Miré por la mirilla y allí estaba. Salí corriendo y cogí el ramo de flores que le había comprado, me lo puse delante de la cara, cubriéndome con él y abrí.

—¡Ay, Dante! Me encanta... —cogió el ramo entre sus manos tocando con suavidad los pétalos de las flores y demostrándome que no era rencorosa y que parecía haber olvidado nuestra última conversación—. ¿Estás más tranquilo?

—Ahora que estás aquí, sí, perdona cómo actué...

—Está bien, te perdono —me sacó la lengua—. Eres increíble, princeso. Por cierto, echo de menos esa batita rosa con la que solías recibirme...

—Esta mañana la tendí después de llevarse más de media hora dentro del cacharro del infierno ese que gira... Cuando esté seca volverás a verme con ella —sonrió—. ¿Te quedas a cenar?

—¿Otra pizza churruscada? —dijo sonriendo dándome la calma que necesitaba en aquel momento.

—Prometo estar atento para que eso no pase esta vez.

Caminé hasta la cocina con ella siguiéndome, cogí una pizza precocinada del frigorífico, la saqué de su envoltorio y la metí en el horno orgulloso de mis dotes para la cocina.

Estaba callada, tocando con delicadeza las flores hasta que su boca por fin liberó aquello que le rondaba la mente.

—¿Vas a contarme quién es Rebeca? No he podido borrarle ese nombre de la cabeza en toda la tarde, estuve por decirle a Merche que me lo mirase en su gran bola de cristal, para despejar dudas...

—Rebeca es mi exmujer.

Y mentí un poco al contestar aquello. A Carla se le cambió la cara, desapareció la sonrisa que sus labios habían tenido dibujada y me reafirmé en que, aunque las mentiras no eran buenas compañeras, podían evitar dolor innecesario. Si Carla perdió su sonrisa con la palabra exmujer qué no perdería si le dijese que aún estaba casado, ¿y cuánto podría perder yo si ella se iba? Realmente Rebeca iba a ser mi exmujer en poco tiempo, era cuestión de días, mi abogado ya estaba al tanto y se iba a poner manos a la obra en breve. Solo mentiría unos días.

—¿Has estado casado?

—Sí, por eso estoy tan envejecido... —bromeé y volvió a sonreír haciéndome feliz con aquella curva.

—¿Y qué paso? ¿por qué lo dejasteis?

—Habíamos dejado de entendernos, demasiadas discusiones... Cambiar de aire a veces es todo cuanto necesitamos para volver a querernos un poco.

—¿Y por eso te mudaste aquí? —asentí—. Vaya... pues tienes toda la razón, tu vida es muy movidita...

—Demasiado. A veces me gustaría irme a una isla apartada del mundo, una isla desierta.

—¿Conmigo o sin mí?

—Contigo —le respondí—. Creo que ya no me imagino la vida sin ti, fea.

Y sonrió como ella solo podía hacerlo, con esa pureza y esa ingenuidad que me encantaba y que nunca antes había visto en ninguna boca de las que me habían rodeado.

Ella no conocía mis lujos, no conocía mi cuenta de banco, ni esa mierda que había acabado con mi matrimonio y que pesaba tanto sobre mis hombros. Ella sonreía con el verdadero Dante, el tipo de treinta años que empezaba a ser él mismo y olvidaba lo que le había empujado a aquellos apartamentos solitarios.

Cenamos juntos y después pusimos una película que elegimos al azar dentro de la extensa cartelera que nos ofrecía *Netflix*. De vez en cuando la miraba por el rabillo del ojo y sentía que estaba volviendo a enamorarme, me merecía un cariño desinteresado como el que ella me daba, ya iba siendo hora de ser feliz.

Capítulo 27

Volar a ras de suelo

Cuando salió de su boca aquella palabra que me petrificó el gesto sentí una punzada en el pecho. Hacía muy pocos días que nos conocíamos, un mes había pasado de su llegada al edificio y ya me despertaba celos que hubiera podido compartir vida con otra chica y que hubiera estado casado.

Estábamos viendo una película que elegimos sin prestar demasiada atención a la sinopsis. Realmente me daba igual de qué tratase ya que con Dante como acompañante era imposible concentrarme en la película. Mi mente ya estaba lo suficientemente entretenida con mi vecino, con el nuevo descubrimiento respecto a su situación sentimental pasada y con las escenas eróticas que se me pasaban por la mente como para cogerle el hilo a la película también...

De vez en cuando le veía mirarme por el rabillo del ojo, me hubiera encantado saber qué era lo que pasaba por su mente.

—Princeso —giró su cabeza y clavó sus ojos en los míos—, te propongo un juego.

—Miedo me das.

Me puse a horcajadas sobre él y aquel simple movimiento que hice le arrancó una sonrisa pícara. Bufó y se lamió el labio inferior mordidoselo seguidamente.

—Me voy a esconder, si me encuentras, hacemos el amor.

—Uff... ¿Y si no te encuentro?

—Estaré detrás de la cortina.

Siempre quise decir aquella frase, lo leí en *Facebook* un día que estaba cotilleando memes, que es para lo único que yo entraba a esa red social, y me pareció romántico...

—Eres tan bonita, tan inocente... Ojalá hubiera empezado a discutir contigo hace diez años...

Empezamos a besarnos con pasión pero con un cariño que me despertó demasiados miedos. En mi cabeza seguía presente lo que Merche había visto con respecto a mi futuro y, aunque yo nunca había creído en esas cosas, empezaba a coscarme al ver que otra de las cosas que me advirtió estaba empezando a cumplirse, ¿aquella mujer que Merche vio sería Rebeca?

Aparté aquel pensamiento de mi cabeza, estaban divorciados, Rebeca no podía ser peligro alguno. Pasado era pasado...

Sacó con delicadeza mi camiseta básica roja y después me deshizo del sujetador desabrochándolo con una sola mano, la otra mano la tenía colocada en mi nuca impidiéndome así poder apartarme de su boca. Mis pechos pequeñitos estaban firmes y duros por el roce que tenía con su pectoral fuerte, me excitaba tanto el roce con su piel que sentí que mis bragas empezaban a humedecerse. Me puse de pie entre sus fuertes piernas y desabroché mi pantalón vaquero corto con sensualidad dejándolo caer seguidamente moviendo mis caderas. Dante me miraba con lujuria y me encantaba que así fuera, yo que siempre creí que ningún tío podría desearme por esos malditos complejos que siempre tuve, resultó que conseguí encandilar a un tío que parecía un modelo en cuestión de semanas y estando a punto de entrar en prisión por asesinato.

Siempre fui una chica gordita hasta que empecé a cuidar mi alimentación y empecé a hacer

pilates y yoga para tonificar los brazos y las piernas que era donde más notaba esa flacidez. Tenía algunas estrías y siempre me acomplejaron mucho, perdí la cuenta de las cremas que compré para hacerlas desaparecer sin éxito.

—Esto sobra también —me dijo mientras bajaba mis braguitas blancas de encaje.

Se puso en pie y se quitó el bóxer porque sí, Dante había estado desde que terminamos de cenar en ropa interior, ¿entiendes por qué me era muy complicado concentrarme en la película? Me puse de puntillas, con mis manos rodeando su cuello y las suyas rodeando mi cintura. Le temblaba el mentón y los ojos se le pusieron brillantes, estaba preocupado, los ojos no mentían.

—¿Qué pasa? —le susurré a pocos centímetros de su boca.

Sus manos apretaron mi cintura, tragó saliva y apartó la mirada. Le agarré del mentón notando que temblaba y le obligué a mirarme.

—No quiero hacerte daño, Carla.

—Ya hemos follado otras veces, solo me duelen los primeros embistes —bromeé y por fin dibujó una sonrisa en sus labios a pesar de que sus ojos no acompañaban—. Princeso, no me vas a hacer daño, no somos nada.

—¿No?

—Bueno, somos vecinos que se quieren porque son geniales y además tienen sexo maravilloso.

Dije aquello aunque me costó creérmelo, Dante estaba empezando a formar parte del puzzle de cinco o seis piezas que era mi vida simple. Yo también tenía miedo a pasarlo mal pero quien no arriesga, no gana...

Volvió a besarme y una lágrima cayó de aquellos ojos que eran el espejo de un alma pura que guardaba dolor, demasiado dolor intuí. No pregunté nada más, no quise volver a interrumpir aquel beso así que seguí besándole, acariciando sus hombros y el pecho que reflejaba los latidos de un corazón acelerado. Los labios no querían soltarse ni tan siquiera para poder caminar por el pasillo hasta el dormitorio de Dante. Me dejó sobre la cama, sin parar de besarnos, me acarició el pelo, la cara, el cuerpo, respiraba sobre mi frente agitado cuando nuestras lenguas pedían un poco de descanso.

—Te quiero, Carla. Te quiero. Me das dos días más y sé que podré amarte para toda mi puta vida.

Y como si de magia se tratase, mi cuerpo pareció levitar de aquel colchón y volé a ras de suelo.

Capítulo 28

Una visita inesperada

Y salió de mi boca aquella frase porque la sentí desde lo más profundo de mi corazón. Me había enamorado de Carla en un mes, quizá en el momento menos oportuno pero, ¿cómo podía haber evitado yo eso si se lo pedí como deseo a las estrellas aquella noche que descubrí el poder que tenían?

Temblaba debajo de mi cuerpo cuando mis manos paseaban por el suyo. Haber sido el primer hombre que caminó aquel camino con forma de mujer era una fortuna. Me eligió a mí para dar aquel paso y ya no necesité nada más para sentirme un privilegiado. Ella era especial, no sabía si estaría enamorada de mí, ella siempre lo negaba pero por cómo me miraba sentía que no era del todo sincera, quizá nunca se enamoró de nadie y estaba un poco perdida pero cuando estás enamorado, se sabe.

Amanecer junto a ella era lo mejor que me estaba pasando desde hacía mucho tiempo. Ya no me sentía inferior a nadie a pensar de seguir con ese peso sobre mis hombros. Desde que tenemos uso de razón, vemos cómo las personas de nuestro alrededor se van uniendo las unas con las otras, es algo natural, a los animales también les pasa, estamos en el mundo para seguir dando vida, es una cadena que no debe cortarse y pobre de la pareja que decida no seguir con eso. Parece que no se entiende que dos personas que se aman decidan no tener hijos, egoístas es lo mínimo que escucharán por parte del resto de la sociedad. Lo mío, por desgracia, no era una decisión de pareja y fue lo que me fue destrozando poco a poco. Era un poco complicado describir lo que sentía, era como si me sintiese un completo inútil a pesar de sentirme súper valioso para muchas otras cosas, era vuelta a lo mismo, era como si estuviese rompiendo la cadena de la vida, esa para la que nos adoctrinan.

—Buenos días, prínceso —se giró poniendo una de sus piernas sobre mis muslos.

Puse uno de mis brazos debajo de su cuello y respiré el olor a camomila de su pelo.

—¿Cómo has dormido hoy?

—De maravilla, estoy pensando en mudarme a este apartamento, aún no me creo que consiga dormir sin derramar una sola gota de sudor...

—¿Tu apartamento no está climatizado?

—¿Crees que si lo estuviera dormiría con los ventanales abiertos expuesta a que algún vecino me asalte durante la noche restándole así años de vida con los sustos que me llevo?

Sonreí. Carla me hacía sentir tan a gusto con tan poco... Era feliz en un apartamento antiguo de unos pocos metros cuadrados y no me acordaba de aquel chalet con una piscina del tamaño del dormitorio y del salón donde hacía vida desde hacía un mes. No es dónde, es con quién.

—¿Desayunamos? —le pregunté aunque por dentro deseaba que me dijese que siguiésemos un ratito más en la cama.

—¿Podríamos hacer el amor antes?

Volví a curvar mis labios dibujando una sonrisa. Me ayudé del brazo que rodeaba su cuello para subirla sobre mí.

—Antes, durante y después.

Habíamos dormido desnudos. Se sentó a horcajadas sobre mí y empezó a moverse sobre mi polla, rozaba su clitoris con ella buscando su placer. Sentía su humedad y me volvía loco lo preparada que siempre estaba. Era imposible separar nuestras bocas que jadeaban y gemían sin apartarse la una de la otra. Agarró mi polla con firmeza y la colocó en su entrada, fue hundiéndola lentamente, arqueaba su cuerpo y controlaba cuánto quería tener dentro de ella y yo, encantado, me dejaba hacer.

Me encantaba cuando me miraba a los ojos, a pesar de tener las persianas bajadas podía verla con la luz que se colaba entre los huecos de estas. Aquellos ojos eran un sueño.

Buscaba su orgasmo sin importarle nada más, se movía a su antojo y yo estaba al borde del clímax. Fue aumentando el ritmo hasta correrse clavándome las uñas en el pectoral, me agarré fuerte a sus caderas y seguí moviéndola, esta vez a mi ritmo, para correrme yo.

—Para, Dante... ¡El condón!

Ni me había acordado siquiera...

Abrió el cajón de mi mesita de noche, sacó un preservativo y después de sacarlo del envoltorio me lo puso con una delicadeza absoluta. Una vez colocado me aseguré de que lo había hecho bien y volví a meterla alcanzando mi orgasmo demasiado rápido.

—Te quiero, Carla —volví a repetirle.

De nuevo su silencio.

—Ahora ya podemos desayunar —sonrió y me dejó un beso corto en los labios.

No me hacía falta oír nada de su boca, yo sabía lo que había, solo era necesario mirarla a los ojos para saber que ella sentía lo mismo que yo. Tenía miedos, nunca se había enamorado y no querría sufrir un desengaño, podía verlo a través de aquellos preciosos ojos verdes, pero ¿quién no tenía miedo?

Cuando Carla se fue de mi apartamento, recogí un poco el desastre que había formado en la cocina durante la cena y el desayuno, me di una ducha rápida y me puse mi bata de princesa, como decía Carla. Me remangué un poco las mangas de la bata y me puse a ensayar el concierto que tendría lugar en un par de días. Estaba nervioso, a pesar de todos los años que llevaba tocando el piano, siempre que me sentaba frente a uno, sentía ese pellizquito de nerviosismo.

Llamaron a la puerta y me extrañó, Carla no podía ser, estaría ya camino al trabajo y otra visita era imposible recibirla, nadie sabía dónde vivía. Caminé hasta la puerta, miré por la mirilla y sentí cómo mi mundo se caía de repente a mis pies, me apoyé en la puerta e ignoré los nudillos insistentes de Rebeca en aquel trozo de madera que me apartaba del mundo.

—¡DANTE!

Gritó al otro lado, era absurdo seguir ocultándome.

Abrí.

—¡Cariño! ¿Por qué no abrías?

Se tiró a mi cuello y yo me quedé parado, como una estaca de madera pero con la temperatura de un maldito témpano de hielo y sin mediar palabra alguna...

—¿Qué haces aquí?

—Estás ridículo con esa bata... Pensé que ya la habías tirado, no sé en qué estaría pensando aquella fan que te la regaló...

—¿Qué haces aquí, Rebeca?

—He venido a llevarte de vuelta a casa. Este edificio es tan bajuno como las personas que viven en él. Al subirme a ese ascensor con olor a no sé qué me he dado de bruces con una de tus

vecinas, solo viendo el calzado que usa ya sé de qué clase es. Tú aquí no encajas...

—Rebeca, creo que todo quedó claro antes de irme de casa...

—¡Venga ya, Dante! Déjate ya de chiquilladas. Déjame pasar.

Pasó sin darle permiso alguno, tiraba de una maleta enorme haciéndola moverse fácilmente por el suelo y la dejó en medio del salón. Atiné a cerrar la puerta sin salir de mi asombro.

—Rebeca, aquí no puedes estar.

—Cariño —me puso morritos y caminó hacia mí—, no te hagas más de rogar, un mes ha estado ya bien...

Me dejó un beso en los labios que no respondí. La olí, aquel perfume caro que había sido mi perdición durante muchos años, ya no me olía igual, no era especial e incluso llegaba a resultarme incómodo respirarlo.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Bueno, tengo algunos contactos, ¿no lo sabes ya?

—Me fui del chalet para perderme, no quiero que estés aquí. Quiero estar solo, ¿no lo entiendes?

Me ignoraba, no me miraba ni tan siquiera cuando hablaba.

—¿Cómo has podido estar viviendo en este cuchitril?

Caminaba por todo mi apartamento pasando su dedo índice por todos mis muebles con cara de asco. Yo seguía allí, cruzado de brazos al frente, parado en el mismo sitio incrédulo, pensando que todo aquello tenía que ser una maldita pesadilla y que me despertaría abrazado a Carla.

—¿Muebles de aglomerado? Dante, no sé qué tienes en esa cabeza... No te pega esta vida, no tienes por qué vivir así, eres un pianista famoso con una cuenta de banco con más ceros que el boletín de notas de un *nini*... Solo el olor de este apartamento me provoca náuseas y me da sarpullido...

—Entonces vete antes de que tengas que inyectarte *Urbason*.

Puso los ojos en blanco y siguió observando todo el salón.

—Gracias por colgar los cuadros que te pinté, quedaban mejor en tu sala de piano de nuestra casa, aquí no lucen igual... Este pisito está bien para un mileurista pero para ti... Tú eres de otra clase, cariño. Dante, mi amor, tú estás a otro nivel.

Me agotaba verla y oírla, no entendía cómo alguna vez llegué a ver bien aquellos comentarios clasistas que hacía.

—Tengo que ensayar, no puedo perder el tiempo escuchando sandeces. No deshagas la maleta, no quiero que te quedes aquí, Rebeca.

Me metí en la habitación donde tenía mi piano, intenté ensayar y me era imposible concentrarme sabiendo que Rebeca estaba compartiendo paredes conmigo. No quería que estuviera allí, me molestaba su presencia.

Capítulo 29

La visita de Aitor

Me di una ducha rápida, miré la hora en mi reloj de pulsera y vi que se me hacía tarde. Me puse un pantalón vaquero pitillo, unas sandalias negras con algunas tachuelas y una camiseta básica negra de manga corta. Peiné mi melena negra con una coleta alta ondulada, me puse un poco de máscara de pestañas y brillo en los labios y salí de casa a la velocidad de la luz. Pensé en bajar por la escalera, desde que me quedé encerrada con Dante no había vuelto a subirme en el ascensor sola, pero iba demasiado tarde. Llamé al ascensor y subí en él rezando a todos los santos para que no se estropease y me quedase allí encerrada. Salí y tropecé con la maleta de una chica impresionante: tenía el pelo prácticamente blanco (había conseguido ese color por el que muchas se dejaban la melena en el intento), rapado por los lados y la parte de arriba larga con un flequillo perfectamente colocado tapándole parte de la cara, una cara fina con unos labios gruesos pintados de color rojo.

—¡Cuidado, chica! —me dijo acercándose la maleta al cuerpo apartándola de mi camino—. ¿Eres ciega?

—Lo siento. Voy un poco apurada.

—¿Y mi maleta tiene que pagar tu torpeza por esas prisas?

Me entraron unas ganas tremendas de decirle cuatro cosas pero no me apetecía discutir con aquella mujer engreída.

—Lo siento.

Me miró de arriba abajo con cara de asco. Realmente no me hizo gracia pensar que tendría nueva vecina pero iba tan agitada que no me indigné como lo hice con la llegada de Dante. Peor vecina no podía ser, pensé.

Llegué agitada, prácticamente con la lengua fuera y jadeando de la prisa, y aún estaba la tienda cerrada. Me extrañó mucho ver aún chapada la tienda porque Merche siempre abría casi media hora antes para prepararlo todo antes de abrir al público, seguía como un ritual con velas e inciensos limpiando la estancia de malas vibraciones. Busqué en mi mochila la llave que Merche me dio cuando empecé a trabajar con ella y abrí yo. Encendí las luces de las lámparas de los expositores, puse el dinero de la caja fuerte en la caja registradora, encendí un par de velas y tres palitos de incienso con olor a canela y llamé a Merche por teléfono. Al cuarto tono, respondió.

—Voy de camino, ahora te cuento.

Y colgó, no me dio tiempo a decir ni una sola palabra.

Merche entró, con su melena rubia con rizo diminuto completamente alborotada y jadeando al igual que llegué yo. Traía una sonrisilla pícaro en los labios y las manos completamente negras manchadas de grasa.

—He pinchado una rueda... —me dijo antes de preguntarle.

—¿Y te ríes?

—Es que ya sabes que lo que no me pase a mí... Un chico, de tu edad más o menos, paró su coche y me ayudó a cambiarla, nos hemos dado los números de teléfono y hemos quedado en volver a vernos.

—¡Merche! ¡Podría ser tu hijo!

—Pero no lo es...

—Pues también es verdad.

Nos carcajamos y empezamos a atender a los distintos clientes que fueron entrando en la tienda.

Dante no fue a buscarme a la tienda. Me extrañó pero supuse que me estaría esperando sentado en la escalera por eso de que la prensa no tuviese ninguna nueva imagen de los dos juntos. A veces tenía la sensación de que tenía a alguien siguiéndome pero nunca alcanzaba a ver a nadie y seguía tranquilamente, aunque con la mosca detrás de la oreja, mi camino.

Subí las escaleras deseosa por volver a verlo pero no, no estaba allí sentado, de nuevo ese pellizquito con sabor a desilusión se me alojó en el pecho. Pensé en llamar a su puerta pero sabía que en un par de días tenía un concierto y no quería molestarle, no sabía qué ritual seguía antes de dar uno así que entré en mi apartamento un poco triste por no poder disfrutar de él aquella noche. Si hubiera tenido su número de teléfono... Aquella frase me la repetía decenas de veces al día pero seguía sin atreverme a pedírselo, se lo dejé caer el día que me quedé esperándole fuera de la tienda y no puso solución él tampoco a eso de no poder comunicarnos por teléfono.

Me di una ducha rápida por si Dante llamaba a la puerta que no me pillase en el cuarto de baño, pero no fue el caso. Terminé de ducharme y no había rastro de él. Esperé un poco en preparar la cena por el mismo motivo, no sabía si Dante querría que cenásemos juntos así que me senté en el sofá con las piernas estiradas sobre este y seguí leyendo el libro por donde lo dejé el día anterior, estaba demasiado interesante la historia como para dejarla estancada en aquellas páginas.

Estuve leyendo un buen rato, miré mi reloj de pulsera y marcaba las doce de la noche, y Dante no había dado señales de vida. En todo momento pensé que aquella ausencia se debía a la preparación del concierto. Me preparé una ensalada y me quedé dormida en el sofá. A pesar de haber dejado mi balcón abierto, no vino a verme...

Me sentía extraña, como si me faltase algo importante para mí. Hice las tareas de casa un poco ida, con la cabeza en Dante y en el hecho inexplicable de su ausencia... Llamaron a la puerta y nerviosa miré por la mirilla, me decepcioné un poco al ver a Aitor al otro lado a pesar de que estaba feliz de volver a verle.

—¡Hermanita!

Me abrazó fuerte levantándose del suelo y girando sobre sí mismo haciendo que mis piernas girasen como si no formasen parte de mi cuerpo.

—¡Aitor, me mareo!

Me dejó en el suelo, me dejó un beso en la mejilla, me cogió de una de mis manos y me hizo girar sobre mi propio eje.

—¡Estás guapísima, *sister*!

No me creí aquello porque las pintas que llevaba no podían ser peores: pantalón corto que me hice de unas mallas que manché de lejía por la parte baja y las corté para darle una segunda vida, y una camiseta básica turquesa de esas que después de unas cuantas lavadas habían empezado a

salirle picos extraños dejándola completamente descuadrada. A pesar de llevar aquellas pintas, él siempre me piropeaba... Amor de hermano puro y duro.

—¡No me has avisado de que vendrías! ¡Qué sorpresa!

—Espero no haberte estropeado muchos planes aunque, conociéndote, seguirás con esa vida aburrida entre la tienda y tu apartamento, rodeada de esos libros que lo único que consiguen es ponerte cachonda imaginándote que eres la protagonista... —le di un codazo y me guiñó el ojo mientras se carcajeaba—. No te enfades, *sister*, estaré solo un par de días. Ya sabes que no doy mucho ruido ni echo raíces en ningún lado.

—¿Has llegado hoy a Córdoba?

Dejó sobre el sofá, lanzándolo sin cuidado y desde lejos, el macuto gris que había traído. En él llevaba todo cuanto necesitaba, Aitor era un hippie con una vida completamente desordenada que solo de imaginármela ya me creaba ansiedad.

—Llevo desde ayer por aquí pero esta noche la pasé en un hotel con una mujer.

—No me sorprende nada...

Capítulo 30

Los hombres también lloran

Cuando dejé de ensayar y salí esperanzado en que Rebeca se hubiera ido, me di de bruces nuevamente con mi nueva realidad, Rebeca aún seguía allí e incluso se había acomodado. Empezó a hervirme la sangre dentro del cuerpo cuando la vi sentada en el sofá tecleando en su laptop y sosteniendo su teléfono móvil con el hombro. Me apoyé en el marco de la puerta del pasillo que daba al pequeño salón, observándola incrédulo de verla allí.

—Lis, ese estampado que me has enviado sí que quedaría perfecto, es justo lo que quería — Rebeca era diseñadora de interiores—, nos quedan las cortinas y los cojines. Sí. Ahora necesitamos otra tela que combine con esa que me has mandado...

La dejé hablando y me metí en el baño a darme una ducha. Compartir con ella el mismo espacio me era imposible. Aún no podía creerme que estuviera allí. Creí, al dejar la casa que compartíamos, que no había dejado ningún cabo suelto pero Rebeca tenía contactos hasta en el infierno y dar con mi ubicación solo le había costado un par de llamadas telefónicas...

Me deshice de la bata rosa con Carla anclada en mi cabeza, necesitaba hablar con ella, tenía que darle la invitación al concierto y el pase VIP para vernos después en el camerino, lejos de las miradas, lejos de aquellos que querían confirmar lo nuestro en algunos medios de comunicación y lejos de Rebeca. Necesitaba contarle el giro que acababa de dar mi vida, tenía que explicarle que no era un hombre separado pero que era cuestión de días, estaba seguro de que Carla lo entendería. Quise creer siempre que ella lo entendería...

Regulé la temperatura dejándola prácticamente fría y me metí dentro de la ducha. Cerré la mampara y me puse debajo del chorro de agua, eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y dejé que el agua me mojase la cara. Me puse un poco de champú en la palma de la mano y me masajé la cabeza intentando hacer desaparecer todo lo que por ella me rondaba, me había imaginado decenas de reacciones posibles de Carla a mi confesión y me estaba angustiando aquella vorágine de pensamientos.

—Cariño, eres un auténtico espectáculo.

Abrí los ojos sobresaltado retirándome con los dedos la espuma de la cara. Reconozco que me sobresalté con aquella voz, no me la esperaba. Allí estaba Rebeca, observándome en ropa interior detrás de la mampara y lamiéndose con deseo sus gruesos labios rojos.

Me quité la espuma del pelo colocándome nuevamente debajo del chorro de agua y cogí el bote de gel de la estantería que había dentro de la ducha.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó con tono de voz sensual.

Abrió la mampara y puso su mano en el interior de la ducha, con la palma hacia arriba, para que le pusiera el gel y poder enjabonarme ella como tantas otras veces lo hizo, pero no, ya nada era igual.

—No, Rebeca. Puedo yo solo.

Se le cambió la cara, aquella sonrisa pícaro desapareció dando paso a una mueca de enfado.

—¿Puedo saber qué te pasa?

No contesté, me quité la espuma que el gel había hecho y salí de la ducha cogiendo la toalla del

toallero que estaba cerca y enrollándomela en la cintura. Caminé hasta la estantería (perfectamente ordenada gracias a Carla), esquivando el cuerpo de Rebeca, y cogí otra toalla con la que empecé a secarme el pelo moviéndolo sobre la toalla.

—¿No piensas hablarme, Dante?

Salí del baño y caminé hasta la mesita de noche, cogí unos calzoncillos del primer cajón y tapé con otros la caja de preservativos que había dentro, tiré la toalla al suelo y me los puse. Rebeca seguía observándome y esperando respuestas a sus preguntas, y yo seguía ignorando aquellas preguntas absurdas que me hacía. ¿Realmente Rebeca no sabía qué me pasaba?

—¿Este va a ser el plan mientras esté aquí?

—Ah, que piensas quedarte... Ya te he dicho que no quiero que estés en mi casa.

—Al menos ya me hablas... ¿Qué te pasa?

—¿Realmente no lo sabes?

—No.

Sentí un pellizco en el pecho, me llené de rabia y pena al cincuenta por ciento.

—Olvídalo.

—¿Cómo me pides eso? Yo te amo, Dante. Tu dolor es mi dolor.

—Una persona que ama a otra jamás le echa mierda encima como tú has hecho conmigo.

—¿Yo? ¿estás loco?

—¿Ves? Y no te acuerdas... No te acuerdas porque lo dijiste como algo natural, algo que te nació decirlo, algo que no pensaste que podría destrozarme más aún de lo que ya estaba. ¿Cuántas veces tuve que oír cuando tu amiga Giselle quedó embarazada que tenía que preguntarle a su marido cómo se hacía? ¿cuántas veces tuve que oír que Fran sí que sabía cómo hacer feliz a su mujer? ¿cuántas veces tuve que oír que era un egoísta cuando decidí no someterme a ningún nuevo tratamiento cuyo resultado resultaba ser frustrante?

Me fue imposible decirle todo aquello sin alzar la voz y sin derramar las lágrimas que habían estado acumulándose con cada palabra que mi boca iba dejando libre.

—Cariño, todo eso lo dije para quitarle hierro al asunto, eran bromas, quizá con un poco de mal gusto...

Caminó e intentó poner sus manos en mi cara.

—¡No me toques, déjame en paz!

Salí de mi habitación, aquel apartamento era demasiado pequeño para compartirlo con alguien como Rebeca, tenía demasiado dolor como para compartir el mismo aire con la causante de dicho dolor y me encerré en esa habitación del apartamento en la que más a gusto me sentía. Cerré la puerta y me senté en el sillón que tenía cerca de mi piano y dejé libres todas las lágrimas porque sí, los hombres también lloramos.

Me quedé dormido y cuando miré el reloj y vi que eran las dos de la madrugada me acordé de Carla, estaba completamente seguro de que se preguntaría dónde estaba, la echaba de menos, echaba de menos sus manos, su boca y el olor a camomila de su pelo.

Capítulo 31

Veinticuatro horas parecen ochenta

Pasé la noche en el suelo de aquella habitación, me dolía todo el cuerpo y me costó levantarme de aquella alfombra. Me hubiera encantado que, al salir de allí, Rebeca hubiera vuelto a meter todas sus cosas en aquella maleta que llevaba y que se hubiera vuelto al chalet lujoso que le dejé a cambio de perderla de vista.

—Buenos días, cariño. ¿Qué quieres para desayunar?

Estaba en la cocina preparando unos huevos revueltos vestida únicamente con una de mis camisas y un bóxer de los que había tendido el día anterior en el tendedero portátil. En otro momento de nuestras vidas la hubiera subido a aquella encimera y hubiéramos echado un polvo épico, en este momento que acontecía me cabreaba que estuviese en mi cocina ataviada con mi camisa y mis calzoncillos.

No dije nada, me senté en el sofá y puse la televisión.

—¿Otro mal día?

Caminó sensualmente hasta llegar a colocarse a mi lado, se arrodilló en el suelo y puso una de sus manos, con las uñas perfectamente pintadas, sobre mi rodilla. Me la apretó para que la mirase.

—Cariño —quise poner los ojos en blanco pero ni ganas tenía—, no ha sido fácil lo que hemos pasado, quizá no he estado a la altura pero ya sabes las ganas que he tenido siempre de ser madre...

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—Si cuando nos conocimos te hubiera dicho que conmigo no podrías tener hijos, ¿hubieras empezado una relación conmigo?

Se quedó callada unos segundos y yo, en esos segundos que me destrozaron, ya había obtenido la respuesta a mi pregunta.

—Dante...

—No hace falta que contestes. Ya lo has hecho. No me quieres, Rebeca.

—¡Sí te quiero! Es solo que me muero de ganas de ser madre... Tú no lo entiendes, tú solo hablas de tu dolor pero, ¿y el mío? Parece ser que a nadie le importa mi sufrimiento en esta lucha que empezamos hace ocho años...

—Tú puedes tener hijos cuando quieras, es solo *cambiar de macho* como también le dijiste a otra de tus amigas en otra ocasión...

—Dante, lo coges todo con alfileres...

—Lo cojo todo como lo que es. Mi abogado ya está preparando la demanda de divorcio, no quiero seguir casado contigo.

—Eres un maldito egoísta, no sé cómo estos años he podido estar tan ciega y no darme cuenta...

—No me hagas reír, Rebeca...

—No pienso firmar divorcio ninguno, que te quede claro, Dante. No te voy a dejar libre el camino para que te vayas con esa tipa del restaurante.

—Déjame ya, hazme el favor, mañana es el concierto, necesito tranquilidad.

—Eres un crío, ya me avisaron mis amigas cuando me casé contigo...

—Es que era un crío, tenía veinte años, Rebeca... Ojalá la vida se pudiera vivir dos veces... Jamás hubiera acudido a aquella primera cita...

Me levanté, me fui al baño a darme una ducha rápida y, cuando me vestí, salí de casa bajo la atenta mirada de Rebeca. No me preguntó nada, posiblemente aprendió que no iba a responderle ninguna.

Caminé por el parque que se veía desde mi balcón, a Carla le gustaba pasear por él y cuando lo vi de cerca entendí por qué. Aquellos sonidos eran capaces de hacerte desconectar de todo lo que pudiera atormentarte, era un regalo, como ella.

—Perdona, ¿tienes fuego?

Aquel chico me resultó conocido, como si ya lo hubiera visto en otra parte. Tenía los ojos verdes y el pelo negro y despeinado, iba vestido con un pantalón vaquero roto y una camiseta desmangada blanca, estaba fuerte, pero no más que yo (puedes sonreír y llamarme creído si quieres). Cargaba un macuto gris y mantenía entre sus labios un cigarrillo.

—Lo siento, no fumo —le dije—. Aquella chica está fumando, seguramente pueda ayudarte más que yo.

—Gracias, tío.

Se marchó caminando de forma chulesca y me hizo gracia.

Seguí mi camino con la cabeza intentando dar con la respuesta a la pregunta que me repetía una y otra vez, ¿dónde había visto yo a ese chico?

Caminé hasta llegar al teatro donde tendría lugar mi primer concierto de la temporada en Andalucía.

—¡Dante Ferrer! ¡Qué gusto verte!

El organizador era un tipo majete, de unos cuarenta años con el que solo había podido hablar por teléfono.

—¿Qué tal, Félix? —le estreché la mano.

—Ultimando detalles para mañana. ¿Necesitas algo?

—Sí, necesitaría un pase VIP para mañana.

—Sin problemas, ¿algo más?

—No, pasaba también para recoger las dos entradas que reservé hace unas semanas.

—Perfecto, acompáñame.

Acompañé a Félix a un pequeño despacho completamente desordenado que rozaba lo caótico y sonreí al imaginarme la cara que Carla hubiera puesto ante aquel despliegue de cosas fuera de lugar (literalmente). Buscó entre los papeles de la mesa con ambas manos (desordenándolo todo aún más) y por los cajones hasta dar por fin con lo que buscaba.

—Aquí tienes. Llevas dos pases VIP, por si necesitases otro.

—Muchas gracias, Félix. Nos vemos mañana.

Le había dejado a Leo la invitación al concierto como le prometí el día que le sonsaqué dónde trabajaba Carla, volví al ascensor y cuando paró en la tercera planta, y pasé por la puerta de Carla, sentí unas ganas tremendas de llamar y hablar con ella, necesitaba abrazarla y besarla, necesitaba saber que, a pesar de esa noche que no habíamos podido estar juntos, todo seguía igual entre nosotros.

Y justo cuando iba a llamar a su puerta, la mía se abrió dejando frente a mí la cara agria de Rebeca.

—Ya he perdido la cuenta de las veces que me he asomado al rellano este cutre para ver si venías... No podía estar tranquila sabiendo que habías salido ahí fuera con tantísima gentuza de clase baja...

Dejé escapar el aire que tenía dentro de mis pulmones sonando cansado. Entré de mala gana a mi apartamento, esquivando a Rebeca y su cara de estar oliendo a mierda, y me senté en el sofá. Cerró la puerta y supe que venía otra charla que terminaría en discusión, aquella historia ya era tan repetitiva que no dejaba opción a sorpresa alguna.

—Dante, estoy hasta el último pelo de mi cabeza de tus chiquilladas, somos mayorcitos, creo que podríamos resolver este problema de forma adulta y no saliendo de casa después de rebatir un asunto que nos afecta y duele a ambos.

—No tengo nada que decir, necesito estar tranquilo, Carla.

—¿Carla?

Me quedé bloqueado, mi cabeza intentó fabricar una respuesta rápida pero no lo logró.

—¿Carla? ¿qué dices?

—Tú, me has llamado Carla.

—Me habré equivocado.

—¿Quién es Carla, Dante?

—¡No conozco a ninguna Carla! ¡Déjame ya de una vez!

Me levanté enfadado y me encerré nuevamente en la habitación donde tenía mi piano pero no podía ensayar, tenía la cabeza puesta en Carla, en la necesidad de verla y contarle lo que realmente pasaba, y la tenía puesta en Rebeca y todo lo negativo que le sumaba a mi vida cuando estaba cerca.

Miré mi reloj, llevaba en aquella habitación encerrado muchas horas, no había almorzado y lo único que había hecho era leer uno de los libros de mi estantería. Solía leer libros de historias de superación buscando, quizá, algo con lo que reflejarme, algo que me ayudase a dejar de una vez en el camino tirada esa mochila que me destrozaba los hombros, y la vida.

Faltaban solo unos minutos para que Carla se fuera a trabajar, tenía que verla para darle la invitación y el pase VIP.

Salí de la habitación y Rebeca no estaba en el apartamento, ¡vi el cielo abierto! Cogí la invitación y el pase y salí de casa. Llamé a la puerta de Carla mirando alrededor rezando porque Rebeca no apareciese, empecé a angustiarme cuando vi que no abría, volví a insistir y aquella vez sí que tuve suerte.

—¡Princeso! Benditos los ojos que por fin te ven...

Dibujó una sonrisa en mi cara incluso más grande que la que ella dibujó en la suya al verme, solo me bastó verla y oír aquella palabra para saber que era ella lo único que necesitaba para ser feliz. Me lancé sobre su boca, enredando nuestras lenguas, y la levanté del suelo metiéndola al interior de su apartamento y cerrando con mi pie la puerta a nuestro paso.

—Veo que me has echado mucho de menos —me dijo mordiéndose después la lengua y sonriendo de forma coqueta.

—No sabes cuánto.

—Créeme si te digo que puedo hacerme una idea...

Ambos nos necesitábamos, habíamos pasado del no poder ni vernos al no querer dejar de vernos prácticamente de la noche al día.

—¿Ya te vas a trabajar? —le pregunté después de dejarle un beso corto en aquellos labios que eran como un imán para los míos.

—En veinte minutos.

—Vine a darte esto —le tendí el pase y la invitación y aplaudí ilusionada.

—¿Es para mañana?

—Es —sonreí.

—¿Te quedas hasta que me vaya?

—No, tengo un poco de prisa. Estoy ensayando.

—¿Es por eso por lo que me tienes tan abandonada?

—¿Abandonada? Solo he estado veinticuatro horas sin verte.

—¿Veinticuatro horas? —puso su dedo índice sobre el hueso de su mandíbula dándose pequeños golpecitos como si estuviera pensando—. Pues me han parecido ochenta...

Y tenía toda la razón, veinticuatro horas con ella podían parecer unos pocos minutos pero veinticuatro horas sin ella parecían ochenta horas, como mínimo.

—A mí también me han parecido ochenta horas.

Capítulo 32

Te amo, prínceso

Cuando vi que era Dante a través de la mirilla me eché a temblar. Había preparado decenas de preguntas que hacerle para cuando por fin le tuviera delante y, una vez que lo tuve, solo quise besarlo y no necesité preguntarle absolutamente nada.

—Te he echado de menos, prínceso —volví a repetirle.

—Perdóname por haber estado un poco lejano —me tenía abrazada, pegada a él y podía sentir los latidos de su corazón—, cuando tengo concierto suelo apartarme del mundo aunque tengo que reconocer que nunca antes me costó tanto trabajo poder apartarme.

—Soy toda una afortunada.

—¿Afortunada tú? Afortunado yo.

A pesar de notarle en la cara cierta preocupación él se comportaba conmigo como siempre así que lo achaqué al concierto que iba a dar en apenas unas horas.

—Tengo que irme, prínceso —le dejé un beso corto en los labios aunque a ambos nos supo a poco—. Al final te has quedado hasta el último momento.

—Es que no puedo separarme de ti. Dime que Merche no me ha hecho ninguna brujería.

—Que yo sepa no... —me carcajeé y me encantó la cara de pánico que puso seguidamente.

—Te veré mañana.

—¿Esta noche tampoco podré verte? —pregunté apenada.

Se quedó callado unos minutos.

—No creo que pueda.

Seguramente habrá personas que no entiendan cómo, con solo aquella frase, sentí aquel pinchazo en el pecho como lo sentí, sentí desilusión aunque una parte de mí me llamaba egoísta, Dante no podía dejar a un lado algo tan importante por pasar un par de noches enroscado conmigo...

—Te seguiré echando de menos entonces...

Abrió la puerta y salió mirando antes a ambos lados, gesto que me extrañó pero al cual no le di mayor importancia.

—Te quiero, Carla. Quiero que lo sepas.

—No me hables así, me suena a despedida...

Y no me dijo nada más, volvió a dejarme un beso en los labios, me erizó el vello de la nuca y gemí inconscientemente.

Él volvió a su apartamento, yo cerré el mío y me fui al trabajo. Bajé del ascensor y, de nuevo, me topé con aquella chica, en aquella ocasión nuestros hombros se golpearon haciéndome daño incluso debido a la fuerza con la que nos chocamos, me giré para disculparme pero, al ver que ella no hizo lo mismo, seguí mi camino masajeándome el hombro intentando aliviar el dolor.

Me resultó difícil trabajar con la cabeza analizando los gestos y las palabras de Dante, sentía que algo no estaba como siempre pero me era imposible saber qué podía ser lo que había modificado “lo nuestro”.

—¿Todo bien, Carla?

—Sí, Merche... Es solo que Dante no pasó ayer la noche conmigo y me temo que hoy corro la misma suerte... No sé si he hecho algo que ha podido molestarle...

—Le habrá surgido algo...

—Está ensayando pero no sé, durante la noche no ensaya, podría pasarla en mi cama.

—No querrá distracciones, y tú puedes llegar a suponerle una distracción enorme.

Sonreí, Merche me dijo las palabras que yo necesitaba oír.

—¿Y tú qué, te has visto con el chico que te ayudó a cambiar la rueda? —quise desviar un poco la conversación para no seguir taladrándome la mente con cosas que no tenían ni pies ni cabeza.

—Uff... Quedamos aquella misma noche, qué locura, definitivamente la fuerza de un chaval de esa edad es la mejor, dos polvos seguidos... Hacía mucho tiempo que no me echaba dos polvos seguidos el mismo tío y sin tener que dejar horas entre polvo y polvo.

—¡Merche!

—Y ni su nombre recuerdo... Juraría que empieza por A pero no podría poner la mano en el fuego... Esta noche hemos vuelto a quedar, está pasando unos días por la zona.

—Pues disfruta mucho tú que puedes...

—Ay, Carla, mi Carla... Llevabas más de veinte años sin follar, no te ofusques por veinticuatro horas...

—¡Cuarenta y ocho! ¡Serían cuarenta y ocho!

Las dos nos reímos y agradecí aquella charla entre ambas que me ayudó a desconectar.

Aitor me dejó una nota, sujeta con un imán, en el frigorífico haciéndome saber que no vendría a casa a dormir, no entendía por qué venía a visitarme y desaparecía todas las noches, luego caí en la cuenta de que mi hermano era así y se me pasó.

Dejé el bolso sobre el sofá y me preparé la cena, era tarde y solo me apetecía darme una ducha refrescante y meterme en la cama echando nuevamente a Dante de menos, mi succionador de clítoris se frotaba las manos conocedor de lo que se le venía encima. Pensar en Dante era la chispa que mi cuerpo necesitaba para prenderse.

Me deshice de mi ropa y la dejé bien doblada sobre el lavabo, a excepción de mi tanga que lo eché en el cesto de mimbre en el que echaba la ropa sucia. Regulé la temperatura del agua y me metí dentro de la bañera debajo del chorro de agua templada. Tenía los ojos cerrados mientras me enjabonaba el pelo y no pude ver lo que estaba pasando a mi alrededor hasta que abrió la boca.

—Y no sé qué me has dado pero más de veinticuatro horas ya me parecía una locura estar sin ti...

Me sobresalté tanto que sentí que con aquel susto acababa de restarme al menos tres años de vida.

—¡Princeso, me vas a matar!

Llevaba puesta aquella bata rosa que me recordaba a lo que fuimos, me tendió la mano y, después de quitarme la espuma que tenía por todo el cuerpo, se la agarré intentando salir sexy de aquella bañera.

Me pegó a él dejando su bata completamente mojada, me besaba con una pasión desmedida, me acariciaba el cuerpo, me apretaba desesperado toda la carne que abarcaban sus manos y yo, que permanecía con mis manos en su nuca, sentía que podía correrme solo con aquellos besos y aquellas manos desesperadas sobre mi piel.

Caminamos hasta mi dormitorio sin dejar de besarnos, sin dejar las manos paradas, las mías

iban deshaciendo el nudo de aquella bata que poco antes de entrar en mi dormitorio pude quitarle dejándola tirada en el suelo. Se sentó en el filo de mi cama y le empujé para poder ponerme sobre él, mi pelo mojado estaba pegado a mi cuerpo y algunos mechones iban mojando el cuerpo de Dante con las gotas de agua que iban cayendo. Coloqué su polla con mi mano derecha sobre mi entrada y me senté sobre ella, sentí dolor pero las ganas fueron mayores, me moví sabiendo que aquel orgasmo tardaría demasiado poco tiempo en llegarme pero no estaba dispuesta a frenar aquellas ganas.

—Dante...

Grité su nombre entre los gemidos que desataron mi orgasmo.

—En el bolsillo de mi bata hay un condón.

Me hubiera encantado seguir sintiéndole así, sin meter aquel trozo de goma entre nosotros pero no quería quedarme embarazada y menos en aquel momento y de un chico del que no conocía casi nada.

Me retiró de él y caminó hasta llegar a su bata, sacó el paquetito plateado de uno de los bolsillos y vino de nuevo a la cama con una leve sonrisa en la cara que escondía más picardía de la que dejaba a la luz.

Abrió con cuidado el paquetito, sacó el preservativo y lo desenrolló sobre su polla dura. Puso una de sus rodillas entre mis piernas y se tumbó sobre mí con cuidado, sin dejarse caer del todo sobre mi cuerpo. Fue metiendo su polla dentro de mí más lento de lo que necesité pero decidí disfrutar aquella tranquilidad.

—Te quiero, fea.

Si le eché tanto de menos, si necesité tenerlo en mi cama, a mi lado o en mi vida y lo pasé mal por no haberlo podido tener durante veinticuatro horas, era el momento de aceptarlo y darle voz, porque aceptarlo y guardármelo para mí ya llevaba tiempo haciéndolo.

—Y yo te amo, princeso.

Vi cómo una lágrima corría por su mejilla, quizá necesitaba, pero no se esperaba, aquello que le dije en aquel momento y se emocionó. Le limpie con mi dedo pulgar la lágrima que estaba a punto de perderse entre sus labios y sonrió pero de nuevo sentí que no era sincera aquella curva. Sabía que quería quitarle hierro a eso que le atormentaba pero, a pesar de conocerlo tan poco, sabía que estaba muy preocupado por algo que ojalá hubiera sabido para poder ayudarle. Las penas compartidas son menos penas.

Seguimos besándonos, con sus besos sentía que con él nada podría ir mal, ojalá él hubiera pensado lo mismo y, aquello que no le dejaba ser él, se hubiese esfumado...

Seguimos haciendo el amor, a su ritmo, hasta que llegó aquel orgasmo que le hizo derramarse dentro de aquel condón que ojalá no hubiera estado entre nosotros.

Capítulo 33

El concierto en el que me destrozaron el corazón

Aún con nuestros cuerpos temblorosos y jadeantes me dejó un beso en los labios y se puso en pie.

—Tengo que irme.

—¿Ya?

Me puse detrás de él y le abracé esnifando el olor de su espalda.

—Créeme si te digo que me encantaría quedarme, pero tengo que irme.

—Me encantaría que te quedases a dormir conmigo pero está bien, no voy a insistirte más, no quiero que mañana el pianista Dante Ferrer no esté a tope por mi culpa.

—Mañana todo será diferente. Con el pase VIP podrás pasar a mi camerino, yo dejaré dicho que puedes pasar con él. Quiero contarte algo.

—¿Y tengo que esperar a mañana? La paciencia no es una de mis virtudes, Dante...

—Tengo que pensar un poco más cómo decírtelo sin asustarte demasiado.

Sonreí y como una boba pensé que me pediría matrimonio y una vida juntos en aquel concierto.

—Aitor —le dije a mi hermano que estaba viendo un programa de coches en la televisión—, tengo que salir.

—¡Estás impresionante!

Tenía la boca en forma de O, asombrado, no era para menos, cuando te deshaces del vaquero y la camiseta, y te arreglas un poco, hasta el brillo de tus ojos cambia.

Elegí un vestido con el cuello en V sin mangas, entallado por encima de la rodilla de color gris perla. Ondulé toda mi melena, puse un poco de máscara en mis pestañas y puse carmín rojo en mis voluminosos labios.

—Voy a un concierto.

—¿De rock?

—No, piano...

—*Bah*, no es mi estilo...

—Qué sabrás tú de arte musical.

Llamaron a mi puerta y nerviosa caminé a la vez que iba subiéndome la cremallera de mis zapatos de tiras negras.

—Buenas noches, Leo.

Iba guapísimo con un traje de chaqueta azul marino, una pajarita roja y una camisa blanca.

—¿Carla?

—Dejad ya de sorprenderos tanto, sí, soy yo.

Cogimos un taxi, aunque el teatro no estaba muy lejos, no quería darme una caminata subida a aquellos taconazos vertiginosos que llevaba, temía por mi integridad física.

El teatro estaba abarrotado, prácticamente todas las butacas estaban ocupadas y aún quedaban una veintena de personas fuera esperando para pasar. Cuando nos sentamos, en primera fila, la

cara de Leo era un auténtico espectáculo, no dejaba de mirar todo lo que había en aquella sala, tocaba la tela de terciopelo rojo que cubría la madera de las butacas como si fuera la primera vez que tocaba aquel tipo de tela en su vida.

—¡Qué suerte hemos tenido de que Dante nos haya invitado! Es un auténtico privilegio.

—Yo estoy intentando no mirar tanto como tú, no quiero dejarles claro a todos que es la primera vez que piso un teatro.

—Envidio ese poder de autocontrol que tienes, a mí me está costando la misma vida mantener la boca cerrada.

—¡Hola! Eres Carla, ¿verdad?

Aquella chica llevaba un ramo de flores como las que Dante ya me había regalado en dos ocasiones y fue cuando no pude seguir conteniendo lo mucho que estaba sorprendida por todo lo que estaba viviendo.

—Sí, es ella —contestó Leo por mí haciendo sonreír a la chica.

Aunque los asientos que estaban a nuestro alrededor aún no estaban ocupados, sentí cientos de ojos clavados en mí y en mi precioso ramo.

—De parte del Señor Ferrer.

—Gracias —conseguí decir.

—Qué calladito te lo tenías —me susurró Leo cuando la chica se fue—. ¡Y querías echarlo del edificio!

Me reí y negué con la cabeza mientras tocaba con delicadeza los pétalos de aquellas flores.

La luz se apagó, toda la sala se quedó en silencio y, cuando el telón se abrió y quedó aquel piano iluminado únicamente, se me erizó todo el cuerpo. Empecé a mordirme las uñas como hacía años que no lo hacía, Leo me dio un manotazo en la mano.

—Tus uñas no tienen culpa de nada —me susurró.

Sonreí y me agarré ambas manos para no volver a llevármelas a la boca. Estaba atacada, miré a ambos lados y, aunque no podía ver con claridad dentro de aquella oscuridad, vi, cuatro butacas más a mi derecha, a la chica con la que me crucé en el ascensor, la misma chica que casi me dislocó el hombro, aquel look era inconfundible. Me quedé un poco pensativa, busqué a su alrededor alguien más que me fuera conocido pero no vi a nadie.

Una música suave dio paso a Dante y al violinista que estaría aquella noche con él sobre las tablas, cuando le vi aparecer sentí un vuelco en el corazón. Pensé que Dante estaba increíble con aquella ropa deportiva con la que siempre solía verlo, pensé que estaba increíble en calzoncillos e incluso con aquella bata rosa empecé a verlo sexy no hacía mucho, pero nunca, absolutamente nunca antes lo había visto con la elegancia aquella con la que estaba sobre aquel escenario. Llevaba una chaqueta negra de cola de golondrina con todos los botones dorados abrochados, una camisa blanca y un pañuelo en el cuello, un pantalón del mismo color que la chaqueta y unos zapatos negros de cordones finos. Llevaba el pelo perfectamente recogido en un moño y la barba perfectamente perfilada y recortada. Me dedicó una mirada que me sería imposible poder describir con palabras pero sentí que, después de aquella noche, nuestra relación tomaría un nuevo rumbo y me puso nerviosa imaginarme todo lo que podríamos vivir a partir de esa noche.

Tomó asiento levantándose la cola de su chaqueta y empezó a tocar, y yo floté, clasificándome como la del B de boba por no haber valorado desde un principio el vecino tan extraordinario que el destino me envió.

En aquella hora y media que duró el concierto tuve que tragarme muchísimos nudos que la emoción formó en mi garganta, había sido impresionante.

Cuando el concierto dio fin, volvió a dedicarme aquella mirada especial y me guiñó el ojo. Empecé a temblar. Lo presentía, sabía que un cambio estaba a la vuelta de la esquina.

El telón se echó y esperé a que la gente se fuera dispersando para ponerme en pie.

—Leo, voy al camerino de Dante, quiere contarme algo.

—Yo me marchó a mi casa, es tarde y tengo que seguir estudiando...

Le dejé un beso en la mejilla, me coloqué bien el vestido y, ramo en mano, me dirigí a los camerinos. Tuve que preguntar un par de veces dónde estaba situado el camerino de Dante Ferrer mostrando a todos mi pase VIP para poder obtener alguna información.

Cuando por fin llegué, siguiendo las indicaciones que me habían ido indicando, un chico vestido de negro me paró.

—¿Quería algo?

Volví a mostrarle mi pase VIP.

—Me pidió Dante que subiese a visitarlo después del concierto.

—Está reunido en estos momentos.

El chico recibió una llamada y se apartó un poco de la puerta entreabierta del camerino e hice lo que cualquiera en mi lugar hubiera hecho. Miré por la pequeña abertura y vi a la chica rubia con pelo corto besándose con Dante. Sentí que el corazón se me partió en miles de pedazos estallándome dentro del pecho, tiré el ramo en la puerta y me fui de allí llorando como nunca antes había llorado.

—¡Chica, el ramo! —me gritó el chico de seguridad.

Ignoré sus gritos y poco me importó dejar aquel ramo completamente destrozado en la puerta del camerino de Dante. Seguí con mi camino, llorando desesperada, hasta salir de aquel teatro sin mirar atrás.

Capítulo 34

El concierto en el que la perdí

Estuve nervioso todo el día pensando cómo decirle que aún estaba casado pero que mi divorcio era un hecho porque mi relación empezó a hacer aguas cuando descubrimos que yo no podía darle hijos. Sabía que sería demasiada información de sopetón pero necesitaba soltarlo ya y después que pasase lo que tuviera que pasar.

Estaba en mi camerino vistiéndome con las manos temblorosas a pesar de llevar más de trescientos conciertos dados cuando vi pasar por la puerta a Félix. Salí corriendo, a medio vestir, y asomé la mitad de mi cuerpo por la puerta.

—¡Félix!

—Buenas noches, Dante. ¿Puedo ayudarte?

—Sí, necesito que se le entregue a una chica un ramo de flores, estará sentada en la butaca once o doce de la primera fila, viene con un amigo y no sé qué butaca elegirá.

—Por supuesto. ¿Algún tipo de flor en particular, Dante?

—Sí, *Gerberas*, por favor, de muchos colores.

—Eso está hecho.

—Gracias, Félix.

Me hubiera encantado poder ver su cara cuando se le entregase el ramo pero no era posible, no tenía tiempo material para despistarme un solo minuto.

Carla me volvía loco, pero loco de verdad, esa locura que te hace perder la noción de todo lo que te rodea. Tan loco me volvía que, la noche anterior, cuando Rebeca se metió en mi dormitorio para acostarse después de haber intentado otra conversación con el mismo final que siempre y me quedé solo en el salón, salté de nuevo por aquel balcón. Cada vez que lo hacía me cagaba de miedo, tenía por mi vida pero el objetivo era tan grande, era tan importante para mí, que todo lo demás me daba igual dejando nuevamente libre a la locura que sentía por Carla. Sabía que junto a ella podría ser feliz aunque me daba pánico contarle ese secreto mío y no, no me refería a que aún estaba casado.

Cuando me dijo te amo una lágrima se escapó de mi ojo, intenté retenerla pero me fue imposible, supe que aquel te amo fue verdadero y también supe que nunca nadie me lo había dicho con aquel brillo en los ojos. Tenía que sincerarme, y por fin había llegado el día.

Cuando salí al escenario mi mirada se clavó en ella como si de un par de imanes se tratase. Nuestros ojos se atraían tanto que eran capaces de encontrarse entre miles de ojos. Estaba impresionante a pesar de lo poco que podía ver de ella que estaba inmersa en la oscuridad del teatro, entre las otras muchas personas que habían ido a escucharme tocar, pero ella tenía un brillo especial y podía verla en la oscuridad, allí donde nadie podría verla.

Cuando el concierto dio fin, subí nervioso a los camerinos, había llegado el momento.

—Estoy esperando a una chica, trae un pase VIP, estaré cambiándome de ropa, hazla pasar —le dije al chico de seguridad que la organización había puesto en la puerta de mi camerino.

¡Ni que yo fuera un componente de *The Beatles*!

Salí del baño, ataviado con un pantalón vaquero y una camiseta negra, con una conversación

perfectamente orquestada en mi cabeza, todo planificado, nada podía salirme mal, Carla y yo empezábamos una nueva historia, desde cero pero conservando lo que habíamos sentido hasta el momento. Todo planificado, y todo se fue a la mierda cuando la vi allí, parada, cruzada de brazos y portando aquella sonrisa que rechinaba. Quise desaparecer, hubiera dado dinero por tener un gran agujero negro bajo mis pies y haber podido desaparecer justo en aquel momento. Llevaba colgando el pase VIP que Félix me dio de más y sentí una rabia enorme.

—¿Quién te ha dado permiso para coger ese pase, Rebeca?

—Estaba en casa y pensé que lo habías dejado para mí...

Caminó coqueta hasta ponerse a unos pocos centímetros de mí.

—Rebeca, quiero que esta noche te vayas de mi apartamento. Mi abogado te informará de todo.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí, también es lo que necesito. Ya hemos alargado todo esto demasiado.

—¿Y cómo podrás vivir sin mis caricias, sin mi cuerpo sobre el tuyo, sin mis manos tocándote como solo yo sé que te gusta?

Me agarró de la nuca y me pegó a ella besándome, me liberé de ella justo cuando escuché ruidos en el pasillo y la pude apartar de mí al fin al descuidarse.

—¡No vuelvas a besarme más! ¿No lo entiendes? ¡No quiero seguir contigo!

—¡Chica, el ramo! —oí fuera.

Cuando escuché aquello, el mundo se me cayó a los pies, aparté a Rebeca de mi camino y salí al pasillo. El chico de seguridad estaba recogiendo el ramo de *Gerberas* de colores que estaba completamente destrozado en el suelo. Miré a ambos lados del pasillo pero no había ni rastro de ella.

—¿Por dónde se ha ido?

—Por allí.

Salí corriendo por donde el chico me señaló, fui esquivando a las personas que estaban en los pasillos pero, aquella vez, mis ojos no pudieron encontrar a los suyos.

El corazón me estalló en mil pedazos y sentí miedo, no quería perderla por nada del mundo, no quería que todo lo bonito que habíamos conseguido hasta el momento se esfumase...

Capítulo 35

De princeso a sapo

Cogí un taxi, el pecho me dolía y respirar me costaba la propia vida. ¿Por qué me engañó? Había jugado con mis sentimientos. Yo no merecía aquello... Y de nuevo, aquella bombilla que se me encendía de vez en cuando dándome la luz que necesitaba, volvió a prenderse para poder colocar las piezas de aquel puzzle que ahora empezaban a encajar a las mil maravillas. Por eso estuvo ausente, desde que me crucé con aquella chica en el ascensor Dante había cambiado, desde que esa chica había llegado al edificio yo dejé de ocupar espacio en su cama, en su apartamento y en su vida.

Me repetía una y otra vez la misma pregunta: ¿cómo se atrevió a colarse en mi apartamento y hacer el amor conmigo con ella al otro lado? Era un verdadero cabronazo y, aunque me costaba creerlo, tenía que aceptarlo. Dante no era quien yo creía...

Había vivido una mentira, Dante era una mentira y me sentía tan idiota por haberme acostado con él que deseé con todas mis fuerzas desaparecer, ahora era yo la quería irse a una isla desierta pero yo sí que me iría sola, no con él.

Bajé del taxi y subí a mi apartamento por las escaleras. No podía parar de llorar, no podía dejar de repasar uno a uno los momentos vividos con él, qué gilipollas fui...

Nunca debí dejar de verle como el vecino del C de capullo... Ahora podía añadirle a esa C otras palabras... como cabrón, por ejemplo...

Nunca debí aceptar aquella primera cita, ni oír su piano, ni quedarme encerrada en aquel ascensor. Nunca debí acercarme a él cuando ya Merche me avisó de que todo esto pasaría pero claro, preferí pensar que Merche estaba equivocada y confiar en un tío al que no conocía de nada.

Cuando entré en mi apartamento me deshice de mis zapatos y los tiré de un par de patadas al centro del salón. Me serví un vaso de agua de la jarra fría y me senté en la encimera. No podía borrar aquellas manos de aquella chica rodeando el cuello de Dante, me dolía demasiado, yo que creí que él no significaba tanto para mí y solo necesité verlo besándose con otra para darme cuenta de que perderlo dolía demasiado.

—Hermana, ¿estás bien?

Aitor caminó hasta la cocina y me abrazó. Era imposible parar mis lágrimas. Me sentía idiota y eso sumaba dolor a lo que estaba sintiendo.

—Está con otra, Aitor...

—¿Quién?

—El chico que pensé que era el amor de mi vida...

—Pero, ¿tú tienes un amor de tu vida?

Aitor estaba muy confundido, no podía extrañarme, estaba siendo todo una locura.

—Estaba conociendo a un chico y, cuando pensé que era un príncipe, resultó ser un sapo...

—Hay muchos peces en el mar, hermana.

Aitor no me entendía, él nunca se había enamorado de nadie, para él las chicas eran como pañuelitos de usar y tirar pero yo no era así, ojalá lo hubiera sido, hubiera sufrido menos con aquella decepción.

—Papá y mamá siempre quisieron protegerme, sabían que los hombres me harían daño y quisieron evitarme todo esto...

—Papá y mamá nos adoran pero contigo no lo hicieron del todo bien. Es imposible evitar que a tu hijo o hija le rompan el corazón. Solo lo podrían haber evitado si nos hubieran metido en una burbuja en la que por un tubo nos hubieran ido metiendo oxígeno y comida, y ni por esas — continuó con su discurso—, yo seguro que me hubiera enamorado de la chica que hubiera venido a revisar el tubo... Ya sabes cómo soy —me guiñó el ojo y me sacó la lengua.

Sonreí aunque era lo último que quería hacer en aquel momento.

Me acosté después de tomarme una tila que me preparé temblorosa y con los ojos empañados. Aitor no quiso dejarme sola y se acostó conmigo, agradecí los brazos de mi hermano rodeándome como cuando éramos pequeños.

—Carla...

Pensé que estaba soñando. Aquella voz no era la de mi hermano que saltó en la cama al igual que lo hice yo.

—¿Quién coño hay aquí con nosotros? —preguntó Aitor con un tono de voz tres veces más agudo del suyo propio... Querría hacerle creer “al tipo” que no sabía dónde se había metido.

Manoteé buscando el interruptor de la lámpara que había sobre la mesita de noche. Aitor tenía su brazo cubriéndome, como si pensase que así podría protegerme de todo lo que aquel hombre que estaba con nosotros en la habitación pudiera hacerme... Ya era tarde, Aitor, aquel hombre me había destrozado sin rozarme siquiera...

—¡VETE DE MI APARTAMENTO AHORA MISMO! —le grité cuando prendí finalmente la luz y pude verle.

Miraba a Aitor desconcertado, con el ceño fruncido.

—Te conozco —le dijo a mi hermano.

—Eres el tipo al que le pedí fuego en el parque...

—¡Vete, ya! —rompí aquella conversación que me resultaba incómoda.

—Tenemos que hablar, Carla.

—¡VETE, YA!

Aitor nos miraba asustado, no entendía nada de lo que estaba pasando a su alrededor.

—Déjame explicarte...

—¿Explicarte? ¿Eres imbécil o es que estás estudiando para sacarte el título oficial de capullo del año?

—Sí, quizá tengas toda la razón y sí que esté ganándome a pulso ese título, pero no es lo que crees...

—¿Y qué se supone que creo?

—Si me dejas puedo explicarte todo, podré resolver tus dudas y te podré contar lo que quería contarte después del concierto.

—Vete, no quiero escucharte, nunca debí dejar de verte como un simple vecino más...

—Carla... —caminó hasta donde yo me encontraba y le paré poniendo el brazo estirado y la palma de mi mano hacia él.

—¿No te enteras? —dijo Aitor poniéndose a mi lado.

—Solo quiero hablar con ella.

—Te está diciendo que no quiere escucharte, te está diciendo que te pires de aquí, ¿qué no entiendes?

—¿Tú quién eres? ¿qué haces aquí? —preguntó con el ceño fruncido.

—Eso a ti ni te va, ni te viene. Vete, Dante —le dije enfadada.

—Quiero saber quién es este chico que comparte cama contigo.

—¿Te he preguntado yo quién es aquella chica que compartía saliva contigo en tu camerino? No estás para pedir explicaciones, Dante. Vete ya de mi casa.

Se quedó callado, esquivé sus ojos vidriosos porque no quería romperme, sentía la necesidad de seguir firme a pesar de que mi mundo interior se estuviese desmoronando.

Dante apartó la mirada después de no conseguir que mis ojos se reflejasen en los suyos y se encaminó hacia el balcón por donde había entrado, yo le seguí para después de que saliese poder cerrar todo quedándome a salvo de él, a salvo de un hombre que tenía el súper poder de hacerme cambiar de idea demasiado rápido y no, no era lo que quería en aquellos momentos.

—Carla —me dijo antes de salir al balcón.

—Vete. Vete de mi casa y de mi vida, cierra al salir y trágate la puta llave.

Se quedó unos segundos allí plantado, mirándome y con los ojos desbordados, ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas dentro de aquellos ojos castaños y, aunque me destrozó verlo así, seguí firme.

Capítulo 36

Volver a sentir miedo

Cuando llegué a mi apartamento volví a pedirle a Rebeca que se fuera. Fuimos todo el camino sin dirigirnos una sola palabra y me resultaba tan incómodo respirar el mismo aire que ella que no me hubiera importado ir en la baca del coche con tal de no compartir espacio y oxígeno con ella. Dicen que del amor al odio solo hay un paso y yo lo reafirmaba.

Al salir del teatro nos estaban esperando un par de medios de comunicación con la única intención que confirmar lo que ya era un hecho para mí, el distanciamiento entre Rebeca y yo. Rebeca insistió en que todo seguía igual entre nosotros a la vez que rozaba su cara en mi hombro como un gatito mimoso, yo, en cambio, no quise ni mirar a la chica que me mantenía aquel micrófono cerca de la boca y aquella cercanía con Rebeca me hacía sentir muy incómodo.

Cuando llegamos a mi apartamento entré como un toro, descolgué los cuadros que me regaló de las paredes y los dejé apoyados en la puerta. Ella solo se limitaba a observar mi actuación con aquella cara de no entender nada que me ponía negro.

—Haz tu maleta y vete.

—Nadie va a saber quererte como yo.

—Eso espero.

—Dante, no sabes lo que dices... No te reconozco...

—Es que yo ya no soy tu marido, aquel gilipollas que aguantó lo impensable por hacerte feliz ha desaparecido.

—Podríamos visitar un médico prestigioso que me han recomendado, utiliza una técnica innovadora con un 85% de éxito...

No la dejé terminar, empujé con todas mis fuerzas una de las sillas que tenía cerca haciéndola caer de forma ruidosa en el suelo. No podía creerme que Rebeca siguiese insistiéndome con aquello de ser padres, yo ya no quería tener hijos con ella aun pudiendo...

Caminé hasta mi dormitorio bufando por el pasillo, alcancé la maleta que Rebeca había traído y la puse sobre la cama bajo la mirada incrédula de ella.

—¡Estás loco, Dante! Esa tía del restaurante tiene que ser la causante de esta distancia que has decidido tomar entre nosotros —se sentó sobre la cama observándome—. Éramos tan especiales...

Me mantuve callado, ni siquiera levanté la mirada de la cremallera que iba abriendo. Saqué de mi armario la poca ropa de Rebeca que había colocado dentro de él y la metí sin ton ni son dentro de su maleta.

Estaba harto de ella, harto de la negatividad que me traía cuando estaba cerca, harto de lo poco que empatizaba conmigo aun diciendo que me amaba con locura. El amor no tiene que doler y a mí ella me destrozaba.

Cerré la maleta cuando ya metí todas las pertenencias de Rebeca dentro de ella. La bajé de la cama y la arrastré por todo el pasillo hasta llegar a la puerta de entrada de mi apartamento. Abrí la puerta y la saqué fuera junto con los cuadros. Rebeca tenía una sonrisilla absurda dibujada en sus labios, estaba seguro de que creería que aquello era una discusión más de las setecientas (mil)

que habíamos tenido pero no, aquella discusión, en la que no necesité soltar ni una sola palabra ni levantar la voz perdiendo así la razón, fue la definitiva. Aquella discusión me liberaría al fin de todo lo que me había estado dañando.

—¿Estás seguro? —me dijo antes de salir. Asentí—. Voy a destrozarte toda tu puta trayectoria profesional, no te van a volver a contratar en tu puta vida.

En otro momento de mi vida me hubiera muerto de miedo porque sabía de sobra que Rebeca era capaz de hacerlo, ya lo hizo con el futbolista con el que estuvo un par de años antes de empezar la relación conmigo, pero en aquel momento me importó ella, mi profesión y “el nosotros” una mierda como un castillo de grande.

—Vete.

Y aquella fue la última palabra que volví a dirigirle, salió y cerré fuerte la puerta. Me apoyé en ella, transfiriéndome el frío de la madera en la espalda y dejé que mis lágrimas saliesen libremente de mí. Había aguantado ocho años de un maltrato psicológico del que no fui consciente hasta hacía muy poco, ahora tenía que ser feliz y gran parte de mi felicidad se la debía a Carla, ella me hizo reír y olvidarme de toda la mierda que tenía dentro. No podía tener hijos, era una realidad, pero yo servía para muchas otras cosas, solo tenía que empezar a creérmelo.

Me di una ducha en la que me mantuve, más tiempo del que en un principio pensé estar, debajo del chorro frío de agua. Tenía que hablar con Carla, necesitaba conocer qué era lo que había visto en mi camerino y que incluso la llevó a deshacerse del ramo de flores que le hice llegar. Necesitaba hablar con ella, contarle la mierda que había vivido en aquellos últimos ocho años y ella lo entendería todo, haríamos el amor en su cama y empezaríamos un nuevo camino juntos.

No podía esperar al día siguiente para hablar con ella y volví a saltar de mi balcón al suyo tras percatarme de que tenía la hoja de cristal abierta. Entré sigiloso, sin hacer ruido y temiendo a su reacción.

No quería asustarla así que la desperté llamándola por su nombre prácticamente susurrándolo. Cuando encendió la luz y la vi acompañada de aquel chico que me resultó conocido, se me hizo un nudo en la garganta, sentí celos y pude ponerme en su lugar al sentir lo que ella sintió si llegó a verme en el camerino con Rebeca. ¿Cómo no caí en la cuenta, cuando me pidió fuego en el parque, de que aquel chico era un clon de Carla? Tenía que ser su hermano aunque no quiso decirme quién era.

No quiso hablar conmigo, estaba demasiado dolida y enfadada y ni tan siquiera me dio oportunidad de explicarme, sentí dolor, pero dolor real, una opresión en el pecho que me dificultaba incluso la respiración. A lo largo de mi vida había pasado por momentos malos pero nunca sentí tanto miedo como cuando me obligó a irme de su apartamento, y de su vida, dato importantísimo porque fue el momento justo en el que el corazón se me hizo trizas.

Volví a mi apartamento cagado de miedo, perderla sí que me cagaba de miedo y no las malditas amenazas de Rebeca. ¿Qué importaba perder una reputación comparado con perderla a ella? Carla había pasado a ser la actriz principal de mi cuento donde yo solo era un jodido príncese que, con cada paso que daba, se iba alejando más y más ella...

Capítulo 37

Como si nunca hubiésemos sido algo más...

Amanecí con un dolor bestial de cabeza.

Después de que Dante saliese de mi apartamento por el balcón y enfadada cerrase tras de él ambas puertas de cristal para que no volviera a entrar por allí, volví a la cama. Aitor evitaba tocar el tema pero sabía que, aquello que se había vivido minutos antes entre aquellas paredes, podría ocasionarle incertidumbre a cualquier persona. A pesar de no apetecerme en absoluto tocar el tema y volver a revivir lo vivido haciéndome daño nuevamente, decidí contarle, sin entrar en muchos detalles, lo que había pasado con Dante y cómo pasamos de ser unos vecinos que se odiaban a ser unos vecinos que se enamoraron para volver a convertirnos, en apenas unos segundos, a vecinos como si nunca hubieran tenido algo más. Y no, no era fácil, y, aunque le había odiado con todas mis fuerzas semanas atrás, nos quisimos con las mismas fuerzas y las mismas ganas, y aquello dolía como creímos que sería imposible que doliese.

Me quedé dormida llorando, repasando las palabras bonitas que habían salido de su boca, aquellas teclas interpretando mi canción favorita y los momentos en los que, a su lado, el tiempo voló. Me dolía recordar cómo sus labios dejaron escapar aquellos te quiero que mis oídos captaron clasificándolos como lo más bonito que habían oído jamás y que me negaba a creer que habían sido falsos aun habiendo visto lo que había visto en su camerino...

—¿Estás mejor? —me preguntó Aitor mientras untaba mantequilla en su tostada.

—Sí, tampoco es para tanto, más se perdió en la guerra...

Dije aquello como si me estuviera intentado autoconvencer de que a Dante no iba a resultarme tan complicado irlo sacando de mí, dije aquello a sabiendas de que no me lo creía ni yo...

—¿Sabes cuál es la gran putada de todo esto? Que vive al otro lado de esa pared... —señaló con el mentón aquella pared que nos separaba a Dante y a mí.

—No me gustaría tener que hacerlo pero si tengo que cambiar de casa, lo haré... He vivido aquí de maravilla durante cinco años, si Dante empieza a quebrantarme nuevamente la calma, a invadir mi espacio o a no dejar que las heridas cierren, no dudaré en irme.

—Sería una lástima...

Y tenía razón, yo estaba tan acostumbrada a aquel apartamento tranquilo y luminoso que no me imaginaba viviendo en otro sitio pero tampoco estaba dispuesta a destruirme viendo a Dante y a su mujer compartiendo espacios comunes conmigo o escuchándolos follar desde mi propio apartamento, aquello sí que no podría aislarlo con mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza...

Aitor se marchó, había quedado con esa chica con la que últimamente se estaba viendo más de lo que acostumbraba a verse con aquellas chicas que pasaban por su vida donde, como mucho, tenía dos encuentros. Posiblemente le había pasado eso que nos pasa a casi todos tarde o temprano, nos llega esa persona que nos pone la vida patas arriba, que nos cambia el chip y que nos hace cambiar el orden de nuestras prioridades, quizá llega en ese momento en el que por tu

mente no había pasado ni tan siquiera la idea de enamorarte pero llega y te pilla en bragas (a veces literalmente) y ya es prácticamente imposible retroceder porque el *mamonazo* ese llamado destino ya lo ha dejado todo trazado con tinta prácticamente imborrable...

Los domingos siempre los aprovechaba para adelantar trabajo del proyecto pero desde que Dante llegó a mi vida, aquel proyecto quedó prácticamente abandonado sobre mi escritorio. Me imaginaba desempolvándolo soplando sobre él y quitándole las telarañas como pasa con las películas cuando encuentran un libro abandonado y que en la mayoría de los casos no deberían haberlo descubierto porque, después de desempolvarlo, empiezan a suceder una serie de catástrofes que te sale carísima la visita a la biblioteca, bueno, a lo que iba, que me voy por las ramas y pierdo el hilo de lo que quería contar, mi proyecto no era ningún foco de catástrofes a no ser que lo siguiere dejando cogiendo polvo sobre mi escritorio y no fuese adelantando tarea...

Entré en aquella habitación cuya función era única y exclusivamente convertirme en una excelente arquitecta, cerré la puerta resguardándome así de cualquier ruido externo que pudiera distraerme y me centré en lo único que debía. No me apetecía ponerme con el proyecto ya que mi cabeza no estaba sobre mis hombros, bueno, físicamente sí que estaba pero mi mente me había abandonado y estaba con Dante y en todo lo vivido. Empecé a reproducir una lista de reproducción que preparé, cuando empecé con aquel trabajo para motivarme con canciones de esas que suenan al entrar en *Stradivarius* o *Bershka*, no sé en qué momento creí que aquella música era una buena idea para ayudarme a la concentración... Para concentrarme no sé si valdría pero motivaba, me motivaba a tope y era justo lo que necesitaba en aquel momento... Prendí una vela de canela para hacerme sentir más relajada (aunque aquella paz nada tuviese en común con la música que se reproducía en mis oídos) con aquel olor que tanto me gustaba.

Me senté en mi silla de escritorio giratoria dispuesta a desconectar mi mente de lo que me dolía y hacer algo productivo por mi futuro. Ordené los folios que tenía frente a mí, estaban repletos de tachones, flechas y rayas fosforitas que marcaban cosas importantes, no sabía por dónde empezar...

Encendí mi ordenador portátil y abrí la carpeta del proyecto, leí lo último que había escrito para saber cómo continuar con aquello y, por suerte, se me iluminó la bombilla esa que solía iluminármeme en momentos clave.

Miré la hora en la esquinita de la pantalla de mi ordenador, había estado casi dos horas inmersa en aquel trabajo y había conseguido desconectar de Dante y lo acontecido en las últimas cuarenta y ocho horas.

Apagué la lista de reproducción de canciones infernales, pero energéticas, y me quité los auriculares de los oídos. Me dolía solo el roce en las orejas por haber tenido durante tanto tiempo aquellos cacharros del demonio dentro de ellas y me dolía la cabeza de haber tenido aquella música a todo volumen sin cesar poniéndome el cerebro patas arriba.

Aunque aún retumbaban aquellas canciones en mi cerebro, pude oír, después de salir de aquella habitación, la melodía proveniente del piano de Dante. Era una melodía triste, no la había oído nunca antes. Me senté en el suelo del salón apoyando la espalda en la pared que ambos compartíamos y los ojos se me inundaron después de alojármeme aquel nudo en la garganta.

Habíamos vivido demasiadas cosas en un periodo muy corto de tiempo, tenía tantos sentimientos contradictorios que sentía que me ahogaba en un mar de lava intentando ponerme a salvo buscando desesperada algo donde agarrarme, aunque estuviera ardiendo, aferrarme a algo

que me diese alguna esperanza aunque fuese diminuto y complicado de agarrar. Repasaba desde aquel rincón de mi salón aquellos momentos a su lado en los que pensé que le odiaba, aquella primera vez que nos vimos en el que su cuerpo lo cubría una bata de raso rosa y en el que con gusto le hubiera matado y que ahora, viéndolo desde fuera como algo pasado, me hacía dibujar una sonrisa en mis labios de forma prácticamente automática, repasaba aquel primer encuentro íntimo que habíamos tenido que para mí también fue el primero de mi vida y el que para él pareció serlo también por la forma en la que su cuerpo vibró sobre el mío. Todo lo que se me venía a la mente era bonito hasta llegar al presente que me destrozaba al recordar aquellas manos de aquella mujer rodeando el cuello de Dante y se me retorcían las tripas al saber que tuvo los santos cojones de saltar de su balcón al mío para hacer el amor (aunque ya no me nacía llamarlo así) conmigo estando ella al otro lado. Sentía una punzada en el pecho cuando de nuevo recordaba cómo vino a excusarse y a darme explicaciones (cosa que no pedí porque yo sabía bien qué había visto) cuando ella seguiría en su apartamento, acostada sobre la cama de Dante, la misma cama en la que creí yo, cuando estuve compartiéndola con él, que era la única en su vida. Sentí tantísima rabia cuando aquellos pensamientos volvieron a mí que de buena gana me hubiera presentado en el apartamento de mi vecino del C de capullo, de cabronazo, de *cimbécil*, de *cijo de puta*, y un largo etcétera, y contarle todo lo que habíamos tenido a aquella chica con la que estaba casado...

Aunque doliese, era el momento de aceptar y empezar a verle como si nunca hubiésemos sido algo más...

Capítulo 38

Desaparecer de su lado

Me metí en ese único lugar de mi apartamento donde mejor conseguía sentirme a pesar de sentir una pena tan grande que me ahogaba. Aún no podía creerme cómo reaccionó Carla, me era difícil entender que no me hubiera dado ni tan siquiera la oportunidad de explicarme, me dolía saber que entre nosotros ya parecía estar todo perdido.

Me senté en la banqueta y destapé las teclas de mi piano levantando la tapa que las cubría, respiré hondo, puse mis manos temblorosas sobre ellas y empecé a interpretar la única melodía que se me venía a la mente. Aquella melodía triste solo la había interpretado tres veces en toda mi vida: el día en el que perdí a mi padre por un maldito cáncer de pulmón súper agresivo, el día que el médico me confirmó que no podría tener hijos y en aquel momento en el que la pena me oprimía el pecho porque sentía que había perdido a la mujer de mi vida.

Con Carla no lo hice bien, lo reconozco, pero me ilusioné tanto con ella, con su forma de tratarme, con su inocencia y sus formas alocadas de hacerme reír, que tenía pánico de contarle que estaba casado y perderla. Pero suele pasar, las mentiras pueden llevarte a muchos lados pero no podrás regresar de ellos.

No podía dejar pasar más días sin hablar con ella, necesitaba contarle todo eso que me había hecho viajar desde Valencia hasta Córdoba, necesitaba hacerle saber que no quise mentirle, necesitaba una segunda oportunidad para enmendar aquella grieta que se había abierto entre nosotros por culpa de aquella mentira que yo no la consideraba como tal porque mi matrimonio, y mi relación con Rebeca, era inexistente.

Terminé de darme una ducha repasando, mientras estaba bajo el chorro de agua, cómo y qué cosas tenía que contarle a Carla, no quería que se me quedase ningún fleco suelto, Carla tenía que conocer de una vez por todas todo aquello que yo llevaba dentro. Me puse un pantalón vaquero que me cubría hasta las rodillas, una camiseta con las sisas grandes y unas zapatillas deportivas blancas que, aunque a mucha gente le parecía una cerdada, a mí me encantaba usarlas sin calcetines. Recogí mi melena húmeda en un moño descuidado y me peiné con esmero la barba frente al espejo de mi cuarto de baño.

Llamé un par de veces con los nudillos en la puerta de Carla, me temblaba el cuerpo entero, estaba muy nervioso pero el miedo era aún mayor. Tenía pánico de oír de su boca un “*no quiero volver a verte más*” definitivo y que aquello que habíamos vivido en apenas un mes, quedase en agua de borrajas. No fue mucho el tiempo que habíamos pasado juntos pero fue el suficiente para hacerme olvidar todo lo que me había hecho daño en mi pasado, volver a ser Dante, el chico normal que adoraba pasear tranquilo por la calle, el que cocinar se le daba como el culo y el que era feliz ataviándose con una bata rosa de raso y no el pianista conocido, casado, perseguido por una prensa que no le representaba y amargado por todo lo que le rodeaba. Había conseguido demasiado fácil y rápido que me quedase completamente hechizado con aquellos ojos verdes y, aunque aquello me aterrorizó al principio, no me arrepentía de que hubiera pasado porque junto a ella fui feliz.

No obtuve respuesta pero yo sabía que estaba dentro. Carla era una chica muy hogareña, solo

salía de su apartamento para ir a trabajar o para desconectar paseando por el parque que veíamos desde nuestros balcones. Volví a llamar y la escuché al otro lado de la puerta.

—Vete —me dijo.

—Necesito hablar contigo, Carla.

—¿Has aprovechado que tu mujer ha salido a comprar el pan? —puse los ojos en blanco.

—Carla... Tienes que escucharme.

—Por desgracia mía ya te escucho, más de lo que debería hacerlo. ¿Podrías parar de molestarme? ¿qué te hace creer que necesito algún tipo de explicación por tu parte?

—Lo que hemos sido.

—¿Y qué hemos sido, Dante? Una farsa... eso hemos sido...

Me dolió oír aquello, me negaba a quedarme así, necesitaba mirarle a los ojos y que ellos me dijeran lo mismo que su boca para poder así creérmelo.

Entré en mi apartamento y salté de mi balcón al suyo como tantas otras veces lo había hecho. Entré y me la encontré sentada en el suelo, apoyada contra la puerta y con la cabeza hundida entre sus rodillas.

—Carla —dio un respingo levantando su cabeza de entre sus rodillas.

No se había percatado de mi presencia, la verdad que me había vuelto un tipo sigiloso y adentrarme sin hacer ruido en el apartamento de mi vecina estaba empezando a convertirse en un don.

—¿Cómo te atreves? —se levantó con la fuerza de un ciclón caminando hacia mí con rabia.

—Necesito aclararte que Rebeca ya...

—¡Vete! —no me dejó terminar la frase—. ¿Cómo tienes los huevos de entrar en mi apartamento? Esto que te has atrevido a hacer es un delito, voy a llamar ahora mismo a la policía.

Buscó desesperada su teléfono móvil entre los cojines del sofá.

—¡Carla! —la agarré de la cintura dejándola a centímetros de mí—. Deja ya el teatro, seamos adultos.

—¿De qué vas, Dante? —se separó de mí empujándome del pecho.

Fue una pregunta tan simple, formada por apenas cuatro palabras que cualquier otra persona no le habría dado importancia mayor a la que tenía pero yo vi en ella un antes y un después claro en nuestra historia juntos. Había dejado de ser *el prínceso* para pasar a ser Dante a secas y sentí un pinchazo tan fuerte en el pecho que no conseguí articular palabra alguna.

—¡Quiero que te vayas de mi apartamento y que desaparezcas de mi vida! Has jugado conmigo tan suciamente... Separado decías que estabas... ¡ja! Por eso se te cambió la puta cara cuando la periodista aquella te nombró a Rebeca, sentiste que los pilares de tu mentira empezaban a tambalearse pudiéndote dejar así al descubierto. Por eso esa prisa obligándome a entrar dentro de la tienda, que me estabas cuidando de la prensa decías... ¡Patético todo! Si es que soy tan gilipollas que hasta me creí la típica mentira que soltáis todos los tíos casados cuando queréis follar con otra que no es vuestra mujer. Es todo tan típico, tan previsible, y lo tuve tan cerca de mis narices que me siento imbécil por haberme dejado embaucar de esta forma.

—Todo lo que hice, todo lo que te dije y todo lo que juntos vivimos fue real. Te quiero, Carla.

—¡Cállate!

Me hubiera lanzado a su boca, hubiera sellado aquellos labios que no me resultaban del todo sinceros con un beso que nos hubiera hecho deshacernos posteriormente de la ropa y haber hecho el amor mientras le pedía una segunda oportunidad y una vida juntos, pero me quedé allí, parado, mirando aquellos ojos esquivos y llenos de lágrimas como los míos.

Me giré y me encaminé de nuevo al balcón para volver al mío.

—¿Tú me quieres, Carla? —le pregunté sin voltearme y no volver a mirar así aquellos ojos verdes tristes, intentando aferrarme a alguna posibilidad.

—No.

La barbilla me temblaba tanto que los dientes me castañeaban incluso. Salí de aquel apartamento más vacío que nunca.

Había llegado el momento de marcharme de allí y desaparecer de su lado.

Capítulo 39

Una confesión en el balcón y una junta de despedida

Y le respondí con un no a su pregunta...

Me dolió demasiado verle salir de mi apartamento sin mirar atrás. Me parecía todo tan irreal que me pellizqué incluso para comprobar que no estaba soñando. Una parte de mí deseaba escuchar qué quería contarme, otra parte de mí me preguntaba si era gilipollas o ciega para poner en duda lo que había visto con mis propios ojos.

No cerré los cristales del balcón, no hacía falta, sabía perfectamente que Dante no regresaría.

Cuando Aitor, aquel lunes por la mañana, se fue, sentí que me quedaba más sola que las anteriores veces que había pasado un par de días en mi apartamento y después se iba hasta al año siguiente por las mismas fechas que era cuando de nuevo recordaba que tenía una hermana en Córdoba. No se lo tenía en cuenta, Aitor era una hoja movida por el viento, se movía por las sensaciones que le despertaba cada lugar en el que se instalaba (nunca por más de dos meses) y volaba cuando necesitaba cambiar de aires o ya había conocido todo y cuanto quería de aquel lugar. A él nunca nadie ni nada consiguió aferrarle a un lugar concreto, nunca supo ver la belleza especial de ese lugar que te atrapa y sabes que de ahí no deberías moverte, no tenía nada que ver conmigo, yo no había viajado nunca, en mi apartamento con vistas a aquel parque natural tenía mi espacio, mi mundo y mi paz absoluta, hasta que llegó él, y no, no me refiero a Aitor que pasaba por mi apartamento de puntillas y muy de vez en cuando, me refería a Dante y a su forma de irrumpir en aquel antiguo y tranquilo bloque de pequeños y luminosos apartamentos. Y en mi vida.

Me puse unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta negra con un corazón rojo en el centro y, como por la calle no puedo ir descalza, me puse unas sandalias de muchísimas tiras finas negras. Recogí mi generosa y ondulada melena negra en una coleta alta y me puse unos aretes dorados que me trajo Merche de un viaje a Marruecos que hizo. Cogí mi mochila y salí de casa.

Subí al ascensor y, justo antes de cerrarse, un pie con unas zapatillas deportivas blancas y sin calcetines (una cerdada absoluta) evitó que ambas puertas se cerrasen. Sabía perfectamente a quién correspondía aquel pie y empecé a temblar deseando que se abriera una compuerta secreta a mi espalda y huir de allí como si nada.

—Buenas tardes —me dijo al subir.

—Hola.

Iba cargado con una enorme caja de cartón que le cubría desde la cintura al cuello, llevaba la mandíbula sobre ella evitando que la caja se moviese. Debía pesar porque los músculos de sus brazos estaban forzados.

El aire que ambos respirábamos, en aquel espacio tan reducido, se podía cortar con un cuchillo, demasiada tensión entre los dos, dolía muchísimo tenerlo tan cerca y no poder verlo y sentirlo como antes.

Yo evitaba en todo momento mirarle a los ojos, en cambio él me buscaba insistentemente la mirada. Me sentía incómoda y aquel trayecto en ascensor se me hizo eterno. Cuando por fin las

puertas se abrieron sentí un alivio tremendo, salió y dejó su pierna apoyada en el sensor para evitar que las puertas se cerrasen, salí.

—Gracias.

—De nada, Carla —me respondió con un tono triste de voz.

Caminé hasta la puerta principal del edificio que estaba abierta con una gran caja para evitar que se cerrase sola y sentí que mi mundo se me rompía en pedazos cuando vi aquel camión de mudanzas frente al portal. Miré atrás y por suerte no me vio, estaba dejando sobre el suelo la gran caja que había llevado en brazos en el ascensor y sentí ganas de hablar con él, paré unos pasos más adelante y volví a girarme pero ya no estaba...

Seguí mi camino hasta la tienda llorando como una niña pequeña que pierde algo que había estado adorando mucho tiempo.

—Carla, ¿qué te pasa?

—Se va, Merche. Dante se va...

Rodeó el mostrador y me abrazó fuerte al llegar a mí. Sacó del bolsillo trasero de su pantalón vaquero un paquetito de pañuelitos de papel desechables, sacó uno que sacudió para desdoblarlo y me limpió las lágrimas y después me sonó la nariz como una madre que consuela a su hijo después de haberse caído en la calle raspándose las rodillas.

—Ya está, volverá. Te lo digo yo.

—No, no va a volver. Y creo que será lo mejor.

—¿Cuándo me he equivocado yo, Carla?

—¿Has vuelto a leerme el futuro sin mi permiso?

—No, esta vez no me hizo falta, solo me bastó con verle cómo te miraba. Los ojos son el espejo del alma.

—Pues sus ojos son una mentira, como él.

—Ahora duele, mucho, te es inevitable no pensar en eso que os ha hecho distanciaros pero Dante te quiere, y te quiere de verdad. Va a volver, de eso no tengas la menor duda.

Y, aunque deseaba con todas mis fuerzas que Merche llevase la razón y que Dante volviera, una parte de mí quería y necesitaba perderlo de vista, no merecía aquel engaño.

Cuando llegué a mi bloque, el camión de mudanzas ya no estaba, no era hora para estar haciendo ruido mudando cosas (aunque a Dante los horarios nunca le habían importado realmente). Abrí el buzón y vi una circular con la hora de una nueva junta de vecinos que tendría lugar al día siguiente y me extrañó.

Subí a mi apartamento, miré, antes de entrar, a la puerta del vecino del C de capullo y recordé aquella primera vez que aporreé aquella puerta. Puse todo el corazón en aquello que habíamos empezado a crear y al final todo salió mal, todo se esfumó como se esfuma el humo de un cigarrillo, como se esfuma la espuma que una ola deja en la orilla de la playa... Dolía, dolía demasiado...

Entré a mi apartamento acompañada nuevamente de ese maldito nudo que parecía formar parte de mi garganta desde hacía ya demasiado tiempo, me di una ducha rápida colocándome después una camiseta ancha que me cubría el culo y me preparé un sándwich de pavo. Me senté en el suelo del salón con las piernas por fuera, en el balcón. Hacía demasiada calor fuera pero no mucha más que dentro de mi apartamento y me gustaba comer allí, viendo la gente ir y venir o apreciando la paz de aquel parque maravilloso que me ofrecían mis vistas.

Cuando llevaría unos diez minutos allí sentada oí carraspear a Dante en el balcón de al lado.

Quise meterme de nuevo para adentro, aunque sabía que era absurdo creer que para Dante, la presencia de mis piernas, había podido pasar desapercibida.

—Estarán fundidas —dijo intentando llamar mi atención, ignoré sus palabras y continuó—, no cumplen deseos... Y, en caso de llegar a cumplirlos, tienen una fecha de caducidad demasiado corta... ¿un mes? Ni un yogurt caduca tan rápido... Qué desilusión, quizá puse en ellas demasiada responsabilidad y se me olvidó poner de mi parte...

Seguí callada, oculta tras el muro que separaba nuestros apartamentos, siendo consciente de que el nudo de mi garganta que se formaba con solo la presencia de Dante, se iba haciendo más y más grande dificultándome incluso, tragar mi propia saliva.

—¿Sabes? —continuó, esta vez dirigiéndose a mí a pesar de no estar viéndome—. Cuando llegué aquí jamás pensé que conocería a alguien tan especial que, a pesar de dejarme bien clarito que me odiaba, me hiciese poner en riesgo mi vida, ¡con el vértigo que he tenido siempre y olvidé el miedo por ella cuando la loca olvidó las llaves de su apartamento por dentro! —sonreí aunque no estaba en mis planes hacerlo—. A pesar de aquel miedo no dudé en saltar de mi balcón al suyo cada vez que el cuerpo me pedía que tenía que volver a verla. Aunque hablando de miedos, no hay mayor miedo que saber que puedes perder a alguien que te importa. ¿Sabes qué se siente cuando tu mundo se derrumba? Seguro que sí, yo tengo culpa de ello y me duele el alma. Yo siento que mi mundo se ha derrumbado justo en el momento en el que empezaba a volver a levantar cimientos entre los escombros. Cuando llegué a este edificio, huyendo de una vida complicada que me tenía sumido en una tristeza que estaba acabando conmigo y una humillación constante que no me dejaba avanzar en ningún terreno porque sentía que no servía para nada, me encontré con unos ojos verdes que supe que serían capaces de hacerme olvidar cualquier cosa, olvidé tanto mientras andaba perdido en ellos que, al final, me enamoré y olvidé que aún seguía estando casado, aunque era cuestión de días que aquel matrimonio siguiese siendo válido. Me equivoqué, debí decirle la verdad, debí decirte la verdad, tenía miedo de perderte e igualmente te perdí...

Se quedó callado y las lágrimas mojaban mi cara, la mitad de mi sándwich seguía sobre el plato que tenía sobre mis piernas y necesita dejar de oírle porque cada palabra que salía de su boca era un puñal que se me iba clavando sin compasión en el pecho.

—Carla, posiblemente no volvamos a vernos pero necesito que sepas que te quiero. Te quiero de verdad porque me has devuelto la vida justo en ese momento en el que peleaba conmigo mismo por seguir luchando o tirar de una vez la toalla.

Metí mis piernas dentro y cerré la cristalera y la persiana. Apoyé la espalda sobre aquellos cristales fríos y seguí llorando hasta que la rabia volvió a adueñarse de mí y volví a maldecirle por mentiroso.

Me puse un vestido largo de flores de tela fina que me ayudaba a mantenerme fresquita dentro de la calor insoportable que estaba haciendo, me abroché las sandalias blancas y me peiné el pelo recogéndolo en una coleta alta.

Bajé las escaleras nerviosa hasta llegar al apartamento de Leo. No quería encontrarme a Dante porque necesitaba mostrarme fuerte delante de todos mis vecinos y Dante era mi punto débil.

Dante estaba ya sentado junto a un par de vecinos, evité mirarle aunque de nuevo sentí que los ojos de Dante me examinaban detenidamente, saludé a todos con un “*buenos días*” generalizado y sin mirar a nadie en concreto.

—Buenos días a todos —dijo Leo cuando ya estábamos todos los vecinos sentados—. A petición de nuestro vecino Dante, hoy realizaremos esta junta de despedida, por motivos de

trabajo debe abandonar nuestro edificio dejándolo un poco más vacío, y más silencioso —todos clavaron sus miradas en mí, todos a excepción del propio Dante.

Un *oh* largo de tristeza llenó aquella habitación en la que nos encontrábamos, yo no dije palabra alguna, ni dejé escapar ni una sola lágrima de esas que querían huir de mis ojos, me mantuve como un témpano deseando que aquella “junta de despedida” llegase a su fin.

Capítulo 40

El silencio está sobrevalorado

Cuando todos aprovecharon, al dar término la junta de vecinos, para poder despedirse uno a uno de Dante, yo me marché de allí, sin hacer ruido, a espaldas de todos, sin que nadie pudiera ver cómo se me inundaban los ojos y se me ahogaba el pecho por aquella partida que me sumaba dolor a lo que estaba viviendo.

Una vez en mi apartamento, me quedé dormida sobre mi cama, de la que no hubiera salido en todo el día. A pesar de haberme levantado hacía solo unas horas, estaba cansada de tanto llanto desconsolado. Aquello que estaba viviendo tenía que ser aquel agujero negro que Merche me predijo, se había ido cumpliendo uno a uno los datos que dio y me maldije por no habérselo puesto un poco más complicado al destino, no fue suficiente resguardarme en mi apartamento o taparme los ojos cuando Dante estaba dentro de mi campo visual, debí poner tierra de por medio cuando no hubiera dolido tanto como ahora dolía.

Cuando me desperté y vi que era casi la hora de irme a trabajar, y que no había ni almorzado ni merendado, pegué un salto de la cama que conseguí ponerme en pie, acicalarme un poco aquella cara penosa y cortarme un trozo de la tortilla de patatas que quedó de la noche anterior en el mismo salto. Lo hice todo en tiempo récord. Saqué los auriculares enredados del bolsillo de la mochila de cuero negra que siempre solía llevarme al trabajo, los fui desenredando mientras bajaba por las escaleras a velocidad supersónica y, antes de salir del bloque, me los puse. Empecé a reproducir mi lista de reproducción de canciones de desamor (sí, soy de las que cuando está triste escucha música que la deprime aún más, no sé por qué lo hago, pero lo hago). Iba caminando con esa pena que aquellas canciones sumaban a mi desastrosa historia cuando un micrófono, cubierto por una esponja azul, me golpeó la boca (literalmente).

—¡Ay! —me quité uno de los auriculares y le eché una mirada furiosa a la chica que portaba aquel micrófono—. ¡Ve con más cuidado!

—Carla, ¿es cierto que Dante ha estado viviendo en un apartamento colindante al tuyo y habéis tenido una relación a espaldas de su esposa?

Me quedé muda, abrí los ojos incrédula después de que la chica terminase de formularme aquella pregunta eterna.

—¿Es cierto que habéis dejado la relación después de conocer que estaba casado? ¿Supiste de la existencia de Rebeca en algún momento? ¿Sabes si los rumores de una posible separación entre Dante y su esposa son reales? ¿Cuándo empezó vuestra relación? ¿Habéis tenido relaciones sexuales?

Hasta aquella última pregunta me mantuve callada, mirando los dedos de mis pies que asomaban por las punteras abiertas de mis sandalias y caminando para llegar cuanto antes a la tienda, pero cuando oí aquello, casi me sale humo de las orejas.

—¿Eres así por naturaleza o te caíste de la cama de pequeña y te jodiste la conexión entre neuronas?

La chica me miró un poco sorprendida con mi pregunta porque, después de haberme estado

lanzando aquella ristra de preguntas que no obtuvieron respuestas, no se esperó mi contestación pero es que, con aquella última pregunta, me tocó lo que viene siendo todo el coño, hablando (en este caso escribiendo) mal y pronto.

—Carla...

La interrumpí, no quería volver a escuchar otra pregunta insolente cargada de maldad.

—¡Déjame en paz, maldita incordiosa!

Y de un manotazo retiré aquel micrófono del demonio de mi boca sacando esa parte de mí poderosa y con carácter que solo sacaba a la luz en momentos puntuales.

Entré en la tienda enfadada con todo aquello que me estaba pasando últimamente y que me tenía desubicada.

—¿Te está persiguiendo la prensa? —me preguntó Merche al ver a aquella reportera y a su cámara detrás de los cristales.

—Pellízcame porque debo de estar soñando... Esto es de locos... ¡Me ha preguntado que si he tenido relaciones sexuales con Dante!

Merche abrió los ojos como platos incrédula. La entendía perfectamente, yo, que siempre odié ser el centro de atención había pasado a convertirme, sin buscarlo, en un centro de atención enorme, un ojo de huracán activo.

Poco antes de cerrar la tienda, los reporteros, desaparecieron por fin de la puerta donde habían estado durante más de cuatro horas a pesar de hacer un calor insoportable. Le pedí a Merche que les sacase un par de botellitas de agua porque yo me negaba a volver a mirar a la cara a aquella chica pero no quería que murieran de una hipotermia, dejé salir a esa chica maravillosa que también vive en mí.

Caminé un poco cabizbaja hasta llegar a mi apartamento, yo que siempre adoré el silencio y la tranquilidad, sabía que echaría de menos todo el caos que Dante me había aportado.

Me deshice de la ropa, me di un baño largo que necesitaba para deshacerme así de la carga que había vivido durante aquel día, me senté en el suelo, con la espalda apoyada sobre la pared que ambos compartíamos y me dispuse a tomarme un bol de frutas variadas de verano. No había ningún tipo de ruido al otro lado y sentí que había estado sobrevalorando todo este tiempo atrás el silencio. Ahora que no lo había estado buscando y que se me impuso prácticamente sin previo aviso y de un día para otro, no lo quería, ni lo necesitaba. Me sentía muy sola, vacía.

Dejé el bol vacío en el suelo, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Sentí un pellizco inmenso en el pecho cuando mi melodía preferida rompió aquel silencio haciéndome emocionarme nuevamente y volver a derramar lágrimas. Aún estaba ahí, aún no se había ido, hubiera sido buena idea ir a su apartamento y hablar de nosotros al fin antes de marcharse pero no, nuevamente no moví un solo músculo de mi cuerpo aun sabiendo que, cuando Dante tocaba aquella melodía, era porque me tenía en la mente.

Capítulo 41

Adiós, Carla...

¡Hola, Valeria!

Cuando llegó el momento de marcharme de allí sentí que había sido demasiado corto el tiempo que la vida me había permitido volver a ser feliz pero, en aquel edificio a las afueras, silencioso y luminoso, conseguí quererme como hacía tiempo que no me quería.

—¿Algo más que bajar, Dante? —me preguntó el chico encargado de conducir el camión de mudanzas que aquel día daría su último porte.

—Nada más. Ve bajando tú, ahora lo haré yo.

El chico asintió, debió notar la emoción de mis ojos vidriosos y es que, tener que irme de allí como lo estaba haciendo, me dolía demasiado.

Cogí un trozo de papel de una propaganda que me habían dejado en el buzón hacía un par de días y un bolígrafo que llevaba en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero corto y desgastado y que había estado usándolo para escribir qué contenía cada caja que iba cerrando. Nervioso escribí una escueta, pero súper necesaria, nota para Carla:

*Fue demasiado corto para lo mucho que tuve que esperar para encontrarte. Gracias por todo lo que me has dado aunque ni siquiera fueras consciente.
Podría amarte por mil años más, fea.*

Dante

La doblé en dos partes y la metí por debajo de su puerta, subí en aquel ascensor en el que me di cuenta que me había enamorado de aquella vecina que dijo odiarme y que necesitaba una lista de reproducción para casi todo, me metí en aquel camión que llevaba a bordo todas mis pertenencias y me marché de allí incrédulo a pesar de estar viviéndolo.

Adiós, Carla.

Cuando llegué a aquel diminuto apartamento, apenas separado unos kilómetros del anterior, sentí que no encajaba nada más que puse un pie sobre aquel suelo de madera que cubría todo el suelo de mi nuevo apartamento. Las cajas apiladas en la entrada, ocupando gran parte de aquel pasillo que conducía al interior, me producían ansiedad. No tenía ganas de abrirlas e ir colocando, sobre aquellos muebles que el propietario había dejado allí, mis pertenencias. Tenía la sensación de que, si no desempaquetaba por completo mis pertenencias, aún no me habría ido de al lado de Carla por completo...

Era la segunda mudanza que hacía en poco más de un mes y estaba aburrido de aquello. Era volver a lo mismo pero con una diferencia abismal, mi vecina ya no estaba y sus quejas no me amenizaban el trago de llegar de nuevas a un lugar completamente desconocido...

Mi piano aún seguía en el anterior apartamento ya que había firmado por un año aquel alquiler y también porque una parte de mí confiaba en que podría regresar una vez que las aguas se

calmasen, era como si no quisiera aceptar que a Carla no volvería a verla, me negaba...

Me tumbé en aquel gran sofá negro bocarriba con la mirada fija en un pequeño desconchón que tenía el techo. Quizá si hubiera llamado a la puerta de Carla por última vez, quizá si en vez de dejarle una nota hubiera saltado de mi balcón al suyo, quizá si le hubiera robado un beso cuando me pidió que saliese de su vida, quizá no estaría en aquel sofá con la sensación de que no hice todo cuanto tuve en mis manos para no tener que separarme de ella... Todo se había torcido, de alguna manera sabía que pasaría, nunca debí mentirle, me atormentaba la idea de pensar que, quizá, si hubiera sido sincero desde el principio, entre nosotros, las cosas ahora irían viento en popa...

Llamaron a la puerta y me extrañó, nadie sabía (a excepción de mi representante y el conductor del camión de mudanzas) que estaba allí, miré por la mirilla y no vi a nadie pero justo cuando iba a volver al sofá a seguir echando horas atrás, volvieron a llamar. Abrí y allí estaba, una niña pequeña, de unos cinco años con un par de magdalenas un una bandeja.

—Hola —me dijo—, soy Valeria, vivo ahí al lado. Mi mamá ha hecho magdalenas y he querido traerte para que las pruebes. Toma.

Me agaché poniéndome a su altura cogiendo aquella pequeña bandeja con unas magdalenas que olían a gloria. Era muy bonita, rubia con los ojos azules y una nariz respingona.

—Vaya, Valeria, muchas gracias. ¡Qué chulas tus coletas!

—Todos los días me peino diferente.

—¡Yo también!

Sonrió y yo lo hice después.

—¿Puedo pasar?

Fruncí el entrecejo y saqué la cabeza para mirar si junto a ella, fuera de mi campo de visión, estaba su madre o su padre. No había nadie...

—¿Dónde vives, Valeria?

—Ahí —señaló la puerta de al lado.

—¿Y tu mamá te deja estar con un desconocido?

—No eres un desconocido, ella sabe cómo te llamas, dice que papá y ella han estado en tus conciertos. ¿Eres famoso?

Sonreí.

—Conocido...

—¡Valeria! —le gritó su madre desde la puerta de al lado—. Señor Ferrer, disculpe, se empeñó en traerle magdalenas... Espero que no le haya hecho ninguna de sus preguntas comprometidas, su padre y yo pensamos que va para periodista...

—Por favor, tutéame. No te preocupes.

Caminó hasta la puerta de mi apartamento donde Valeria y yo nos encontrábamos y me tendió la mano.

—Soy Bego, la mamá de Valeria y la experta en magdalenas —añadió sonriente.

—Encantado, Bego.

—¡Vámonos a casa, Valeria!

—Quiero quedarme con él mientras se come las magdalenas para ver su cara y así saber si le gustan para traerle más mañana... —sonreí.

—¡No seas maleducada, Valeria! No se observan a las personas mientras comen.

—¿A que cuando comes sopa se te enredan los fideos en la barba?

—¡Valeria!

Me carcajeé.

—No te preocupes, Bego.

—Esta niña... Desde luego que no sé qué voy a hacer contigo, listilla —le dijo dándole golpecitos con su dedo en la cabeza de Valeria.

—A veces sí —le respondí consiguiendo así que no retirase sus ojos azules de los pelos de mi barba. Puse mi dedo índice sobre mis labios—, pero no se lo digas a nadie.

Se cerró los labios con ambos dedos como si estuviera cerrando una cremallera ficticia. Su madre la observaba con una sonrisa a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Puedo venir mañana? —me dijo con aquella sonrisa a la que le faltaban dos dientes.

—¡No seas pesada, Valeria! —le recriminó su madre—. Dante tendrá muchas cosas que hacer, acaba de mudarse.

Se cruzó de brazos, frunció el entrecejo y arrugó el labio con desaprobación.

—Valeria —le dije poniéndome nuevamente a su altura—, mañana puedes venir si quieres, ¿vale? Pero solo si tu mamá te da permiso.

—¡Vale! —aplaudí como si hubiera recibido un regalo.

—A veces puede llegar a ser muy intensa... Buenas noches, Dante. Y bienvenido al edificio.

—Gracias, Bego. Buenas noches.

Aquella pequeña había conseguido arrancarme bastantes sonrisas cuando para nada, aquel día, sonreír estaba entre mis planes. Cerré la puerta después de despedirme de ambas y le di un mordisco a la magdalena, estaba increíble.

Capítulo 42

La entrevista de Rebeca

Salí a correr escaleras abajo gritando el nombre de Dante cuando leí la nota que me había dejado por debajo de la puerta, corrí hasta sentir que el corazón se me iba a salir por la boca y la respiración me resultaba incontrolable. Necesitaba escuchar aquello que siempre quiso contarme, necesitaba hablar con él y contarle cómo me dolió saberme engañada.

Salí a la calle y miré a ambos lados, no había rastro de él y fui más consciente aún de lo mucho que me dolía aquello que me estaba pasando. Me apoyé en la pared del edificio incrédula de estar viviendo aquello.

Se había ido, se había ido para siempre, y tenía que empezar a creérmelo...

—¡Hola, Carla! —me dijo Leo extrañado al abrir la puerta de su apartamento—. ¿Estás bien?

—¿Sabes adónde se ha ido a vivir Dante?

—¿Dante? —frunció el entrecejo—. No... ¿Quieres pasar?

A pesar de no apetecerme mucho hablar con alguien, tampoco me apetecía volver a mi apartamento silencioso, qué cosas, ¿no? Ahora me pasaba el silencio, a mí que siempre lo busqué como el que busca agua en el desierto...

Asentí y pasé al interior.

—Perdona el desorden, voy a cambiar la distribución del salón y el color de las paredes, me he cansado de estos colores, ahora me apetecen tonos pastel... Empezaré por el salón y seguiré cambiando colores pasillo adelante...

El salón de Leo estaba pintado en color beige y chocolate así que el cambio era bastante diferente. Qué valiente y molonas esas personas que no temen a los cambios... Yo llevaba queriendo cambiarme el corte de pelo cinco años y no me atrevía...

—¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua, por favor.

Leo se fue a la cocina y yo me senté en el filo del sofá.

—¿Sabías que Dante estaba casado? —le pregunté cuando me dio el vaso de agua.

—Lo supe no hace mucho, poco después de asistir a aquel concierto al que fuimos juntos... No soy de los que ve esos programas de corazón en los que con un mismo tema pueden tirarse meses pero, por lo visto, el sábado, Rebeca, que así se llama la esposa, dará una entrevista en exclusiva.

—¿En televisión?

—Sí, yo no pienso perdérmela...

Ni yo, pensé.

Hacia cuatro días que Dante se había ido y uno desde que mis vacaciones de verano empezaran. Ningún año planificaba ningún viaje, siempre me quedaba en aquel apartamento

leyendo, estudiando, creando listas de reproducción o practicando yoga. El calor era siempre insoportable así que, con aquel ventilador que ya formaba parte de mi familia y un abanico en la mano, pasaba como buenamente podía aquellos meses de verano, es lo que tiene vivir con un sueldo a media jornada y pagar un alquiler y los gastos que ello conlleva, que, aunque trabajes, perteneces a clase baja y un aire acondicionado es un lujo...

Encendí un par de velas para esparcir aquel olor a canela que tanto me gustaba. Estaba muy nerviosa, era como si fuese yo la que iba a estar en directo en plató, y el olor a canela y la luz tenue que aquellas velas le daban a mi salón me aportaban un poco de calma. Me preparé una pizza cuatro quesos (una de mis preferidas) y me serví un vaso de *Coca-Cola* con mucho hielo (un día es un día y el cuerpo me pedía calorías a tope, serían los nervios...). Estaba sentada en el sofá, cruzada de piernas y con una mesa portátil sobre estas, dispuesta a ver a la mujer de Dante en televisión. Yo, al igual que Leo, tampoco solía ver ese tipo de programas pero, aquella entrevista, no podía perdérmela, quería saber qué diría Rebeca de Dante.

Empezó la entrevista y puse prácticamente mis cinco sentidos en ella:

—Buenas noches a todos, son las nueve y media de la noche —dijo el presentador sonriente ante la cámara a la vez que miraba su reloj de pulsera unos segundos—. Hoy, en directo y en exclusiva, tenderemos en nuestro plató a Rebeca Marín, conocidísima por todos por su intensa y problemática relación con el conocidísimo futbolista argentino Fabrizio Brambilla y exmujer del reputadísimo pianista Dante Ferrer cuya reputación, esta noche, puede que quede tocada y, quizá, hundida.

El presentador presentó a los colaboradores y seguidamente dio paso a Rebeca que entró en plató aplaudida por todo el público. Iba increíblemente espectacular con un vestido largo dorado con pedrería. La verdad solo tenía un camino y Rebeca era una mujer impresionante.

—Buenas noches, Rebeca —le dijo el presentador después de darle un par de besos—. Estás espectacular.

—¡Muchísimas gracias!

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy un poco nerviosa pero tengo muchas ganas de haceros conocedores del infierno que he estado viviendo hasta hace unos días.

—Empecemos por el principio, cuándo y por qué empieza tu calvario.

—Cuando empecé la relación con Dante todo era maravilloso. Después de lo mal que lo pasé con Fabrizio no me podía creer cómo me trataba Dante y cuánto me cuidaba. Me pareció estar viviendo un sueño. Todo era precioso hasta que decidimos ser padres. Durante un año nuestra vida giró en torno a eso, no teníamos otra cosa en mente y llegué a creer incluso que no me quedaba embarazada del estrés tan grande que tenía por no ver nunca aquel ansiado positivo. Nos pusimos en manos de médicos especialistas y nos confirmaron que Dante no podía tener hijos, fue un mazazo enorme para nosotros y la personalidad de Dante cambió por completo.

¿¿¿Dante no podía tener hijos??? Me costó volver a concentrarme en la entrevista después de haber oído aquello...

—¿En qué notaste cambio?

—Por ejemplo en cómo me trataba, empezó a verme como una enemiga y se negaba a someterse a tratamientos, algunos incluso novedosos y costosos, que otros médicos nos recomendaban. De la noche a la mañana se volvió egoísta. Las discusiones entre ambos eran tan grandes que... —se quedó callada, mirando hacia arriba intentando no llorar. Tragó saliva

y se abanicó con las manos los ojos—. Perdonadme...

—Tranquila, Rebeca —le dijo el presentador pasándole un vaso de agua y apretando su rodilla sobre el vestido que llevaba que debía costar más que todas las prendas que yo tenía en mi armario.

—Gracias, es muy difícil todo esto...

El presentador dio paso a publicidad para que Rebeca se recompusiese y yo caí en la cuenta de que aún tenía la primera porción de pizza que cogí, cuando empezó el programa, en la mano únicamente con un bocado dado. Estaba nerviosa, demasiado, y me preguntaba si Dante estaría viendo también aquella entrevista y qué estaría sintiendo.

Me impactó mucho que Rebeca contase que Dante no podía tener hijos con aquella frialdad con la que lo estaba contando y, aunque no me lo llegaba a creer al cien por cien, sentí pena.

—Buenas noches, estamos con Rebeca que nos contaba el infierno vivido con Dante Ferrer tras conocer que Dante era estéril. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias por el apoyo recibido durante la publicidad.

—Estabas haciendo referencia a las discusiones que empezaron a desatarse después del cambio de Dante.

En el gran pantallón que el presentador tenía a su espalda empezaron a mostrar fotos de los cuadros que Dante había tenido colgados en el salón de su apartamento completamente destrozados. Ella los miraba de reojo e intentaba que de sus ojos saliesen sus lágrimas sin éxito alguno.

—Eso es lo más difícil pero merecéis saber la verdad. Dante se volvía muy agresivo, llegó a empujarme y a tirarme un jarrón que, gracias a Dios, pude esquivar —se quedó callada unos segundos—. Esos cuadros... Los pinté con todo mi amor y cuando fui al apartamento al que se había mudado los destrozó a base de puñetazos y patadas... Todo mi círculo insistió en que tenía que dejarlo pero yo le amaba demasiado...

—¿En pasado?

—Sí, he decidido que a partir de ya voy a empezar a amarme a mí sobre todas las cosas. Acabamos de firmar el divorcio. Ayer. Al principio me negué pero mis amigas me abrieron los ojos, ¿para qué intentar mantener a alguien como él al lado? A todo esto hay que sumarle ciertos “vicios caros” que tiene...

—¿Puedes ser más concreta? —preguntó morbosamente el presentador.

—Bueno... cosas que te hacen perder la cabeza...

Abrí los ojos como platos ante aquella acusación tan fuerte que, sumada a las anteriores, era una bomba de destrucción masiva echada sobre Dante.

—¿Qué opinas de esa supuesta relación que tendría con Carla, la organizadora de eventos?

—No la conozco pero, si es cierto, le recomiendo que se aleje. Dante no quiere a nadie que no sea a él mismo. Es un maldito egoísta.

Aquella frase la sentí como un puñal directo al corazón pero mi sexto sentido se empeñaba en mantenerme incrédula ante todo lo oído. Yo había conocido a un Dante que nada tenía que ver con ese que ella describía. ¿Egoísta? ¿agresivo? ¿vicioso? A Dante le añadí tantos adjetivos como casi pelos tenía en la barba pero distaban mucho, muchísimo, de aquellos que se le estaban atribuyendo aquella noche. No podía ser cierto todo aquello y estaba segura de que la reputación de Dante se estaba yendo a la mierda con aquella entrevista.

Apagué la televisión, no necesitaba ver ni oír nada más. Me comí desganada un par de porciones de pizza y me fui a la cama dándole vueltas a todo lo oído y preocupada por Dante.

¿Estaría llorando?

¿Necesitaría un abrazo?

¿Seguiría queriéndome como dijo que me quería?

Preguntas sin respuesta. Demasiadas preguntas sin respuesta.

Capítulo 43

La entrevista más larga

Desde que mi representante se puso en contacto conmigo para decirme que Rebeca había acordado una entrevista en exclusiva en un programa de corazón con una audiencia bestial, me eché a temblar. Rebeca no aceptaba jamás un no por respuesta y estaba completamente seguro de que utilizaría la pena, igual que hizo con Fabrizio, para hundirme como ya me advirtió cuando la obligué a irse de mi anterior apartamento. No tenía miedo, a pesar de esperarme lo peor, mis abogados estaban advertidos y, por suerte, tenía a los mejores. Si a ella no le temblaba el pulso para hundirme, a mí no me temblaría para defenderme, pero yo no lo haría en los platós, ahí no sabía cómo jugar, yo lo haría delante de un juez y pidiendo pruebas de todo de lo que se me acusase.

Cuando llegué a aquel edificio el día anterior y aquella pequeña me visitó, portando aquellas magdalenas que devoré en minutos, sentí de nuevo aquella pena que vivía en mí y que había estado agazapada mientras que Carla, con sus odios fingidos, sus risas, y su forma de tratarme, me tuvo entretenido. Valeria tenía una mirada tan limpia, tan sincera y bonita que sin quererlo me llevó directo a aquel sueño imposible que durante años me quitó el sueño.

Estaba terminando de desayunar cuando llamaron a la puerta, nuevamente, extrañado, abrí.

—¡Hola, Dante!

Sonreí al verla vestida con un vestido blanco con un unicornio de lentejuelas.

—¡Hola, Valeria! Buenos días.

—Te traje más magdalenas —me tendió una bolsa de papel marrón.

—Gracias.

—Se ha empeñado en traértelas —me dijo Bego, su madre.

—Están increíbles, gracias.

—¿Puedo pasar? —me preguntó sonriente la pequeña.

—Valeria, no seas pesada, Dante estará ocupado.

—Iba a colocar un poco las cosas de las cajas, aunque realmente no me apetece absolutamente nada...

—¡Te ayudo! —dijo Valeria entrando al interior y mirando detenidamente las cajas.

—¡Valeria! —le gritó su madre un poco apurada.

—No te preocupes, Bego. Seguro que necesito ayuda.

Bego se marchó dejándole una lista de advertencias que Valeria debía cumplir para que volviese a repetirse aquello. Yo me sentía un poco descolocado por ver a aquella pequeña siguiéndome a cada paso que daba.

—Co ci na —leyó lentamente y por silabas lo que yo había escrito en la caja—. Cocina.

—Perfecto, esta caja es muy importante, dejaré de comer en los envases de plástico de los propios alimentos precocinados.

Me miró extrañada, como si yo le estuviese hablando en otro idioma.

Llevé la caja a la cocina y senté a Valeria en una silla alta que había junto a una mesa plegable.

—¿Y tu novia? —me preguntó mientras colocaba los vasos dentro de la alacena.

—No tengo.

—¿Tienes novio?

Me giré y arqueé una ceja extrañado con aquella segunda pregunta.

—Mi mamá dice que un chico puede tener una novia o un novio, y una chica puede tener un novio o una novia, lo que importa es el amor —quiso aclararme ante mí mutismo.

Me quedé boquiabierto con aquel despliegue de palabras emanando de una boca tan pequeña.

—Claro, cada uno decide de quién enamorarse, tu mamá tiene toda la razón pero no, tampoco tengo novio.

—¿Por qué llevas el pelo largo?

—Me gusta, pienso que me queda bien. ¿A ti no te gusta?

—Sí. Yo también pienso que a mí me queda bien.

—Y no estás equivocada —sonreí y ella lo hizo después dejando al descubierto aquellas mellas que tanta gracia me hacían.

—¿A ti te gustan los unicornios?

—Nunca he visto ninguno.

—¿No? —puso cara de sorpresa—. Son así —señaló el de su vestido con su pequeño dedo índice.

—¿Tú los has visto de verdad?

—Sí, en mis sueños. Muchas veces sueño con unicornios.

—Eso es porque te gustan tanto que, hasta dormida, necesitas verlos.

Justo lo que a mí me pasaba con Carla...

—Yo quiero ser pianista y veterinaria.

—Dos profesiones preciosas. ¿Sabes tocar el piano?

—No. Mi mamá dice que no te puedo decir que me enseñes.

—Pues ya me lo has dicho...

Se quedó unos segundos pensativa, con la boca arrugada intentado saber si había hecho bien o no diciendo aquello.

—No te preocupes, a mí no me importa que me lo digas. No tengo aquí mi piano pero, si quieres, cuando lo tenga, te enseño.

—¡Me encantaría! —aplaudió a la vez que volvió a dejar a la luz aquella sonrisa maravillosa —. ¿Sabes enseñarme también a ser veterinaria?

Me carcajé aunque, por su gesto, no entendía qué tenía de graciosa su pregunta.

—No, Valeria, a eso no puedo enseñarte.

—Vaya...

Se quedó callada y yo seguí guardando las cosas que iba sacando de la caja.

—¿Eres *Hulk*?

No quise volver a reírme, aunque no me faltaron ganas, porque para ella, aquellas preguntas, eran serias e importantes y yo estaba empezando a entender a Valeria.

—No, soy Dante.

—Es que pareces *Hulk*. Estás fuerte.

—Hago mucho deporte.

—Mi papá también, pero no está fuerte, solo está fuertecillo.

No pude evitar reírme, por suerte estaba dándole la espalda. Aquella niña era capaz de colorear el día más gris.

Estaba siendo la entrevista más larga que me habían hecho en toda mi vida, y la más bonita.

Capítulo 44

Nunca llegué a conocerla realmente

Valeria había estado visitándome todos los días y haciéndome olvidar toda la mierda que iba a empezar a caerme cuando, aquella noche, Rebeca se sentase en aquel sillón y abriese su boca.

A pesar de tener mi conciencia tranquila, no me apetecía que todo el mundo conociese aquella noche “mi problema” y estaba completamente seguro de que Rebeca no dejaría aquel tema a un lado aun sabiendo el daño que me hacía. Aunque ya lo empecé a ver de otro modo y empecé a aceptarme con aquella tara, aún sentía ese pellizco en el pecho cada vez que volvía a recordar que jamás podría tener descendencia.

Entró en el plató como una diva, ¿qué vi en ella? Era increíblemente guapa (posiblemente era de lo único que podía presumir), pero estaba tan podrida por dentro que se le reflejaba en la piel y en los ojos, y no brillaba como lo haría otra persona, quizá no tan despampanante como ella, pero con esa luz que dejaba ciego a todo aquel que la mirase. La belleza real, la que brilla en los ojos y la que se refleja al sonreír de forma sincera, no se opera y para la gente podrida, es un problema.

No pude ver la entrevista completa, se propuso destrozarme y lo consiguió. Tocó temas tan sucios, tan graves, que lo de mi infertilidad quedó en tercer, cuarto u octavo plano. No podía creer lo que estaba escuchando, la gravedad de los asuntos de los que me acusaba era tan grande que me dolía respirar.

—Todo está grabado, Dante —me dijo uno de mis prestigiosos abogados—. Intenta descansar.

—¿Cómo ha sido capaz?

—Nunca se llega a conocer a las personas.

Y tenía razón, nunca llegué a conocerla realmente.

La claridad que entraba por aquella gran terraza me despertó, me había quedado dormido en el sofá y allí pasé toda la noche. Tenía en la cara las marcas que las arrugas de la tela del cojín me habían dejado, pero aquellas marcas no eran nada comparadas con las que Rebeca volvió a dejar en mí.

Hacía muchísimo tiempo que no lloraba como había llorado aquella noche, ojalá encontrase una isla desierta, apartada del resto del mundo, una isla donde nadie pudiera señalarme con el dedo al verme pasar, una isla en la que desaparecer. ¿Qué iba a ser de mí a partir de aquel momento? Maltratador... Aquello me destrozó, posiblemente fue lo que más me dolió. Jamás golpearía a una mujer, ni con una flor.

Me senté en el filo del sofá y me recogí el pelo en un moño descuidado, tenía que levantarme de allí, seguir con mi vida e ignorar lo que me atormentaba, pero dolía, ¡joder cómo dolía!

—¡No, Valeria! —oí en el rellano—. ¡Hoy no!

Me levanté y caminé hasta quedar pegado a la puerta.

—Es que quiero estar con él, a lo mejor ya tiene su piano.

—Valeria, Dante hoy no tendrá un buen día, ya te he explicado que para él hoy sería un día un poco difícil.

—Pero es mi amigo, mamá...

Se me hizo un nudo en la garganta, apoyé ambos puños y antebrazos en la puerta y puse mi cabeza entre ambos, apoyando la frente en aquella puerta fría.

—Valeria, a veces, los amigos también necesitan un espacio, soledad para pensar, y hay que respetarlo.

—¿Como cuando hago algo mal y tengo que pensar en eso para no volver a hacerlo?

—Algo así... Pero Dante no ha hecho nada malo. A veces, los adultos, tenemos problemas que nos hacen daño y necesitamos estar en silencio para sanar.

Bego lo entendió todo y Valeria acababa de recibir una lección de vida.

Inevitablemente Carla no salía de mi cabeza, ¿habría visto la entrevista? Y, de ser así, ¿qué pensaría de mí? Me daba pavor pensar que Carla creyese todo aquello que Rebeca dijo sobre mi persona... Quise volver al edificio en el que fuimos felices, necesitaba volver a mirarle a los ojos y saber qué sentía por mí.

Necesitaba sentir que, al menos ella, creía en mí.

Capítulo 45

El C vuelve a estar habitado. *Habemus* vecino nuevo

Hacía casi tres semanas que Dante se había marchado del edificio. Tres semanas en las que ni un solo día dejé de pensar en él. Tres semanas en las que no hubo ni un solo minuto en el que no le echase de menos... Tres semanas en las que me eran imposible dejar las lágrimas dentro de mí cuando recordaba todo lo bonito que le contó a las estrellas mientras yo permanecía agazapada dentro de mi apartamento con las piernas por fuera, ojalá hubiera dejado el orgullo apartado y le hubiera mirado una última vez a los ojos.

Me preocupaba muchísimo que, cuando cerraba los ojos y pensaba en él para traerlo, aunque fuese solo por unos segundos a mi lado, su cara ya no se veía nítida, empezaba a verla borrosa y aquello me dolía muchísimo. ¿Habría empezado mi cabeza a borrarlo de mí aunque mi corazón se negase a olvidarle? ¿Estaría pasándole eso también a él y mi cara se le resistía al pensarme? ¿Acaso estaría pensándome?

Él fue el hombre que me enseñó a amar de verdad, sin atar, sin estar veinticuatro horas pegados aunque me hubiera encantado, él me hizo entregarme sin miedos a pesar de tener en mi cabeza un *run run* que no cesaba, sin pensar en nada solo en nosotros, sin importarme nada, solo nosotros...

No lo planificó, no lo planifiqué, simplemente pasó.

Me dispuse a desayunar mi bol de cereales con leche y, justo cuando fui a meterme en la boca la segunda cucharada colmada de cereales, un tropel de cajas, voces y ruidos varios se escucharon en el rellano. Sentí que la historia se volvía a repetir y, a pesar de sentirme nuevamente protagonista de una cámara oculta porque me parecía increíble, yo ya no era esa Carla empática. Estaba clarísimo, esta vez todo sería diferente, tendría más paciencia y no volvería a cometer los mismos errores que anteriormente...

Empecé a reproducir mi lista de reproducción de sonidos de la naturaleza y, ataviada con un pantalón vaquero corto y una camiseta blanca de tirantas, me dispuse a hacer las tareas que aquel día tenía planificadas.

¡Qué orgullosa estoy de ti, Carla!

¡Cómo has madurado!

Juro que creí que era un imán cuyo único objetivo últimamente era atraer personas que me descolocaban el aura, la calma y la existencia, una pobre chica rodeada de caos intentando respirar paz.

Cuando aquellos martillazos, tropel de cajas y muebles, trompos taladrando paredes y voces masculinas dando órdenes siguieron sonando durante un par de días y aun pasadas las nueve de la noche y, de nuevo, mi tranquilidad (esta vez no tan ansiada pero que ya empezaba a necesitarla) se vio alterada, conté hasta diez o hasta mil (ahora no recuerdo exactamente) antes de tomar la decisión de plantarme nuevamente en aquella puerta del C y pedirle a los nuevos vecinos que, a poder ser, no hiciesen tanto ruido...

Temía que la historia se repitiese pero aquellos vecinos debían saber que en el B vivía una chica a la que, al menos, debían dejar descansar durante la noche (si no era mucho pedir...).

Aguanté muchas horas de ruidos incesantes y estridentes intentando ser esa nueva Carla cauta: desayuné con los maravillosos sonidos de la naturaleza en los oídos, almorcé con los calmantes sonidos de la naturaleza en los oídos, continué el proyecto con los cansinos sonidos de la naturaleza en los oídos, merendé con los jodidos sonidos de la naturaleza en los oídos y me negaba a cenar con aquellos pinganillos infernales, que estaban empezando a formar parte de mí, dentro de los oídos y reproduciendo aquella maldita lista de reproducción de sonidos de la naturaleza y prendí velas por toda la casa llenándola de olor a canela intentando relajarme sin éxito.

Me recogí el pelo en una coleta, me atusé el vestido elástico rosa que llevaba puesto y, cuando me aseguré de que la llave la llevaba en la mano para no cometer nuevamente los mismos errores, me planté ante aquella puerta. Justo cuando mis nudillos iban a golpear aquella madera, pensé en volver a mi apartamento y olvidar aquellos ruidos que posiblemente tenían las horas contadas, después de lo que pasó la última vez que me dispuse a pedir calma en aquel apartamento que, al igual que yo, debía tener un imán para atraer insensatos a su interior, había algo que me paralizaba. Volví a encaminarme a mi apartamento y, cuando introduje la llave en la cerradura, una televisión retransmitiendo una cadena de radio musical a todo volumen, me hizo volver y esta vez sí que mis nudillos golpearon aquella puerta.

Solo tuve que esperar unos segundos hasta que un hombre, de unos cincuenta años, abriese aquella puerta. Llevaba un cinturón con herramientas en la cintura que no sabía cómo había conseguido abrocharlo con aquella gran barriga que quedaba un poco al descubierto entre los botones de aquella camisa que intenté no mirar por si alguno, en su lucha por mantener aquella prenda cerrada, me saltaba dejándome tuerta y dándole el final dramático a mi historia.

—Buenas noches, soy Carla, la vecina de al lado —me presenté educadamente portando una amplia sonrisa para empezar, aquella vez, con buen pie.

—Dime.

Intenté no poner los ojos en blanco. Aquel hombre, con su contestación, no debía conocer ni tan siquiera la existencia de la palabra educación y sentí que aquella Carla, que en su día ya se enfrentó a Dante sin temblarle el pulso, esperaba el pistoletazo de salida para enfrentarse a este nuevo vecino con menos empatía y educación que el anterior. Al menos el anterior me distrajo un poco de mi enfado con su extrema belleza, este iba a conocer mi ira en su máximo esplendor sin distracciones de ningún tipo.

—Mire, entiendo que esté usted haciendo una mudanza, entiendo que no pueda hacerla en *modo mute* —arqueó una ceja quizá por no entender aquella expresión— y entiendo también que tenga prisa por terminar cuanto antes, pero son casi las diez de la noche e intento descansar un poco...

—¿Y?

Y con aquella expresión fui yo la que arqueó incrédula una ceja...

—Pues que si podría respetar horarios.

—Ya lo hago.

—¿Perdone?

—Perdonada —me vaciló enervándome y sacando nuevamente la Carla que intenté dejar apartada—. ¿Algo más? Estoy intentando desmontar lo que el capullo, y anterior inquilino, dejó montado en una de las habitaciones. Son las diez de la noche, estoy cansado, empapado en sudor y hasta las pelotas de escucharte.

Mis ojos se abrieron incrédulos.

—¿Cómo dice? —fruncí la frente denotando enfado.

—No pienso repetir nada, si no estás rápida de oído no tengo culpa.

—Es usted un... un... un...

—¿Eres tartamuda? No te lo he notado antes...

—¡Un imbécil!

—¡Y tú una pesada!

—¿Cómo dices? —dejé de hablarle de usted porque no merecía mi exquisita educación—. Mira, he intentado hacerlo por las buenas pero ya me has tocado los coj...

—Venga, Valentín, lo has hecho bien —Dante caminó chulesco hasta quedar frente a mí y yo, a duras penas, conseguía mantener mi boca cerrada y no dejando a la luz aquella O que quería formarse—. No sigas, puede llegar a decirte una gran variedad de adjetivos nada bonitos cuando se enfada...

Interrumpió con aquella frase aquella otra que yo estaba dispuesta a soltarle a aquel tipo que me estaba sacando de mis casillas. Estaba guapísimo, como siempre lo había estado, llevaba el pelo recogido en un moño, una camiseta con las sisas grandes por las que podía verle parte del pectoral y un pantalón vaquero corto sucio.

—Lo siento, señorita. Me obligó a hacerlo —me dijo sonriente aquel hombre.

No pude contestarle, seguía idiotizada.

—¿Cómo estás? —me preguntó Dante cuando aquel hombre se retiró de la puerta.

—Bien —dije intentado no tartamudear.

—No cambias, fea —me guiñó el ojo—. Es un hombre mayor, ¿no te han enseñado a respetar a los mayores?

Sonreí levemente y me mordí el labio evitando curvarlo para no mostrar así una sonrisa mayor.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Buena pregunta...

—Pues espero que la respuesta sea igual de buena...

—¿Recuerdas cuando veinticuatro horas nos parecieron ochenta? —asentí—. Pues imagínate lo que me han parecido estas casi cuatro semanas... No puedo estar sin ti, Carla. Déjame explicarte todo lo que en su día intenté explicarte. Dos personas que el destino pone frente a frente no pueden decidir por ellas mismas apartarse cuando les place...

Le miré a los ojos viéndome reflejada de la misma forma en la que me había estado reflejando siempre. No había cambiado nada.

Capítulo 46

Una escalera como testigo

Me senté en la escalera y él hizo lo mismo poniéndose a mi lado. Me parecía mentira volver a respirar su olor, volver a verlo y volver a tenerlo tan cerca que incluso podía llegar a notar su calor.

Yo tenía la mirada fija en mis dedos, que nerviosos jugaban entre sí, pero viendo a Dante por el rabillo del ojo. No apartaba la mirada de mí y sentía que quería contarme tantas cosas que no sabía por dónde empezar... Decidí romper el hielo.

—¿Cómo estás?

—Ahora mucho mejor...

Aquella sonrisa... ¿Cómo era capaz una curvatura de unos labios hipnotizarme de la forma que lo hacía? ¿Cómo fui capaz de vivir estas últimas semanas sin verla?

—Vi a Rebeca en televisión... —y la curvatura desapareció, como la inocencia va desapareciendo a medida que cumplimos años— Supongo que para ti no debió ser fácil.

—No, no lo fue, y no lo es... —añadió—. De alguna forma, aquella entrevista, me empujó a volver, necesitaba aclararte algunas cosas, yo no soy como Rebeca me pintó en aquella entrevista...

—Lo sé.

Se le paralizó la cara, estaba segura de que no esperaba por mi parte una contestación tan rápida y tan concisa.

—¿Lo sabes?

—Hay ojos que dicen más que una boca, hay bocas que dicen más que unos ojos. Lo primero es tu caso y lo segundo es el de ella. Su boca decía tantas cosas que sus ojos, que por algo se les llama “el espejo del alma”, no corroboraban, que era imposible creerlos. No hay que ser muy listos para ver la mentira en ellos, jamás antes vi tanta insistencia en secar lágrimas inexistentes... En cambio, tus ojos, dicen tantas cosas que tu boca no pronuncia que no hay que ser muy listo para no alcanzar a verlo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero, Carla. Te quiero de verdad, sin mentiras y sin miedos. Ayer, hoy, mañana y siempre.

—¿Te estás declarando en una escalera?

—Lo haría en el pico de la Torre Eiffel si fuera necesario.

Sonreí.

—Yo confío en ti, en tus ojos y en tus ganas. Has vuelto, te niegas a dejar esto cómo terminó. Has sido más valiente que yo que simplemente me encerré en lo que había visto durante unos segundos. Aquel beso en tu camerino con Rebeca me destrozó, pero más me destrozó aquella nota de despedida... Será cuestión de prioridades supongo, ¿no?

Asintió tranquilo, como si se hubiera deshecho por fin de esa carga que llevaba sobre sus hombros.

—El beso no fue recíproco... Ella me besó pero yo no respondí a aquel beso...

—Eso ya no importa. Yo te creo, Dante.

—¿Me crees?

—Sí, y no me preguntes por qué... No lo sé ni yo...

—No quise mentirte, solo tuve miedo de perderte si te decía que aún estaba casado, era cuestión de días dejar de estarlo... Suena tan típico que no vi buena idea decírtelo. Imbécil de mí pensé que podría retener a alguien que es verdad pura con una mentira... No puedo estar sin ti, Carla. No podía estar sin ti ayer, ni podría estarlo hoy, ni mañana, ni nunca...

—Tu presencia me mataba, pero tu ausencia me enterró, Dante. Porque contigo era todo y sin ti, nada, se me quedaba incluso corto...

Nos miramos a los ojos, necesitaba volver a besar aquellos labios que había extrañado tanto, necesitaba volver a sentir que éramos de nuevo *un nosotros* para toda la vida.

Me humedecí los labios y me acerqué lentamente a él para, por fin, llevar acabo aquello que había estado necesitando desde que se marchó dejándome aquella nota. Cuando estábamos a apenas unos centímetros, dejó escapar algo que sabía que tenía ahí, presionándole la garganta.

—Rebeca solo contó una verdad —tenía preocupación en sus ojos y le temblaba el mentón.

Me aparté un poco de él y asentí para que continuase y por fin soltase aquello que sabía que le hacía daño. Puse mi mano sobre su rodilla y se la apreté para darle así confianza para seguir.

—No puedo tener hijos.

Apartó la mirada de mí dirigiéndola al suelo y vi cómo un par de lágrimas se estrellaban contra él. Se me partió el alma, sentí su dolor en mí, como si de alguna forma estuviésemos conectados, como si a nuestro hilo rojo, de buenas a primeras, le hubiera salido hebras nuevas haciéndolo más fuerte. Su felicidad era la mía, su dolor era mío. Agarré su barbilla y le obligué a mirarme a los ojos.

—Ey, prínceso, ya terminó la pena. Que si no podemos tener hijos no pasa absolutamente nada. Te quiero a ti, te quiero como hombre capaz de desquiciarme y pasarme del *te odio* al *te amo* y viceversa con solo una mirada, yo no quiero una máquina para hacer niños. Además, así no tendré que compartirte —le saqué la lengua y le guiñé el ojo.

Sonrió y me encantó que lo hiciera porque aquellos ojos reflejaban tantísimo dolor que pensé que nada podrían calmarlos.

—¿Y te da igual no tener hijos?

—¿Y quién ha querido tenerlos? Basta ya de seguir patrones, me da igual si me llaman egoísta, más egoístas son esos que los tienen para no verse solos en un futuro. El destino lo ha querido así y no pienso llevarle la contraria, ya me ha demostrado el muy cabrón que con él nadie puede.

—Ojalá hubieras llegado hace diez años, sé que todo hubiera dolido mucho menos y que jamás hubieras permitido que creyese, aunque solo fuera por unos segundos, que no servía para nada.

En aquella ocasión fue a mí a la que se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo una persona tan válida como lo era él, con tanto talento, podía haberse llegado a sentir inútil por el único hecho de no poder ser padre? ¿Cuántas lágrimas no habrá acallado aquella garganta cuando sentía que su mundo se le venía abajo delante de todos? Nos miramos a los ojos y, justo cuando por fin nuestros labios iban a volver a besarse después de llevar tantos días sin hacerlo, Valentín salió del apartamento de Dante interrumpiéndonos.

—Dante, siento la interrupción —dijo apurado—, me marchó. Te he dejado el armario nuevo montado y el antiguo lo tienes desmontado en el cuarto vacío de la derecha.

—Gracias por todo, Valentín —le guiñó el ojo.

—Señorita, siento si la incomodé, este hijo de puta puede llegar a ser muy insistente cuando

quiere...

—Lo sé —le dije.

—Te pone esos ojillos de corderito y entras en su juego.

—Me suena mucho eso, Valentín —le dije bajo la mirada brillante y la sonrisilla pícara de Dante—. A mí me mira y me cambia la vida.

Me puse en pie y me encaminé a mi apartamento.

—¿Te vas? —me preguntó Dante arqueando una ceja.

—Ya escuché todo lo que tenía que escuchar, ¿no?

—Sí, pero tú y yo íbamos a...

—Tú y yo haremos muchas cosas, esa escalera ha sido testigo de muchas cosas hoy, no quiero hacerla también testigo de un beso de reconciliación, es demasiado fría para merecerlo, ¿no te parece? —le pregunté susurrando y él volvió a dejar a la luz aquella sonrisa que me levantaba los pies del suelo—. Se me hace tarde para cenar. ¿Te espero mañana para almorzar?

Sonrió y lo hice yo con él bajo la mirada maravillada de Valentín al que le faltó aplaudir mi discurso.

—Ahí estaré.

Entré en mi apartamento con unas ganas enormes contenidas de devorar aquella boca que me atraía como un imán, pero no un imán de esos de las neveras cuya fuerza no es capaz de sostener más de tres papeles, no, aquella boca era un imán de esos que transportan coches de un lado para otro en los desguaces, un imán híper potente capaz de sostener kilos y kilos a metros y metros de altura.

Capítulo 47

El juicio

Ella tenía ese poder, era como un imán que me impedía retirarme de ella, aunque, pensándolo bien, ¿quién querría retirarse de una mujer como Carla?

Me metí en la cama y empecé a dar vueltas sobre esta. No podía quedarme dormido, era imposible olvidarme de aquella boca que, a pesar de haberla tenido a milímetros, no había llegado a besar. Me robaba el sueño, y la vida, cuando la tenía lejos. Ella era capaz de todo, incluso de hacerme olvidar el juicio que en unos días tendría con Rebeca.

Me senté en el filo de la cama y me recogí sin cuidado el pelo en un moño con la gomilla negra que siempre solía llevar en la muñeca. Me puse aquella bata rosa que me había otorgado el título de *Princeso* y salí al balcón. Miré instintivamente al balcón de Carla y vi que los cristales estaban abiertos y, como siempre solía pasarme, sentí ese impulso que me empujaba a saltar de mi balcón al suyo.

Me quedé un rato observando las estrellas. Algunas brillaban con más intensidad que otras, punto en común con las personas... Algunas estrellas desprenden más luz que otras, incluso estando compuestas de la misma materia. Es inevitable. Pasa igual con las personas. Esa luz es la que nos hacen especiales, distintos al resto. Hay personas, al igual que esas estrellas, que son poseedoras de esa luz que destaca, te ciegan no permitiéndote ver a las otras que hay alrededor. Posiblemente, las que hay alrededor, sean más bonitas e incluso más grandes, pero no brillan, están apagadas y son ellas mismas las que hacen que esas otras estrellas/personas, con esa luz fuerte, potente e única, parezcan que brillan con más intensidad incluso de la que ya de por sí poseen.

—Que se case conmigo —cerré los ojos deseándolo con fuerza—. No podéis fallarme.

Lo pedí en voz baja, mirando fijamente a aquella estrella que destacaba sobre el resto con esa luz que desmerecía a las demás y, como era de esperar, no pude volver a mi apartamento, dormirme y soñar con Carla, no, tuve que saltar, colarme en aquel apartamento con olor a canela y caminar sigiloso hasta su dormitorio.

Su dormitorio estaba en penumbra debido a la claridad que entraba de la farola que tenía frente a su ventana. Estaba tumbada en su cama bocabajo, cubierta únicamente con una braguita que parecía formar parte de aquella piel canela que me volvía loco. El ventilador que tenía echándole aire directamente en la cara le movía algunos pelos que se habían soltado de aquella coleta con la que se había acostado y sentí celos incluso de aquel aire por rozarle el cuerpo.

—Carla... —le susurré cerca del oído.

Como siempre pasaba, se despertó agitada, asustada, de un salto, pero en aquella ocasión no me insultó, ni me echó en cara los años de vida que había podido perder con aquel susto. Se tranquilizó al comprobar que era yo y me abrazó fuerte rodeándome el cuello, pegándose a ella.

—Hueles a eso que considero el mejor olor del mundo, no, del universo —rectificó—, hueles a amor de mi vida.

Y me dejó sin palabras con aquello. Inhaló sobre mi cuello poniéndome los vellos de todo el cuerpo en pie.

Puse mis labios sobre los suyos y sentí ese calor ansiado por fin.

—Podría morir y esperarte una vida. No tengas miedo a sentir, te amaría por mil años más. Amarte por mil años más... —le dije aquella frase de su canción favorita sin entonarla y que decía una verdad tan grande como mi amor por ella.

Sonrió, me miró a los ojos y continuó recitando sobre mi boca:

—Yo siempre supe que te encontraría. No hay tiempo para decir que te amaría por mil años más. Amarte por mil años más...

Una vida se me quedaba corta para poder darle todo lo que quería darle, una vida se me quedaba corta para agradecerle todo lo que me estaba dando sin ser consciente siquiera de estar haciéndolo.

Me puse sobre ella sin parar de besarla, tenía ganas de volver a sentirla, volver a estar dentro de ella y ser solo uno. Me deshizo, un poco desesperada, el nudo que cerraba aquella bata rosa que tanto juego le había dado a lo nuestro y después me tiró de la cinturilla elástica del bóxer blanco que llevaba para hacerme ver que aquella prenda iba estorbando entre nosotros. Me deshice de ellos poniéndome nuevamente de pie y, cuando volví a colocarme sobre la cama, le fui deslizándole por sus piernas aquella braguita que llevaba dejándola sobre la cama sin cuidado. Me puse sobre ella, estaba temblando, yo también temblaba, y me pareció precioso que, para ambos, aquel momento nos pusiese nerviosos como si de nuestra primera vez se tratase.

—No traje preservativo... —le dije cuando ya las ganas de fundirnos eran bestiales.

—¿Para qué lo queremos? —me preguntó a la vez que levantaba un poco su labio superior sonriendo.

Gemí sobre su boca mientras me mordía el labio inferior.

Cuando sentí su calor al introducirme dentro de ella, un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, desde los pies a la nuca. Con ella todo era diferente, todo era especial, era como vivir cada encuentro como si fuera el primero.

Besé su cuello y lamí cada milímetro de este dejando mi saliva sobre él.

—Te amo, Dante —me dijo cuando fui aumentando el ritmo de mis embestidas.

Tres palabras simples que por separado significaban muy poco y juntas me devolvían la vida. Carla había llegado a mi vida para devolverme todo lo que fui dejando de mí por el camino. Seríamos felices, estaba seguro.

—Yo te amo muchísimo más —le dije sobre la boca—, por mil años más.

Nuestros gemidos nos empujaban a ese ansiado orgasmo y el sudor de ambos cuerpos mojaban aquellas sábanas que habían sido testigo nuevamente de lo mucho que ambos nos necesitábamos.

La luz entraba por aquella persiana entreabierta, me giré para abrazarme a Carla y no estaba, ¿lo había soñado todo? No, no era un sueño, aquella cama era la de ella.

—Buenos días, dormilón.

Caminó con una pequeña mesita en la que llevaba con cuidado un desayuno completísimo y vestida con mi bata rosa. La amaba, la necesitaba y me moría de ganas de casarme con ella.

—¿Y esto?

—Mimándote desde que salen los primeros rayos de sol.

Nos miramos fijamente a los ojos. Aquellos ojos verdes eran tan puros, tan inocentes y me transmitían tanta paz que no podía imaginarme ya la vida sin verlos. ¿Cómo pude enamorarme de ella en tan poco tiempo? ¿cómo pude olvidarme de todo lo que me rodeaba y únicamente centrarme en conquistarla a pesar de odiarme como decía que me odiaba?

Destino: eres un mamón, pero te estaré agradecido eternamente.

—No estoy acostumbrado a estas cosas... No me mimes tanto que me acostumbro demasiado rápido a lo bueno.

Sonrió y volví a perderme en ella.

Me puse un traje de chaqueta negro con una camisa blanca y una corbata gris que eligió Carla. Me ayudó a anudármela dejándome impresionado con su destreza.

—Tranquilo —me susurró recolocándome las solapas de la chaqueta—, todo saldrá bien.

No dije nada, realmente, a pesar de tener la conciencia tranquila, estaba muerto de miedo. Necesitaba desmontar aquel circo que Rebeca había montado y, a pesar de que mi abogado se mantenía tranquilo y seguro del dictamen del juez, yo sentía que no las tenía todas conmigo.

—¿Y si el juez le da la razón a ella?

—No va a pasar eso, prínceso.

—¿Dejarías de creer en mi versión?

—¡JAMÁS! —me respondió rotunda dejándome un beso en los labios.

¡Qué suerte la mía de haberme cruzado con ella!

No terminaba de acostumbrarme a aquello, antes de salir del bloque de apartamentos ya me informó mi representante de lo que me esperaba fuera pero hasta que no lo vi, no lo creí.

En la puerta se agolpaban decenas de medios ansiosos por obtener algún tipo de información en exclusiva. Solo dije que no daría ningún tipo de declaración y seguidamente di las gracias a toñodos por estar allí. Esquivé los micrófonos y las cámaras que me rodeaban y me subí en el taxi que había llamado antes de salir.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el taxista al notarme la respiración agitada.

—Sí, no termino de acostumbrarme a esto... Voy a comprarme una casa en una isla desierta y pienso perderme allí junto a la mujer que amo.

Ojalá.

Antes de entrar en la sala, la vi sentada en una de las sillas metálicas que estaban cerca. Se puso en pie y caminó hacia mí. Me sentí incómodo, su presencia me dolía, había hecho público aquello que sabía que me destrozaba y había manchado una reputación impecable con unas mentiras imperdonables.

—Dante...

La esquivé dejándola allí plantada y entré, junto con mi abogado, al interior de la sala.

No podía mantener mis manos quietas, me temblaba el cuerpo entero sobre aquella silla incómoda y sentía que el nudo de la corbata me apretaba al tragar saliva. No podía sentir el frío de la madera de la mesa en la que me apoyaba porque mis manos lo estaban mucho más. Cerraba los ojos y solo me veía en mi apartamento, abrazado en el sofá a Carla, respirando tranquilo. Necesitaba ser feliz para volver a ser el tío que nunca debí dejar de ser.

Nadie, absolutamente nadie, debió tener poder sobre mi sonrisa, a no ser que pudiera hacerla mayor.

Mi abogado fue desmontando una a una todas las mentiras que Rebeca había dicho en aquel programa de televisión con una audiencia bestial y, cuando el juez dictaminó a mi favor, empecé a llorar como un niño con la cabeza entre las manos.

Rebeca fue condenada a indemnizarme económicamente con una cantidad de dinero bastante gruesa, yo no quería ni un solo céntimo proveniente de ella pero sabía perfectamente dónde lo

invertiría.

Empezaba mi nueva vida.

Capítulo 48

¿Quieres casarte conmigo?

Desde que la resolución se hizo pública, dejé de interesarle a la prensa rosa aunque, de vez en cuando, un micrófono se me colocaba delante para que confirmase o desmintiese ese rumor de una nueva relación... Nunca respondía así que supongo que se habían cansado de mí al no darles lo que buscaban desapareciendo de mi vida.

Al fin podía pasear tranquilamente por el parque que veía desde mi balcón y que, desde que Carla me dijo que era uno de los lugares que más paz le daba, me hacía sentir a gusto recorrerlo de la mano de la mujer de mi vida, porque sí, Carla era la mujer de mi vida. No es quien llega primero, es quien llega y se queda para toda la vida. Es quien llega y te permite ser tú en tu máximo esplendor aunque seas un capullo que viste una bata rosa de raso y rompa la paz y la calma que tanto anduvo buscando siempre. Es quien llega y cura heridas que ni hizo. Es quien llega y te devuelve la vida cuando ni tú sabes qué hacer con ella porque no encuentras motivación en nada. Es quien llega y con tus inseguridades te fabrica un escudo para afrontar miedos y de forma contradictoria te deshace de esa armadura que un día decidiste colocarte para no sufrir más.

Era la mujer de mi vida porque me devolvió a mi propio yo para poder amarla completo como hacía mucho que no lo estaba.

Aquel día tenía varios asuntos que debía zanjar y que me llenaban el alma de una felicidad inmensa. Sentía que mi vida empezaba a enderezarse y me sentía dichoso.

Llamé nervioso a la puerta y esperé, cambiando el peso de mi cuerpo en mis pies, deseoso de que abriera la puerta.

—¡Dante!

Se agarró a mi cuello prácticamente de un salto y la abracé fuerte. Me encantaba cómo olía aquella pequeña.

—¿Cómo estás, princesa?

—Bien, mira, se me ha caído otro diente, el Ratoncito Pérez me ha traído una moneda de dos euros y me he comprado un *slime* con estrellas que brillan en la oscuridad.

—*Guau*, eso suena a algo que es demasiado chulo, ¿no?

—¡Muy chulo! —me dijo peinándome la barba y no podía borrar la sonrisa que aquella niña me dibujaba en la cara de forma automática—. Te he echado de menos, los amigos se echan de menos cuando no están juntos. Dijiste que volverías pronto pero has tardado muchos días...

—He estado un poco liado, Valeria, pero que sepas que yo también te he echado mucho de menos —se me hizo un nudo en la garganta.

—He estado mirando por el balcón todos los días a ver si volvías.

Sonreí de lado y me tragué con dificultad el nudo que se había formado. Yo, al igual que Rebeca, siempre deseé ser padre, siempre me imaginé rodeado de niños que gritasen *papá* por todas las estancias de mi hogar. No pudo ser, la vida se empeñó en privarme de aquello. A veces,

los sueños, no se cumplen.

—¡Pasa, Dante! —me dijo Bego

—Gracias.

Nos dimos un par de besos en las mejillas. Aquel apartamento humilde con olor a comida casera era el hogar que siempre soñé tener. Me dolía saber que jamás llegaríamos a aumentar nuestra pequeña, pero inmensa, familia formada por Carla y por mí...

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Solo vine para traerle un regalo a Valeria.

—¿A mí? —saltó dando vueltas.

—Pero tienes que prometerme algo.

—Sí, dime.

—Tienes que ser una niña obediente y responsable pero sobre todo una niña feliz que no va a dejar de luchar por su sueño. Aunque tu sueño sea montar en unicornio, busca ese unicornio y móntalo, aunque te lleve una vida encontrarlo.

—¡¡Sí!!

—Déjame decirte algo antes de dártelo, cuando sientas que tu sueño se hace pesado y ya no te apetezca seguir con él, no dudes en buscar otro sueño. La vida es demasiado corta para estancarnos con algo que no nos aporta.

Valeria me miró extrañada, posiblemente mis palabras no significaron nada para ella en aquel momento, posiblemente se quedó estancada cuando le dije que buscara un unicornio para montarlo si ese era su sueño, posiblemente mis palabras fueron ignoradas ahora que esperaba ansiosa su regalo, pero Bego sí que lo había escuchado y estaba seguro de que se lo recordaría años más tarde.

Le cedí la caja rosa brillante con un enorme lazo blanco que fue en lo primero que Valeria se fijó cuando abrió la puerta y me vio, pero prefirió abrazarme antes que preguntarme por esa caja llamativa y me llené de orgullo.

—¿Qué es?

—¡Ábrela y saldrás de dudas! Yo creo que te va a encantar pero quiero oírlo de tu boca.

Destapó la caja y abrió la boca sorprendida al ver aquel gran unicornio de peluche con una cadenita de la que colgaba un gran corazón que cambiaba de color según el estado de ánimo de la persona que lo tocara.

—¡Me encanta!

—El corazón siempre tiene que estar rosa, ¿vale? Prohibido que se ponga azul.

Rosa era felicidad, azul tristeza.

—¡Vale, Dante! ¡Siempre rosa!

Aquella felicidad no estaba pagada con nada, le hubiera dado mi vida si hubiera hecho falta si a cambio no borraba aquella curva de su cara en la vida.

Como era de imaginar, no había ido hasta allí para entregar un unicornio. Saqué mi cartera y le cedí a Bego un cheque con valor de noventa y cinco mil euros, que había sido la indemnización que tuvo que pagarme Rebeca por todas las calumnias que vertió sobre mi persona en aquel programa de televisión.

—No, Dante... No puedo aceptar esto.

Le temblaba la barbilla y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Bego, por favor, quiero que Valeria cumpla su sueño y sea una maravillosa pianista si lo desea. Con este dinero quiero que le compres un piano y que asista a uno de los mejores

conservatorios de la ciudad. Si necesitas más dinero, solo tienes que pedírmelo.

—Dante... no sé qué decirte... Estoy muy emocionada...

—Nada. No tienes que decirme nada. Esta pequeñaja me devolvió la sonrisa en un momento que pensé que me sería imposible volver a dejarla a luz —sonreí.

—Gracias, de verdad —me dijo derramando lágrimas de las bonitas, de las que caen al ser felices—. Eres tan especial, Dante...

Nos abrazamos y supe que Bego invertiría aquel dinero en la felicidad y los sueños de Valeria. Aquel dinero no pudo estar mejor invertido. Cuando nos soltamos y le limpié con mi dedo pulgar las lágrimas que le mojaban la cara a Bego, me agaché poniéndome a la altura de Valeria que abrazaba con fuerza al unicornio.

—Está rosa —me dijo clavando aquellos ojos azules en los míos.

Ojalá toda la vida ese corazón le mostrase ese color.

—Tu mamá va a comprarte un piano —abrió la boca sorprendida—, podrás ir a uno de los mejores conservatorios de España y yo estoy dispuesto a enseñarte también todo lo que sé.

Volvió a aplaudir contenta por lo que acababa de oír y volvió a abrazarse a mi cuello con más fuerza incluso.

—¡Empezamos mañana! —me dijo.

—¡Valeria! —le llamó la atención su madre—. No seas abusona, Dante es un hombre muy ocupado, él te dirá cuándo.

—¿Sabes? —volví a mirar a aquellos ojos vivarachos—. Hoy voy a pedirle a una chica que se case conmigo —se cruzó de brazos, frunció el entrecejo mostrando desaprobación, y me hizo reír —, cuando todo esté atado, estaré encantado de enseñarte a tocar el piano. ¡Y de presentártela!

No dijo nada, siguió con el gesto enfadado y con los brazos cruzados.

—¡Valeria! —volvió a regañarle su madre—. ¡No seas maleducada!

—Es que yo quería casarme con Dante de mayor.

Me carcajé y su madre se echó la mano a la frente a la vez que negaba con la cabeza.

—Cuando tú seas mayor yo seré un viejecito...

—Vaya... —dijo arqueando una ceja—. Entonces no.

Esperé apoyado en mi puerta hasta que ella salió por la suya.

—¿Estás esperándome para ir juntos a la junta de vecinos? —me preguntó.

—¡Por supuesto!

Le ofrecí mi brazo y se agarró a él. Fuimos bajando las escaleras, dirigiéndonos de vez en cuando miradas que no necesitaban de la boca para decir lo que ambos sentíamos. Me parecía mentira estar viviendo aquello.

Carla y yo nos sentamos uno al lado del otro, con las manos enlazadas y bajo la atenta mirada del resto de vecinos.

—Buenas tardes a todos —dijo Leo cuando todos los vecinos ya estábamos sentados en su salón—. Primer y único asunto del día: el regreso de Dante.

Carla me miró frunciendo el ceño extrañada.

—¿Vamos a estar haciendo juntas cada vez que te plazca? —me susurró.

—¿Qué culpa tengo yo? —arqueé ambas cejas y Carla me sacó la lengua.

—Tenemos nuevamente a Dante entre nosotros, para nosotros es un privilegio volver a tenerte

de vuelta.

—Gracias, Leo —le respondí.

—Me alegro de que la paz haya vuelto al edificio y que, después de tiraros los trastos a la cabeza, todo haya llegado a buen término.

Carla sonrió a la vez que asentía todas y cada una de las palabras de Leo.

—Cuando quieras, Dante —dijo Leo.

Carla me dedicó una mirada que contenía decenas de preguntas y a mí, aquella expresión que su cara dibujó, me puso más nervioso de lo que ya estaba y me dio por reír.

—¿Qué haces, Dante? —me preguntó cuando clavé una rodilla en el suelo.

Le temblaba el mentón y sus ojos se movían nerviosos mirando a muchos puntos de mi cara al mismo tiempo intentando responderse ella misma a aquella pregunta. Dejé la risa a un lado y tragué saliva, había llegado el momento.

Nos miramos a los ojos, todos los vecinos nos miraban con ojos brillantes y emocionados pensando que aquella junta posiblemente podía considerarse la más bonita de todas las que se habían dado hasta el momento en el salón de Leo.

—Carla, ¿quieres casarte conmigo?

Capítulo 49

Volver a verlos

Menos mal que estaba sentada sino me hubiera caído redonda al suelo al verlo clavar la rodilla en el suelo y hacerme aquella pregunta que sabía que podría cambiarme la vida.

—Sí, quiero casarme contigo.

Todos los vecinos empezaron a aplaudir cuando Dante fue deslizando aquel anillo de oro blanco con un pequeño diamante engarzado, por mi dedo anular.

Le brillaban tanto los ojos, y apretaba tanto la mandíbula para no derramar esas lágrimas que los hacían brillar, que supe que todo lo que sentía por mí era tan real como nosotros.

—Te amo —me dijo después de dejarme un beso en los labios.

—Te amo.

—Lo que este bloque antiguo de apartamentos diminutos y poco insonorizados ha unido, que no lo separe nadie —dijo Leo desatando una nueva oleada de aplausos y silbidos.

Dejé mi boda en manos de una *wedding planner* que Merche me recomendó. Quería que mi boda fuese algo tan especial y tan completa que no quería que se me quedase ningún fleco suelto y hacerlo sola me parecía imposible.

A pesar de pasar más noches en el apartamento de Dante que en el mío propio, aquella mañana decidí dedicarla a hacer limpieza en mi apartamento y prepararle un bizcocho de chocolate a Dante demostrándole nuevamente mis dotes culinarias.

Saqué el bizcocho del horno y lo dejé sobre la encimera. Lo desmoldé con sumo cuidado y lo emplaté. Oí el piano de Dante al otro lado. Apoyé mis codos en la encimera e intenté poner mis cinco sentidos en aquellas notas que no sonaban como siempre.

Cerré mi apartamento y llamé al de Dante notando el calor que aquel plato transfería a mis manos. Casi tiro el plato al suelo cuando aquella mujer abrió la puerta del apartamento de mi futuro marido. Era una mujer muy guapa, con la melena rizada, rubia y cortada por los hombros. Llevaba un vestido floral largo y era poseedora de una sonrisa preciosa.

—¡Hola! —me dijo.

—¿Está Dante?

—Sí, pasa.

Me entraron ganas de soltarle un “por supuesto” firme, pero me lo guardé y entré. El piano seguía sonando aunque no interpretaba ninguna melodía concreta. Anduve por el pasillo hasta el cuarto donde Dante tenía el piano y me apoyé en marco de la puerta sin que él me viera. Aquella imagen me removió tanto por dentro que no sé cómo conseguí no llorar.

Una niña pequeña estaba sentada en las rodillas de Dante y él movía con delicadeza y paciencia aquellas pequeñas manitas sobre las teclas de su piano. Si la pequeña tenía una sonrisa que no le cabía en la cara, Dante la multiplicaba por cien. Tenía brillo en los ojos.

Hacía un par de días, después de hacer el amor, me preguntó que si hubo alguna vez en la que sí que quise ser madre y mi respuesta fue clara, no. Nunca sentí ese instinto maternal que sienten prácticamente todas las mujeres, hubo un tiempo en el que incluso me llegué a sentir mal, egoísta e

insensible, hubo otro tiempo en el que se lo achaqué a que quería terminar mi carrera y hubo otro en el que culpé a mi soltería, siempre había una excusa, posiblemente para no sentirme señalada por el resto de la humanidad que no entiende que una mujer decida no tener hijos. Me encantaban los niños, pero no tenía esa necesidad de ser madre. Creo que el destino puso a Dante en mi camino por algo, éramos piezas que encajaban a la perfección.

Lo que para mí era una decisión propia, para él era una imposición, algo que no tuvo opción ni tan siquiera a elegir, él quería ser padre, siempre lo quiso, se le caía la baba cuando nos cruzábamos con algún bebé en un carrito o un niño dando sus primeros pasos de la mano de alguno de sus progenitores, pero su destino se empeñó en negarle ese sueño. Al menos estaba un poco más tranquilo sabiendo que no había truncado ningún sueño mío aunque, aun deseando ser madre con todas mis fuerzas, Dante era el hombre que había elegido para dar ese paso y, si él no podía, mi amor por él sería más grande que mi propio sueño, estaba completamente segura.

Giró la cabeza y me vio apoyada en el marco, sonrió y pasé. La pequeña me miró de arriba abajo, analizándome detenidamente.

—Valeria, ella es Carla, la chica de la que te he hablado.

Se quedó unos segundos callada sin apartar la mirada de mí.

—Pues sí, Dante, tenías razón, es muy guapa —sentenció dejando ver una sonrisa amplia a la que le faltaban tres dientes.

—Muchas gracias, pequeña, tú también eres guapísima.

—¡Y me encantan los unicornios!

—¡A mí también! —a Valeria se le hizo más grande aún la sonrisa incompleta que tenía.

Era preciosa.

—Yo sueño con ellos. Dante me dijo que si sueñas con algo es porque te gusta tanto que hasta en sueños necesitas verlo.

Miré a Dante y me guiñó el ojo.

—Me pasa contigo, fea.

Sonreí ruborizándome como si volviera a ser adolescente y me hubiera tirado los tejos el niño que me gustaba.

—¿Por qué le dices fea? —preguntó la pequeña girando su cabeza para poder mirar a Dante a los ojos—. Es guapísima...

—¿Tú crees?

Dante la miraba con ese brillo en los ojos que se le creaba cuando la emoción le abarcaba el pecho.

—¡Claro! Además, tú siempre dices que es la mujer más guapa del mundo —frunció el ceño sin entender nada.

—Pero eso ella no puede saberlo —le susurró a la pequeña.

Se cerró la boca como si fuera una cremallera y fingió tirar la llave por su hombro.

Cuando Valeria se marchó de casa de Dante, haciéndome jurar antes, mediante un cruce de meñiques, que sería la encargada de llevar muestras alianzas el día de nuestra boda, me contó todo lo que aquella pequeña había significado para él cuando se mudó y me sentí orgullosísima de él cuando me dijo en qué había invertido el dinero que le ganó a Rebeca en aquel juicio. Dante era un hombre bueno, lo sabía, yo era demasiado especial a la hora de relacionarme y si a Dante le di el beneplácito de formar parte de mi vida, fue por algo.

Quedaban unos meses para mi boda y sentía que tenía que hacer algo que quizá debí hacerlo antes. Estaba nerviosa, tenía miedo y no sabía qué iba a pasar.

Llamé a aquella puerta de la que consideré mi prisión hasta que cumplí la mayoría de edad y en la que la Carla solitaria se forjó. No fui feliz dentro de aquella casa pero necesitaba volver a ver a mis padres, quizá la buena relación de Dante con su madre, y lo mucho que echaba de menos a su padre (que la muerte le quitó demasiado pronto), me hizo necesitar un poco más a los míos. Si me faltasen alguno de los dos y yo no hubiera hecho todo lo posible por volver a verlos y darles un último abrazo, no me lo hubiera perdonado en la vida.

—¿Carla? —me preguntó sorprendida mi madre al abrir la puerta.

Me abracé a ella y me apretó fuerte. Me separaba de ella para mirarme a la cara y seguidamente volvía a apretarme contra su pecho.

—¿Cómo estás, mamá?

—Te he echado mucho de menos, mi cielo... Pasad, por favor.

Aquella casa seguía igual, nada había cambiado de sitio, era como si el tiempo no hubiera pasado durante aquellos cinco años por allí. Nos sentamos en el sofá y, cuando fuimos a servirnos el café de la cafetera que mi madre dejó en el centro, bajó mi padre por las escaleras. Se quedó parado en medio de esta, temblando y llorando como un niño.

—¿Carla? ¿Estás aquí de verdad?

—Sí, papá. Es real.

Nos abrazamos con fuerzas y respiré aquel olor que un día llegué incluso a odiar. Era mi padre, quizá no hicieron conmigo lo que tendrían que haber hecho pero estaba completamente segura de que me querían y que no quisieron que me pasase nada malo nunca...

Les presenté a mi futuro esposo, hablamos sobre mi carrera bajo la mirada orgullosa de mi padre, me pidieron perdón por el daño que me pudieron hacer con su sobreprotección, les dejé las invitaciones para nuestra boda y les prometí que todo sería diferente a partir de aquel momento.

Salí de aquella casa liberada como nunca antes después de volver a verlos.

Capítulo 50

Sí quiero, princeso

Por fin llegó el día, habíamos esperado ocho meses a aquel diez de mayo, ocho meses en los que habíamos vivido tantas cosas especiales que me faltarían hojas (y te aburrirías leyéndolas) para escribir todas y cada una de ellas.

Todo estaba preparado, cuidado al detalle y esperando que diese comienzo a lo que pasaría a convertirse en el día más bonito de mi vida. Era consciente de que aquello que planifiqué durante ocho meses se pasaría en apenas unas horas que me parecerían minutos, pero estaba dispuesta a disfrutarlo a tope y nada ni nadie podría empañarlo.

Decidimos casarnos en una finca rodeada de olivos en la que improvisaron un altar precioso con telas blancas y flores rosas. Ni en mis mejores sueños se veía tan bonito.

Mis padres no pudieron contener las lágrimas mientras Merche me ayudó a vestirme y juraría que entre ella y mi hermano había miradas de complicidad que se me escapaban de las manos, ¿acaso se conocían de antes? ¿habría sido mi hermano aquel chico que le ayudó con la rueda el día aquel que llegó tarde a la tienda?

Mi vestido era precioso, aunque para cada novia el suyo es el más bonito, el mío era increíble. Tenía el escote palabra de honor y corte recto que cuando llegaba a la rodilla se acampanaba ligeramente, sencillo, sin nada que lo hiciera original, quizá fue eso lo que más me gustó. Recogí mi pelo en una trenza de espiga lateral en la que me pusieron unas pequeñas florecitas blancas a juego con las que llevaba en mi ramo.

Caminé del brazo de mi hermano (que me suplicó poder llevarme él al altar y hasta que no lo consiguió no paró) hasta llegar al principio de aquella alfombra blanca que me conduciría a mi futuro esposo. Las lágrimas salieron libremente de mis ojos (sin importarles que mi maquillaje quedase hecho un desastre) cuando, a unos metros, le vi esperándome emocionado.

Llevaba un esmoquin azul marino a juego con el chalequillo que llevaba debajo, una camisa blanca y una pajarita negra. El pelo lo llevaba perfectamente recogido en un moño y la barba recortada marcándole el mentón.

¡Carla, vas a compartir tu vida con un maldito pivonazo!

Lo sé, tampoco merezco menos...

Di que sí...

—Estás preciosa, mi vida —me susurró cuando al fin nos tuvimos cerca.

—Gracias, cariño. Tú estás increíble.

Aquella boda era una boda simbólica (ya nos habíamos casado hacía un par de días en el juzgado) oficiada por Merche que iba impresionante vestida con un vestido largo naranja.

—Así pues —nos dijo cuando ya estaba llegando a término la ceremonia—, os pregunto Carla y Dante: Dante, ¿quieres contraer matrimonio con Carla y efectivamente lo contraes en este acto?

—Sí quiero, fea —me dijo mirándome a los ojos mostrándome esa luz tan única que poseía y manteniendo aquella sonrisa que era capaz de darle vida a cualquiera.

—Carla, ¿quieres contraer matrimonio con Dante y efectivamente lo contraes en este acto?

—Sí quiero, prínceso —sonrió a la vez que el mentón le temblaba. Le sequé con mi dedo pulgar la lágrima que le corría por la mejilla y me agarró la mano dejándome un beso cerca de la muñeca.

Empezó a sonar en un piano mi canción favorita del mundo y la que ya había empezado a formar parte de nuestra historia convirtiéndose en la banda sonora de nuestra vida juntos, una voz angelical añadió la letra y sentí que fue una malísima idea el haberme maquillado aquel día.

Valeria caminó por la alfombra con una preciosa sonrisa en su cara, pura e inocente y emocionada cada vez que cruzaba la mirada con Dante. Se abrazaron y nuestros invitados empezaron a aplaudir conmovedores de lo que Dante podía sentir por aquella pequeña de melena rubia y yo, de nuevo y para seguir en mi línea, tuve que tragarme ese nudo del tamaño de una naranja que se formó en mi garganta.

—Ahora procederemos al intercambio de anillos —dijo Merche cuando la emoción del emotivo abrazo entre Dante y Valeria se disipó un poco de todos los presentes.

Dante desató el pequeño lacito que mantenía la alianza sujeta a aquella pequeña almohada y la cogió con delicadeza entre sus dedos temblorosos. Tragó saliva, me miró y sonrió.

—Yo, Dante, te tomo a ti, Carla, como esposa y prometo serte fiel y cuidar de ti en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

Mi dedo anular derecho ya lucía aquella alianza que nos unía estéticamente. Deshice el nudito de la alianza de Dante y la puse en su dedo.

—Yo, Carla, te tomo a ti, Dante, como esposo y prometo serte fiel y cuidar de ti en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de esta vida. Y de la siguiente —añadí.

—¡Yo os declaro marido y mujer! ¡Besaos, besaos mucho, leñe!

Y nos besamos, nos besamos mucho, y no solo aquel día sino todos los que vinieron después.

Capítulo 51

El adiós definitivo a algo que nunca debió empezar

Cuando la vi al principio de aquella alfombra blanca acompañada de su hermano no pude seguir conteniendo las lágrimas. Sabía que tenía por delante un día con muchísimas emociones pero creo que empecé demasiado pronto a derramarme.

—Este traje te queda espectacular, mi vida —me dijo mi madre planchándome con sus manos las solapas de mi chaqueta.

—Tengo miedo, mamá.

—¿Miedo de qué? ¿a qué?

—A fallar, a fallarle... Es la mujer de mi vida y ya no concibo la vida sin ella...

Me agarró de la barbilla con firmeza obligándome a mirarla a los ojos.

—Dante, tú jamás has fallado a nadie, ¡JAMÁS! Si Rebeca no supo valorarte como persona, no te merecía. Además, Carla no tiene nada que ver con tu exmujer, hacía demasiados años que no veía en tus ojos castaños ese brillo que se refleja ahora en ellos. Eres feliz, la amas, y si la amas, jamás vas a fallarle.

Me abrazó y borró las dudas que se habían apelotonado en mi cabeza.

—Te quiero, mamá.

—Ojalá tu padre estuviera aquí para que viera el hombre en el que te has convertido, estaría súper orgulloso, tanto o más que yo. Eras su mayor felicidad, no sabes lo feliz que le hiciste cuando llegaste a nuestras vidas, nuestro niño mimado, nuestro pequeño gran amor...

Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué una fotografía que le mostré a mi madre.

—Está aquí, conmigo, en el día más importante de mi vida. No podía faltar.

A mi madre se le inundaron los ojos y, aunque me dolía mucho verla llorar, sabía que aquellas lágrimas eran de las bonitas, de esas que salen cuando la emoción nos inunda el alma, y dejé que las liberase.

—Voy a dejarte un poco a solas antes de irnos, creo que los dos necesitamos deshacernos de estos nuditos que se han empeñado en aferrarse en el día de hoy en nuestras gargantas.

Mi madre se marchó, cerró la puerta de mi dormitorio y me senté en el filo de mi cama. Tenía a unos metros, separada por un tabique, a mi futura esposa y no sé qué me frenó para no saltar de mi balcón al suyo y hacer el amor por última vez antes de darnos el sí quiero.

Escuché voces en el salón cuando estaba terminando de abrocharme los gemelos que Carla me había regalado. Eran unos gemelos con una nota musical dorada sobre un fondo negro.

—¡Vete de aquí! —oí gritar a mi madre—. ¿Cómo te atreves a presentarte aquí?

Salí como un toro de mi dormitorio corriendo por el pasillo hasta llegar al salón. El mundo se me cayó a los pies y de nuevo me removió todo aquello que me hacía tantísimo daño.

—¿Qué haces aquí, Rebeca?

—No te cases, Dante. Volvamos, te juro que todo será diferente. No me importa que no tengamos hijos, te quiero a ti, con tus defectos y tus virtudes. Vuelve, Dante, vuelve a casa, a tu hogar, a nuestro hogar.

Me di media vuelta dándole la espalda, respiré hondo e intenté que su presencia no agriase aquel momento que debía ser el más dulce de mi vida.

—Vete.

—Dante —puso su mano sobre mi hombro—, todos cometemos errores.

Tenía razón, yo cometí el error de empezar una relación con ella diez años atrás.

—Vete.

—Si vuelves prometo hacerte feliz como nunca supe hacerlo.

—Vete.

—Estás enfadado por lo que dije en televisión, ¿verdad? Estaba despechada, actué impulsivamente, no me lo tengas en cuenta.

Casi me carcajeé en su maldita cara. Mi madre, que estaba allí mirándonos como si de un partido de tenis se tratase, seguro que estaba deseando que le diese permiso para sacar a Rebeca de mi apartamento con sus propias manos. Mi madre conocía perfectamente cuantísimas lágrimas me hizo derramar Rebeca y lo inútil que llego a hacerme sentir.

—Vete. Y adiós, Rebeca.

—No puedes dejarme así...

Me cansé de oírla, caminé nuevamente hasta mi dormitorio escuchándola cada vez más lejana y cerré la puerta tras de mí. Aquel fue el adiós definitivo a aquello que nunca debió empezar.

Frente al espejo me recogí el pelo cuidadosamente en un moño perfectamente peinado y no salí de allí hasta que no oí cerrarse la puerta principal de mi apartamento.

Cuando nos dimos el sí quiero y nos fundimos en aquel beso ante todos nuestros invitados sentí que el mundo podía pararse si quería que ya poco me importaba, era feliz, con ella era el hombre más feliz del mundo.

La ceremonia fue muy emotiva, me encantaba reflejarme en el brillo de aquellos ojos verdes y seguir enamorándome de ellos a cada minuto que pasaba viéndolos.

Bailar no era lo mío, lo demostré durante aquellos ocho meses en los que Carla, pacientemente, intentó enseñarme una coreografía con un total de diez pasos de los que ocho y medio, los hacía mal. Estaba nervioso y no quería parecer un pato mareado delante de todos nuestros familiares y amigos pero era algo que sabía que sería más que evidente...

Empezó a sonar en un piano la melodía preferida de mi ya esposa (¡mola mucho cómo suena eso! Lo de esposa, no la melodía, que también). Salimos a la pista, ella me miraba riéndose de antemano conocedora del gran ridículo que estaba a punto de hacer.

—Voy a sorprenderte —le dije susurrándole en el oído—, he estado ensayando con Valeria.

—Ansiosa me hallo.

Valeria aplaudía deseando que nuestros ensayos dieran su fruto, creo que era la única que confiaba en aquel momento en mis dotes bailarinas...

Bailé al ritmo de aquella música, moviendo a mi esposa cuidadosamente por toda la pista improvisada de baile y dejé atónitos a todos.

—Me has estado engañando todo este tiempo —me dijo Carla cuando ya dio fin el baile.

—He invertido casi las mismas horas a este baile que en aprender a tocar el piano, créeme.

Capítulo 52

Una isla como testigo

—¿Has metido la pasta de dientes en la maleta? —le grité desde el dormitorio—. ¡Están los cepillos de dientes pero la pasta no la encuentro!

—¡No! ¡Pensé que lo habías hecho tú!

Salí corriendo al baño a la vez que miraba mi reloj de pulsera. Teníamos que estar en el aeropuerto en menos de media hora y sentía que a mi reloj le faltaban minutos o le sobraba velocidad a las manecillas.

—Tengo el presentimiento de que se nos olvida algo... —le dije cuando cerraba la puerta del que había sido su apartamento y después de casarnos pasó a ser *el nuestro*.

—No te preocupes, esa sensación siempre aflora al empezar un viaje.

No había conseguido dormir durante toda la noche, iba a ser la primera vez que volaba y estaba atacada y cagada al cincuenta por ciento.

Tenía miedo de formar un espectáculo en el avión y ser el centro de atención que, como ya dije al principio de esta historia, era algo que siempre evitaba.

—Dante —le susurré cuando estábamos sentados en el avión y en breve despegaría—, necesito bajarme.

—¿Qué dices? —abrió los ojos como platos incrédulo tras mi frase.

—Tengo pánico al cacharro de metal este, como tú a la lavadora, ¿recuerdas?

—No me daba miedo la lavadora, fue una excusa para poder robarte así nuestro primer beso —me susurró al oído.

—¿Cómo? ¿Hay algo más que deba conocer de mi marido? —se carcajeó—. ¡Vamos a bajar!

—No podemos bajarnos ahora, al final del viaje nos esperan unos días espectaculares.

—¿Has apagado la cafetera? —puso los ojos en blanco.

—Carla, nadie encendió la cafetera en el día de hoy.

—Necesito un whisky.

Volvió a carcajearse y yo puse los ojos en blanco sintiéndome una completa incomprendida.

—¡¡Pero si tú no bebes!! Todo va a ir bien, tranquila. Cierra los ojos. Reproduce tu lista de reproducción de sonidos de la naturaleza e imagina el paraíso al final del vuelo.

Me apretó la mano que teníamos cogida y me dejó un beso en los labios.

Puse los auriculares en mis oídos y empecé a reproducir aquella lista de reproducción que siempre me había ayudado tanto, cerré los ojos con fuerza y, cuando los abrí, ya habíamos llegado a nuestro destino.

—Tienes el poder de dormirte cuando te agobias, es como si tu cerebro, de forma inteligente, desconectase del mundo —me dijo cuando me retiré el auricular de la oreja—. ¡Qué vuelo más aburrido me has hecho pasar! En el ascensor me diste más juego...

Le di un codazo y me sacó la lengua.

¿Guapo? Requeteguapo por mil.

Al bajar del avión sentí una bofetada de olor a sal que me puso los vellos en pie. Elegimos

como destino para nuestra luna de miel una isla paradisíaca en la que apenas vivían personas, era como un pequeño pueblo, al que no le faltaba nada, rodeado de mar y árboles frondosos y frutales. El agua cristalina que bañaba nuestros pies era impresionante, jamás había visto aquel turquesa en un espacio natural fuera de aquellas revistas de destinos por el mundo.

Nos hospedamos en un pequeño hostel de paredes blancas y añil. Nuestra terraza daba a un trocito de ese paraíso que llevábamos un par de días disfrutando y que nos entristecía pensar que en unos días solo viviría en nuestros recuerdos y en esas decenas de fotografías que habíamos estado haciendo.

Me sentía tan a gusto allí, aquella islita me representaba, representaba a mi paz tan ansiada y necesitada. Aquella luna de miel era tan jodidamente perfecta que daba incluso miedo.

Salí de darme una ducha, cubierta con una toalla que agarré en mi pecho introduciendo uno de los picos por dentro. Me quedé mirando a la terraza, apoyada en el marco de la puerta, y vi a mi marido sentado en un sillón blanco de mimbre mirando el horizonte. Caminé sin hacer ruido hasta llegar a él, me abracé a su cuello por detrás y respiré aquel olor que tanto me llenaba.

—¿En qué piensas, princeso? —le susurré al oído.

—¿Te gustaría vivir aquí?

Se me curvó el labio dibujando una sonrisa, aquello era el paraíso, ¿quién no querría vivir allí?

—¿Lo dudas?

Tiró de mi brazo y me puso frente a él, se puso en pie y puse mis manos sobre su cintura.

—¿Y tu carrera?

—En un par de años estará terminada y podremos mudarnos aquí y comprarnos aquella casita de allí —señalé una casita a pie de playa apartada del resto.

—En esa casa viven personas...

—Lo sé, pero los sueños, sueños son, princeso.

—Tienes razón.

Empezamos a besarnos con calma, la luz del atardecer le sumaba belleza a mi princeso y sentía que era la mujer más afortunada del mundo porque Dante era precioso por fuera pero por dentro se multiplicaba por un millón.

Tiró de mi toalla dejándome desnuda, me agarró del culo y, con un único movimiento, me subió a su cintura que rodeé con mis piernas con fuerza. Gemíamos con el simple roce de nuestros cuerpos, ¿cómo pretendí contradecir al destino? Él y yo nacimos para estar juntos, estaba completamente segura.

Caminó conmigo hasta la cama, me dejó sobre ella con cuidado y se puso en pie dejándome completamente expuesta. Se desabrochó los cinco botones de su pantalón blanco corto, demasiado lento para mi gusto pero, poder observarlo mientras lo hacía, también era un espectáculo digno de apreciar. Se deshizo del pantalón dejándolo en el suelo y después hizo lo mismo con el bóxer negro que llevaba, Dante era demasiado perfecto para estar compuesto de la misma materia que el resto de mortales.

Se colocó con cuidado sobre mí colocando mi cabeza entre sus manos, nos mirábamos a los ojos y sabía que él sentía lo mismo que yo, éramos dos afortunados de amar a una persona con la misma fuerza que esa otra persona nos amaba a nosotros, por desgracia no todo el mundo tiene esa suerte...

—Por mil años más —me dijo sobre la boca.

Me penetró con calma, lento y fui disfrutando cada centímetro de él que mi cuerpo recibía.

Gemíamos y nos movíamos como si fuésemos un solo cuerpo, jamás me cansaría de repetir que estábamos hechos el uno para el otro. Yo llena de paz, él un caos andante, un *ying yang* perfecto.

Aumentó el ritmo y sentí que mi orgasmo se acercaba, mis piernas rodeaban su culo controlando cuánto podía despegarse de mí. Cuando me corrí, mis espasmos y gemidos le hicieron vaciarse dentro de mí. Bufaba y le temblaba el cuerpo que sostenía en sus brazos para no dejarlo caer por completo sobre el mío.

—Te amo, princeso.

—Te amo, fea de ojos verdes.

Aquella isla fue testigo de muchas noches de pasión, de muchas anécdotas contadas de nosotros y de aquel pasado que no compartimos juntos, aquella isla fue testigo de tantos planes de futuro que no sabía cómo los llevaríamos a cabo en una sola vida.

Íbamos paseando por la orilla de aquella playa de arenas blancas agarrados de la mano, de vez en cuando la espuma de alguna ola casi deshecha nos mojaba los pies y el bajo de mi vestido largo blanco.

—¿Estás triste? —me preguntó.

—Un poco... Mañana tendremos que dejar este paraíso...

—No se va a mover de aquí, volveremos.

—Quince días aquí me han parecido demasiado poco.

Aún no me había ido y ya empezaba a echarla de menos...

Capítulo 53

Nuestro presente juntos

El viento ondeaba mi melena negra junto con los picos de aquel pañuelo amarillo que usaba como diadema, tenía los pies colgando de aquel muelle de madera con las mejores vistas del mundo y con aquel turquesa infinito que se perdía con el otro azul del cielo. Echando la vista atrás, y repasando momentos guardados en mí, me parecía mentira haber vivido tanto en aquellos últimos tres años. Me parecía mentira que aquel dichoso vecino del C de capullo compartiese casa a pie de playa conmigo.

Un mes antes de cambiar de vida mudándome a aquella isla donde Dante y yo decidimos forjar nuestro futuro, Dante me sorprendió abrazándome por detrás, y erizándome los vellos de todo el cuerpo, mientras que metía los platos en el lavavajillas.

—Tengo algo para ti... —me susurró al oído.

—¿Para mí? —me giré emocionada y aplaudiendo quedándonos frente a frente.

—No podrás negarte, ni poner excusas porque ya no hay marcha atrás.

—Confío en ti. Estoy segura de que, si has tomado una decisión importante por mí, va a encantarme.

Me llevó de la mano hasta la mesa de cristal del salón y sobre esta había un sobre grande blanco.

—Ábrelo.

—¿Yo?

—Claro, es un regalo para ti.

Con las manos temblorosas lo cogí y lo abrí. Saqué los papeles que había en su interior y se me heló el cuerpo siendo incapaz de hacer cualquier movimiento.

—No —le dije cuando conseguí hacer funcionar mis cuerdas vocales.

—Sí.

Tenía una sonrisa que no le cabía en la cara.

—No puede ser verdad, Dante...

—Está sellado y firmado, es real.

Cuando vi las fotos de aquella casa que señalé desde aquella terraza en nuestra luna de miel y aquella escritura a nombre de Dante y mío no sé qué me sostuvo en pie.

—A veces, los sueños sí que se cumplen... ¡Nos vamos!

—¿Estás loco? ¿Cuándo has comprado esta casa?

—Hace un par de días.

—¿Y compras una casa como el que compra un paquete de patatas sabor jamón?

—O campesinas...

—Dante... Estoy flipando... Estuve ahorrando para poder poner un aire acondicionado en mi

apartamento, sin llegar nunca a reunir el dinero, durante cinco años y tú, en un par de días has comprado una casa en la que estoy completamente segura de que habrá, como mínimo, un aire acondicionado...

—Cuatro, para ser exactos. Solo cumplo órdenes, ¿tú qué me dijiste en nuestra luna de miel? Me quedé pensativa intentando encontrar las palabras exactas que le dije.

—No recuerdo, princeso.

—En un par de años estará terminada, hacías referencia a tu carrera, y podremos mudarnos aquí y comprarnos aquella casita de allí. Señalaste esa casa de la que ahora eres propietaria.

Sonreí y me abracé a su cuello para besarle por ser tan especial como lo era.

—Yo sería feliz viviendo en una choza con techo de paja contigo.

—Si quieres te hago una choza con techo de paja junto a esa casa —me guiñó el ojo.

Cuánto lloró Merche el día que le dije que me marchaba de Córdoba para mudarme a miles de kilómetros. Merche había sido mi paño de lágrimas en tantas ocasiones que era digna merecedora de conocer aquella noticia la primera.

—¡Me alegro muchísimo por ti, Carla! Sé lo feliz que serás allí, esa paz que siempre has buscado la vas a tener a raudales en esa isla.

Nos abrazamos fuerte y me llevé un trocito de ella en mi corazón.

Me costó despedirme de mis padres pero me dijeron que mi vida estaba en aquella isla junto a Dante y que, por suerte, eran varios los medios que podríamos utilizar para estar cerca a pesar de la distancia.

De vez en cuando cogía proyectos en colaboración con otros arquitectos. Estaban empezando las obras de un complejo hotelero y, tras comentarle al padre de uno de los niños a los que Dante enseñaba a tocar el piano que yo había estudiado arquitectura, me añadieron a la pequeña plantilla de arquitectos que estaban a los mandos de aquella gran obra. Me encantaba mi trabajo y me sentía orgullosa de poder realizarlo en aquella preciosa isla. El nuevo hotel iría ubicado en la parte “poblada” de la isla que nada tenía que ver con la zona en la que Dante y yo vivíamos, apartados de todo y de todos: el mar, él y yo.

La madera del muelle empezó a crujir y supe que detrás estaba mi vida. Al girar la cabeza, le vi encaminándose hasta donde yo estaba. Iba vestido con un pantalón vaquero remangado, una camiseta ancha blanca y descalzo (como yo también lo estaba). Desde que nos mudamos a aquella isla nuestros pies descalzos pasaron a ser nuestros nuevos zapatos a no ser que tuviéramos que salir de aquel pequeño trozo de isla que nos pertenecía.

—¿Ya has terminado? —le pregunté.

—Por hoy, sí.

Dante se dedicaba a enseñar a tocar el piano a los niños de la zona de forma gratuita. Tenía necesidad de rodearse de ellos, hubiera sido un gran padre, estaba completamente segura, pero la vida había que aceptarla como venía, de nada nos sirve anclarnos en la tristeza si no está en nuestras manos la solución a lo que nos daña.

En los meses de verano nos visitaba, durante unos días, Valeria y sus papás. La pequeña Valeria, la niña mimada de Dante, se estaba convirtiendo en una pequeña gran pianista cuyo

padrino, Dante Ferrer, se sentía orgulloso y feliz.

Se sentó detrás de mí abrazándome y apoyó su barbilla en mi hombro, sus piernas colgaban del muelle junto con las mías.

—Desde aquí se ven preciosos los atardeceres.

—Merche me dijo que intentase darme baños en el mar durante el atardecer, por lo visto ayudan a mejorar el sueño y a sanar heridas.

—Yo ya me encargo de todo eso —me dijo—, pero si Merche te lo recomienda, pues...

Me empujó dejándome caer en el agua turquesa.

Salí a la superficie peinándome el pelo con las manos y quitándome el lazo amarillo que lo había estado atando para no perderlo en el agua. Intenté bajarme el vestido blanco que tenía bajo las axilas apelonado y, al no obtener resultado, lo saqué por mi cabeza y lo lancé, hecho una bola, al muelle.

—Y cuando creía que las vistas desde este muelle serían inmejorables me encuentro con esto...

—¿ERES TONTO? —le grité.

—¿Notas alguna mejoría o Merche está equivocada?

Se carcajeaba mirándome desde el muelle.

—¡Noto que quiero matarte! ¡Y que te odio! ¡¡¡Eso también lo noto!!!

—No me creo tus te odio, nunca me los he creído, menos ahora...

—Pues ahora deberías creerme.

Se puso en pie y se deshizo de la camiseta dejándola sobre la madera del muelle, me quedé bizca al ver aquel cuerpo que poseía mi marido, ¡mi marido! Me parecía mentira cuando mis labios pronunciaban aquella palabra para referirme a Dante, aquel vecino al que me faltó poco para agarrarlo de la parte delantera de aquella bata rosa y zarandearlo por capullo. ¡Cómo había cambiado la historia!

Se desabrochó el pantalón y, de forma sexy, lo dejó al lado de su camiseta sobre el muelle. Era la perfección hecha persona. Saltó al agua únicamente vestido con su bóxer negro y se peinó el pelo hacia atrás al salir del agua. Me embobaba aquella cara.

Nos abrazamos y fingí que mi enfado seguía latente en mí.

—¿De qué vas, princeso?

—No sabes la de cosas y la de momentos vividos que me remueve esa frase que forma parte de lo que somos nosotros... De un comienzo en el que ninguno de los dos nos hubiéramos imaginado como estamos ahora. ¿Quieres saber de una vez por todas de qué voy? —asentí—. Voy de enamorado de la vida y de ti hasta el tuétano. Voy del hombre más feliz del mundo, de portador de sueños y metas. Voy del hombre que más te ama, te ha amado y te amará, y también del que más loca te vuelve. Voy de tu mano a donde sea y detrás de ti cuidando tus pasos a donde quieras ir. Voy de ese que no se cansa de mirarte y del que se muere por besarte a todas horas. Voy contigo y jamás sin ti, fea.

Nos besamos e hicimos el amor bajo aquel muelle que conducía a nuestro hogar, a nuestra vida juntos y a aquel futuro feliz que ambos merecíamos.

—Te amo, princeso.

—Te amo, preciosa de ojos verdes.